FERNANDO PAZ CASTILLO

POESIA

Selección, prólogo y cronología
OSCAR SAMBRANO URDANETA

Bibliografía
HORACIO JORGE BECCO

BIBLIOTECA AYACUCHO

Apartado Postal 14413
Caracas - Venezuela - 1010

ISBN 980-276-007-2 rústica
ISBN 980-276-008-0 tela

Diseño / Juan Fresán
Impreso en Venezuela
Printed in Vennezuela

PROLOGO

La familia Paz Castillo tiene historia en Venezuela desde cuando María Josefa Paz del Castillo (sor María de los Angeles), se reveló a fines del siglo XVIII como la primera escritora venezolana, con un manojo apenas de versos olorosos a conceptismo y renuncias terrenas. Además de poetas, figuran también próceres de la independencia entre los ascendientes de la familia. Blas Paz Castillo murió combatiendo en la batalla de Urica. El General de División Juan Paz del Castillo dejó sus restos en tierra ecuatoriana, tras haber sido gobernador militar de Caracas e Intendente de Guayaquil.[1] Es, asimismo, progenie de educadores distinguidos, como el doctor José Ignacio Paz Castillo, fundador y director del Colegio de la Paz, en Caracas, donde se formó toda una generación romántica.[2]

De estos poetas, guerreros y educadores desciende Fernando Paz Castillo, quien nació en Caracas el 11 de abril de 1893, en tiempos de turbulencia política que poco debieron alterar, sin embargo, la tranquilidad de su infancia, a juzgar por este plácido recuerdo que el poeta mismo nos dejó:

> Puede decirse que toda mi infancia transcurre en un paisaje apacible, de cielos azules y dilatadas siembras de caña. Desde muy niño fui inclinado a la contemplación de la naturaleza, al encanto misterioso de los caminos y a una admiración que no era otra cosa que el despertar de una vocación poética, por la gente caminera, arrieros y carreteros y aun hasta los pobres que de pronto aparecían en el pueblo trayendo con lo pintoresco de sus vidas nómadas, una atmósfera de misterio que me hacía soñar.[3]

1 Vicente Dávila: *Investigaciones históricas. La familia Paz Castillo.* Tomo II, pp. 4-16. Caracas, Tipografía Americana, 1927.
2 Julio Calcaño: Prólogo a *Flores y lágrimas,* de Domingo Ramón Hernández, pp. xiv-xv. París, Garnier Hermanos, 1889.
3 Pálmenes Yarza: "Fernando Paz Castillo nos habla de su vida". Diario *El Heraldo.* Caracas. s. f. Firmado: P. Y.

Su niñez tuvo por escenario una casona de Antímano, parroquia foránea de una Caracas que entonces no iba más allá de las alquerías de Palo Grande. En un grato ambiente casero, donde podía escucharse el apacible rumor de una corriente de agua que cruzaba el huerto familiar, un niño solitario, imaginativo y de peculiar sensibilidad, contemplaba el monte Avila y miraba con embeleso hacia los caminos. Esta admiración romántica por la naturaleza llegaría a constituirse en uno de los temas fundamentales de su poesía.

También el hogar y sus presencias le brindaron delicados motivos a la inspiración de este poeta, quien ha dicho: "Del ambiente familiar tomé para mi poesía los sentimientos de intimidad. Las cosas simples, pero pulcras, el amor a la belleza y el respeto a la inteligencia".[4] En el hogar, asimismo, se produjo su primera aproximación a la poesía. El no olvidó nunca que su padre lo enseñaba a recitar aun antes de que hubiese aprendido a leer.[5] Sin embargo, sólo podría ser materia de conjeturas el influjo que pudo haber tenido aquel temprano encuentro con un fenómeno estético tan complejo como el poema. Menos inseguro es suponer la influencia en las inicios de su formación literaria de la pequeña biblioteca hogareña, donde encontró autores españoles e hispanoamericanos que lo impresionaron en su niñez y adolescencia. El mismo ha precisado sus lecturas aurorales: los clásicos españoles, sobre todo el teatro de Calderón y el de Lope; las obras costumbristas de Larra y de Mesonero Romanos. Después se apasionó por Rubén Darío y por Leopoldo Lugones. Y cuando ya pudo leer en francés, orientó su fervor juvenil hacia Víctor Hugo y Alfonso de Lamartine. También compartió su entusiasmo con poetas españoles del 98, Antonio Machado en especial. Y junto a ellos, Juan Ramón Jiménez, Francisco Villaespesa y Eduardo Marquina.[6] Confiesa que su libro de cabecera fue *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,* del que lo atrajo "la bondad sencilla del protagonista que trasciende a todas las cosas, grandes o pequeñas, que integran la obra de Cervantes".[7]

Los estudios formales los inició en una escuelita privada, atendida por una familia de apellido Brandt. De ahí pasó al Colegio de los Padres Franceses, considerado en su tiempo como el mejor de Caracas. En este

[4] Pálmenes Yarza: Ibid.
[5] Mariahé Pabón: Entrevista a Fernando Paz Castillo. Diario *El Nacional.* Caracas, 28 de octubre de 1965.
[6] Guillermo Meneses: Foro con Fernando Paz Castillo. Diario *El Nacional.* Caracas, 28 de diciembre de 1963.
[7] "Papel Literario". Diario *El Nacional.* Caracas, 31 de enero de 1957.

instituto cursó la primaria y la secundaria. El gran acontecimiento de aquellos tiempos fue el aprendizaje del francés y el acceso a la biblioteca del Colegio, llena, principalmente, de autores románticos, todos ellos de influencia en Paz Castillo y en otros miembros de la Generación de 1918.

Más tarde, cuando residió en Londres como diplomático y perfeccionó el inglés, se internó aún más en el mundo de la literatura anglosajona, tan presente en muchas de sus reflexiones críticas y en su poesía. Además de estos idiomas, Paz Castillo conoció el latín y leyó y tradujo con soltura el italiano y el portugués, cuyos escritores más significativos le fueron familiares. Fue, pues, lector apasionado y sistemático de muchos libros en varias lenguas. Estudió los caminos de la poesía, la novela, el ensayo literario, la filosofía. Se le considera autoridad en pintura y más que un aficionado en música. Tuvo vocación de humanista, y entre sus méritos mayores está el de haberse forjado a fuego propio.

De 1910 a 1912 siguió cursos de Derecho. La clausura indefinida en 1912 de la Universidad Central de Venezuela ordenada por el gobierno, fue para el poeta un pretexto para retirarse de unos estudios que no se correspondían con su vocación verdadera.

Al adentrarse en la búsqueda de sí mismo, Paz Castillo se tropezó con el Círculo de Bellas Artes de Caracas. Fue ésta una asociación libre, fundada el 3 de setiembre de 1912 por un grupo de pintores y de escritores, a quienes animaba un vigoroso ímpetu renovador. Los pintores, jóvenes en su mayor parte, habían repudiado la enseñanza anacrónica y enrarecida que se venía impartiendo en la Academia de Bellas Artes. Su respuesta fue hacerse autodidactos, buscar modelos vivos en lugar de inertes esculturas, y abandonar la iluminación artificial de las aulas para salir al aire libre, bajo el influjo tardío del Impresionismo, al encuentro de la luz del trópico y de las ricas tonalidades del paisaje criollo. Entre quienes comenzaron a formarse en el Círculo de Bellas Artes aparecen algunos de los nombres mayores de la pintura contemporánea de Venezuela, como Armando Reverón, Manuel Cabré, Rafael Monasterios, Pedro Angel González, Luis López Méndez, Marcos Castillo.

Escritores de distintas edades y de variada formación también formaron parte del Círculo. Sus voces se escucharon en tertulias, en conferencias y recitales. Los mayores, como Pedro-Emilio Coll, Carlos Borges, Jesús Semprum, Eloy G. González, Leoncio Martínez, César Zumeta, Laureano Vallenilla Lanz, pertenecían a la generación de *El*

Cojo Ilustrado, y eran de filiación modernista y positivista. Los de edad intermedia, como Rómulo Gallegos y Julio Planchart, provenían del interesante grupo literario que se formó alrededor de la revista *La Alborada.* Los más jóvenes eran casi todos poetas: Fernando Paz Castillo, Enrique Planchart, Luis Enrique Mármol, Andrés Eloy Blanco. Junto con José Antonio Ramos Sucre, constituyeron el núcleo inicial de lo que más tarde llegó a conocerse con el nombre de la Generación de 1918. Entre estos escritores nuevos, los narradores andaban buscando una novela que proyectase universalmente el ser venezolano, y los poetas se esforzaban por apartarse de la enorme influencia de Rubén Darío. Guiados por este propósito, muchos de ellos regresaron al Simbolismo y al Parnasianismo. Pero se sabe que conocieron también el Futurismo. De esta corriente se hablaba ya en Caracas hacia 1910. Rómulo Gallegos la alude en un relato de 1911. Y en 1914, Paz Castillo tenía traducido un volumen de poesía de Marinetti, que no llegó a publicarse, según testimonio del crítico Raúl Agudo Freites.

El cuestionamiento y el propósito renovador que caracterizaron al Círculo de Bellas Artes, le otorgan a esta asociación el derecho a ser considerada como la primera manifestación del espíritu vanguardista en Venezuela, y como legítima precursora de las corrientes contestatarias que harían eclosión en los años de la posguerra.[8] Las palabras que el crítico Jesús Semprum escribió para leerlas como discurso de orden en el acto de inauguración del Círculo, constituyen un documento que refleja el deseo de conciliar lo viejo con lo nuevo, y que proyecta un criterio abierto a todas las tendencias estéticas, dispuesto a aceptar el reto de un cambio sustancial en el arte de Venezuela:

> Deseemos que junto a los partidarios del más riguroso clasicismo, junto a los más convencidos defensores del romanticismo y sus derivados, vengan a reunirse con nosotros sectarios fervientes de las escuelas nuevas, por más extravagantes, por más absurdas que puedan parecernos, desde los adscritos al Simbolismo esotérico hasta los frenéticos enamorados de la comunión futurista.[9]

[8] Los interesados en una información pormenorizada sobre el Círculo de Bellas Artes, pueden consultar las siguientes obras: Alfredo Boulton: *Historia de la pintura en Venezuela,* tomo II, capítulo XVIII (Caracas, Alberto Armitano, Editor, 1973, 2da. ed.); Luis Alfredo López Méndez: *El Círculo de Bellas Artes.* Prólogo de Miguel Otero Silva. Caracas, INCIBA, 1969.

[9] Jesús Semprum: "Inauguración del Círculo de Bellas Artes". Caracas, Diario *El Universal,* 4 de setiembre de 1912.

Por entonces fue llegando el tiempo en que la pasión por el arte y la lectura debió compartirse con la necesidad de ganar el sustento. Paz Castillo había adquirido conocimientos de contabilidad, y gracias a ello le fue ofrecido un trabajo en una fábrica de bebidas gaseosas que funcionaba en Los Teques. A esta ciudad se trasladó en 1914, y en ella permaneció hasta 1918. El nuevo paisaje hubo de impresionarlo profundamente, por su sedativo panorama de serranías, esfumadas a veces, cruzadas por caminos que trepan por entre pinares y cedros hasta dar la impresión de perderse en el cielo. Aquel aire brumoso de los pinares de Los Teques y aquellos senderos misteriosos aparecerán una y otra vez en la obra poética de Paz Castillo.

En tan propicio ambiente, tras el cumplimiento de la diaria faena, grandes libros franceses, españoles, hispanoamericanos y venezolanos venían a hacerle compañía; ésta se complementaba con la de sus amigos escritores. Por el pintoresco ferrocarril que unió a Los Teques con Caracas, realizaban frecuentes excursiones Rómulo Gallegos, Andrés Eloy Blanco, Luis Enrique Mármol y Enrique Planchart. Algunos de ellos emprendían a veces largas caminatas por los campos vecinos, o hacían la ruta en buenas cabalgaduras. En Los Teques vivía por entonces el poeta José Tadeo Arreaza Calatrava, una de las más interesantes expresiones del Modernismo en Venezuela. Ahí conoció Paz Castillo a Rodolfo Moleiro, quien habría de contarse entre sus mejores amigos, voz poética esencial de la lírica venezolana contemporánea, por la calidad expresiva de unos versos que descubrieron el secreto de la eterna juventud, pues Moleiro tuvo la increíble cualidad de escribir con pluma que no envejece.

A pesar de lo grato y estimulante del ambiente físico y humano de Los Teques, Paz Castillo no pudo evitar que lo invadiese cierto agudo pesimismo. A sus malestares anímicos vino a sumarse el agravante de una fiebre tifoidea que casi le costó la vida. Bajo un profundo estado depresivo nació su primer poemario, que iba a titularse *Canciones de un convaleciente*. Nunca llegó a la imprenta. Algunos de sus versos pasaron a *La voz de los cuatro vientos* (1931), otros se publicaron en diarios y revistas, y los más se tornaron amarillos en el fondo de una gaveta.[10] La resolución había sido, sin duda, correcta. Aquel libro que debió ser sombríamente nihilista era producto de un estado de ánimo transitorio, ajeno al modo de ser y de pensar de Paz Castillo, quien

10 F. Paz Castillo: "En torno a un homenaje a José Juan Tablada". Diario *El Nacional*. Caracas, 9 de mayo de 1965.

alguna vez expresó su creencia de que no existe "poeta verdadero que pueda ser fundamentalmente pesimista".[11]

Paz Castillo regresó a Caracas a comienzos de 1918. Había recibido una oferta de trabajo como Oficial en la Sala de Examen de la Contaduría General del Ministerio de Hacienda, y la aceptó. Una inquieta y promisoria generación de escritores y de pintores estaba comenzando a hacerse presente en la vida artística venezolana. Algunos provenían del Círculo de Bellas Artes. A los escritores —poetas en su gran mayoría— los conocemos en nuestra historia literaria con el nombre de Generación de 1918. Los pintores constituyen la renombrada Escuela Paisajista de Caracas. Entre los escritores, además de Fernando Paz Castillo, estaban los siguientes, cuya sola enumeración basta para calibrar la rica vena poética que comenzó a manar desde aquel momento, así como las disímiles tendencias que ellos iban a cultivar, sin perder por ello cierto aire de familia que los identifica: Andrés Eloy Blanco, Jacinto Fombona-Pachano. Luis Barrios Cruz, Luis Enrique Mármol, Rodolfo Moleiro, Pedro Sotillo, Enrique Planchart, Julio Morales Lara, José Antonio Ramos Sucre, Gonzalo Carnevali, Angel Corao, Pedro Parés Espino, Luisa del Valle Silva, Enriqueta Arvelo Larriva y Héctor Cuenca. Literariamente, el año 18 se destaca por una gran actividad. Muchos de estos poetas ofrecían recitales en el Teatro "Capitol", lleno de oyentes entusiastas. Desde allí divulgaron su posición, que se orientaba, principalmente, a "torcerle el cuello al cisne modernista". El primer libro del grupo se titula *Primeros poemas* (1919) y es de Enrique Planchart. Casi de inmediato esta obra se constituyó en estandarte literario, síntesis de una generación que se apartaba definitivamente de la poesía rubeniana en busca de su propia voz.

En junio de 1921 Paz Castillo salió del cargo que venía desempeñando en el Ministerio de Hacienda. Desde 1922 formó parte del personal docente de un distinguido colegio privado de Caracas, el Instituto "San Pablo", regentado por los hermanos Martínez Centeno. Durante catorce años dictó clases de literatura, castellano, historia y filosofía en el "San Pablo", en el Liceo de Caracas y en la Escuela Normal de Varones de esta misma ciudad. En 1923 se reincorporó al Ministerio de Hacienda como Oficial en la Dirección de Crédito Público, destino que desempeñó hasta 1936. En este último año ingresó al Servicio Exterior.

11 Guillermo Meneses: Foro citado, nota 6.

Al margen de sus afanes para ganarse la vida, estimulado por una legítima vocación literaria, Paz Castillo se consagró a la lectura y a la poesía, y encontró en ellas la razón de ser de su vida interior. El mundo intelectual que se procuró a sí mismo, lo llevó a confiar cada vez más en las potestades de la inteligencia, las cuales opuso en su fuero interno y en su conducta cívica a la barbarie política que rodeó los años de su juventud y los comienzos de la madurez. Como otros de sus compañeros de generación, creó un universo personal regido por categorías espirituales: la *dignidad,* que se tradujo en una conducta pública y privada de absoluto decoro; la *fe* en la elevación moral de lo humano, por cuanto ésta constituye presupuesto irrenunciable de quien confía en el futuro; la *libertad íntima* para trazarse las coordenadas de su mundo artístico y decidirse por los valores capaces de enaltecer su vida; y la *belleza,* finalidad suprema de su quehacer artístico. Estos valores, que se constituyeron en razón de vida y pensamiento, revelan una posición idealista que en Paz Castillo, como en otros poetas de 1918, deviene en gran medida del conflicto entre su ideario y la deprimente realidad que los asfixiaba.

Paz Castillo editó su primer libro en 1931. Es un extenso y cuidado poemario al que tituló *La voz de los cuatro vientos.* Contaba 38 años de edad, lo que revela que fue muy exigente consigo mismo, reacio a publicaciones ligeras que no hubiesen pasado por el fino tamiz de su sentido autocrítico. La salida de esta obra, que coincidió con la aparición de *Respuesta a las piedras,* de Luis Barrios Cruz, tuvo carácter de acontecimiento. A los ojos de lectores y de críticos, ambos poemarios presentaban a unos autores claramente dueños de su instrumento expresivo. Paz Castillo mismo aseveró en alguna ocasión:

> Nuestra época fue exigente en materia de corrección. Teníamos un concepto estricto de la forma poética, de la unidad perfecta de la obra de arte. Y nunca descuidamos esa recia disciplina que nos habíamos impuesto. Por ello muchos poemas quedaron sin publicar; muchos todavía duermen en las gavetas esperando salir a la luz. Los desechamos cuando hicimos la labor selectiva del primer libro. No sé si las nuevas generaciones se habrán dado cuenta de que nuestros primeros libros fueron una selección, suerte de antología hecha ya en la madurez entre los poemas que habíamos publicado, algunos de los cuales habían sido favorablemente acogidos por la crítica nacional y extranjera.[12]

12 Diego Ussi: Entrevista a Fernando Paz Castillo. Diario *El Nacional* Caracas, 20 de agosto de 1950.

En 1932 realizó, a sus expensas, su primer viaje al exterior. El destino fue España, a la que parece haber recorrido a sus anchas. En Madrid, donde residió una temporada en una pensión de la Calle de las Infantas, estrechó amistad con Pedro-Emilio Coll. En su compañía conoció a Unamuno, a Gómez de la Serna, y frecuentó las tertulias del célebre café de Pombo.

En 1935 falleció Juan Vicente Gómez y comenzó una nueva era en la vida pública venezolana. Los años que siguieron fueron de explicable agitación política. Nacieron los partidos modernos. Se fundaron sindicatos. Se inició el movimiento de masas. Regresaron los exiliados y salieron los presos de las cárceles abiertas por el despotismo. El mar recibió, en ceremonia especial, los grillos que habían infamado a tantos venezolanos ilustres, y fueron clausuradas o demolidas prisiones aterradoras.

El nuevo Jefe político fue el General Eleazar López Contreras, en quien los historiadores contemporáneos han comenzado a reconocer la habilidad y mesura de que dio muestras para abrir con "calma y cordura" las compuertas de la libertad a un pueblo con veintisiete años de dictadura a cuestas. En aquel preciso momento, en el que se producían importantes cambios en casi todos los órdenes de la estructura sociopolítica venezolana, Fernando Paz Castillo inició la actividad diplomática y, por fuerza, se alejó del país.

El 20 de enero de 1936 recibió su primer nombramiento como diplomático. El gobierno lo había designado Cónsul General en Barcelona de España. Una vez seguro de este destino, en febrero contrajo matrimonio con Niko Monsalve Casado, quien sería la fiel y excelente compañera de toda su existencia, y aun después, porque doña Niko vive principalmente en función de la memoria de su ilustre esposo. Paz Castillo comienza sus actividades como Cónsul en abril. El traslado al Viejo Mundo coincidió con su luna de miel. Casi como fruto poético inmediato, madurado por la euforia de esta unión, apareció *Signo* (1937), su segundo poemario, editado en Dijon, y consagrado a su esposa. Predominan en él los poemas de un amor altamente espiritualizado, especie de eros platónico que ilumina la vida del poeta.

A tan apacibles asuntos habrán de incorporarse pronto las visiones de la guerra civil española y los bombardeos de la aviación alemana sobre Londres. Tan infaustos motivos integran su tercer libro, que se gesta en los años que van de 1936 a 1945.

Cuando Paz Castillo arriba a Barcelona en 1936, llega a un país herido de muerte, que comienza a contar su tétrico millón de muertos. La tragedia del pueblo español deja huella profunda en varios de los poemas de su libro tercero, titulado *Entre sombras y luces* (1945), poblado de imágenes dolientes. Como es propio de su estilo, Paz Castillo sintetiza en un elemento, en un niño mútilo de guerra, por ejemplo, el drama colectivo de un pueblo que se desangra entre sombras y luces, que tal parece ser el signo histórico de España: un largo crepúsculo que no se define ni hacia la noche, ni hacia el amanecer. De la Península pasó a Francia como Secretario de la Legación de Venezuela. Su permanencia en París hubo de ser muy breve. En esta ciudad nació su hijo Fernando. Era el mes de agosto. A fines de año ya había cruzado el océano y se hallaba en su nuevo destino, Buenos Aires. En menos de un año, otro cambio. Esta vez su destinación fue Río de Janeiro. Tomó posesión del cargo el 1º de octubre de 1938. En Brasil residió hasta 1941, cuando fue nombrado Consejero de la Legación de Venezuela en Londres. En la Gran Bretaña permaneció hasta 1944, es decir, durante casi toda la segunda guerra mundial. En Londres presenció y padeció con estoicismo los horrores de la conflagración, y tuvo oportunidad de calibrar el admirable sentido cívico del pueblo inglés, así como su entereza y disciplina para sobrellevar aquellos centenares de miles de kilos de dinamita que la aviación alemana dejaba caer cada noche. En algún poema, Paz Castillo expresa la maravillosa solidaridad humana que une con hilos invisibles a unos hombres, mujeres y niños sometidos al peligro mortal de las incursiones aéreas, cuyas vidas se medían, ni siquiera por días, por horas.

La carrera diplomática continuó llevando a Paz Castillo por diversos países, lo que sin duda debió contribuir a enriquecer su visión de la cultura y del hombre. Estuvo en México (1944), en Bélgica (1945) —donde nació su hija María Africa—, en Italia (1948), Ecuador (1949), Canadá (1953), Ecuador, de nuevo (1959). El 15 de marzo de 1959 renunció al cargo de Embajador y regresó a Caracas. En atención a su tiempo de servicio, el Ministerio de Relaciones Exteriores le concedió una pensión.

En estos años aparecieron dos poemarios más: *Entre sombras y luces* (1945), con prólogo del poeta y crítico Juan Liscano, y *Enigma del Cuerpo y del Espíritu* (1956). En este último se acentúa ostensiblemente el proceso, que venía siguiendo la lírica de Paz Castillo enrumbada hacia preocupaciones metafísicas.

También en estos años de ires y venires se editan poemarios suyos traducidos al francés por el poeta Edmond Vandercammen. "La Maison du Poéte", de Bruselas, imprime *Signe* (1947). Diez años más tarde, en edición bilingüe, circula *Enigme du corp et de l'esprit,* traducido igualmente por Vandercammen.

Desde 1959 hasta la fecha de su muerte, ocurrida en Caracas el 30 de julio de 1981, Paz Castillo residió en la capital venezolana, en sosegada vivienda, rodeado del afecto y la admiración de sus numerosos lectores y amigos. La figura bondadosa y patriarcal de don Fernando —como todos llegamos a llamarlo— se hizo familiar en reuniones académicas, en conferencias y foros, en tertulias y exposiciones de arte. Se ganó el respeto tanto de los viejos como de los nuevos escritores, lo que sin duda es entre nosotros un caso excepcional. Fue en este tiempo de alta madurez y serenidad, cuando más escarbó dentro de sí mismo en busca de los recuerdos de su vida como escritor, en persecución de las voces de los compañeros idos, y en una obsesiva indagatoria poética acerca de Dios, el hombre, la muerte.

En la tersa limpidez de la casa que compartió con su esposa y sus dos hijos, Paz Castillo desarrolló la actividad intelectual más intensa de su vida. Fueron veintidós años dedicados a la creación poética, a las reflexiones críticas, a la lectura atenta de cuanta novedad llegaba a las librerías de la ciudad.

En estos cuatro lustros largos que van de 1959 a 1981 aparecieron diecinueve títulos suyos —casi uno por año—, de los cuales, ocho son de poesía (incluyendo dos antologías y una obra completa hasta 1966), nueve son de prosa, y dos de literatura infantil. En los nueve títulos de sus trabajos en prosa destacan cuatro obras mayores, acompañadas por seis ensayos sueltos. Las obras mayores son: *Reflexiones de Atardecer* (3 vols., 1964), *De la época modernista, 1892-1910* (1968); *Entre pintores y escritores* (1970) y *Miguel Otero Silva* (1975).

Reflexiones de Atardecer inicia la publicación de sus trabajos de mayor monta en prosa. Son tres volúmenes de estudios sobre escritores venezolanos que van desde Andrés Bello (1781-1865) hasta Pedro Rivero (1893-1959), esto es, más de 150 años. Fueron publicados en el diario *El Nacional* de Caracas entre el 31 de agosto de 1959 y el 22 de agosto de 1960. Tomando en cada caso un autor o un tema, Paz Castillo fue delineando una especie de historia de la literatura venezolana correspondiente a aquella centuria y media. En la mayor parte de los casos, se trata de una literatura vivenciada, de una visión retros-

pectiva cargada de recuerdos propios, aun en el caso de aquellos escritores a quienes sólo llegó a conocer por su obra. Quizá algunos lectores encuentren un poco reiterativas algunas de estas ideas, de estas impresiones de lector, de estas vivencias suyas que le daban vueltas en la cabeza, y que constituían una especie de leitmotiv de sus reflexiones. En el *Epílogo* que él mismo escribió para esta obra, definió así el objetivo central de su trabajo:

> El fin, principalmente perseguido: crear ambiente. El de una época en particular, y el de nuestra literatura en general, desde su alba, clara, con Bello, hasta aquellos que caracterizados por las ideas de comienzos de siglo, también un poco vividos por mí, y que califico, con cierto acento de nostalgia, como perteneciendo a un pasado inmediato.[13]

A *Reflexiones de Atardecer* siguen otros volúmenes, aún inéditos como tales, que completan la labor iniciada por Paz Castillo, en el sentido de unir vida y literatura hasta alcanzar ese extraordinario sincretismo a que se refiere Jean Cassou, cuando dice que un nombre súbitamente evocado representa al mismo tiempo a un mundo espiritual y a un hombre.[14] Uno de esos volúmenes, que se titulará *Los del 18,* se refiere a la generación literatria a la cual pertenece este poeta.

Dentro de este mismo tono de evocación, en el que los recuerdos personales se juntan con apreciaciones críticas y referencias continuas a otros escritores hispanoamericanos y europeos, de preferencia franceses, se encuentran las obras restantes: *De la época modernista, 1892-1910, Entre pintores y escritores* y *Miguel Otero Silva.* Todas ellas están formadas por la compilación de trabajos sueltos publicados en diarios y revistas a lo largo de los años. La unidad de tan variados conjuntos está dada por el tono de evocación que hay en ellos; tono que recuerda el deseo proustiano de buscar el tiempo perdido para fijarlo en esa memoria escrita que es el libro.

Igual sucede con los ensayos que publicó sueltos, en los que, con alguna excepción, la intención de pintar una época y de caracterizar a algunos de sus escritores más notables, es la misma que se observa en sus libros mayores. Los títulos de estos ensayos sueltos, publicados en

13 *Reflexiones,* vol. 3º, p. 400
14 Tomado del epígrafe que Paz Castillo le puso a su "Epílogo" a las *Reflexiones de Atardecer,* sin duda, de mucha significación.

el lapso 1956/1973, son los siguientes: *Vicente Fuentes* (1956), quien fuera su compañero de generación y de trabajo en el Ministerio de Hacienda; *El romanticismo en don Francisco de Miranda* (1965), que fue su Discurso de Incorporación como Individuo de Número a la Academia Venezolana de la Lengua; *Con Rubén Darío* (1967), publicación con la cual el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes inició su colección "Homenajes", dedicada en ese primer número a conmemorar el centenario del nacimiento del gran poeta nicaragüense; *Luis Barrios Cruz, poeta de preguntas y respuestas* (1968), editado por la Tipografía Vargas como un homenaje a Barrios Cruz; *Tres poemas fundamentales de la lírica venezolana* (1969). Contiene tres breves ensayos que preceden a cada una de las obras poéticas consideradas por él como fundamentales: "La agricultura de la zona tórrida", de Andrés Bello; "Vuelta a la patria", de Juan Antonio Pérez Bonalde y "Silva criolla" de Francisco Lazo Martí. El último folleto que recoge tres de sus trabajos sueltos, se titula *José Antonio Ramos Sucre: El solitario de La Torre de Timón* (1973).

Habiendo llegado así a una visión panorámica de la obra en prosa de Paz Castillo, y antes de referirnos a algunos de los fundamentos de su estética y de su poética, y, por tanto, a su poesía, abramos un paréntesis para indagar cuáles fueron sus puntos de vista acerca de la Generación a la que perteneció.

Fernando Paz Castillo es uno de los más calificados representantes de la Generación de 1918, y también uno de sus más consecuentes y autorizados críticos. Algunos de los mejores estudios sobre la obra de sus compañeros, son el resultado de esta devoción. Bastarían, para demostrarlo, sus prólogos a la obra poética de Enrique Planchart y de Rodolfo Moleiro. Entre sus papeles inéditos guarda un libro titulado *Los del 18*. En muchas de sus entrevistas y declaraciones de prensa, los juicios sobre el 18 constituyen un leitmotiv, tema obligado, y a veces polémico, que Paz Castillo solía tratar con particular vehemencia, sin que llegase al extremo de menospreciar los criterios divergentes del suyo. En cambio, era corriente en él que apelase a toda clase de argumentos para demostrar sus puntos de vista. Como es explicable, muchos de sus juicios valorativos no son aplicables por igual a los integrantes de un grupo tan disímil como éste. En cambio, constituyen clarificadora materia conceptual para quien intente aproximarse a la poesía de Paz Castillo.

¿Cómo tipifica y delimita éste a su grupo generacional? Una generación adquiere plena vigencia cuando deja de ser un fenómeno

local para conectarse con un movimiento universal, del que participa en gran medida. El primer elemento que caracteriza y ubica históricamente a la Generación del 18, es su génesis, que corre pareja con los movimientos europeos e hispanoamericanos resultantes de la crisis que produce la gran guerra, lo cual da como resultado inmediato la búsqueda de un cambio en los valores que venían orientando la vida del hombre. Aun cuando el conflicto bélico no afectó directamente a Venezuela, ello no impidió que el grupo proveniente del Círculo de Bellas Artes ahondara su actitud revisionista, influido por los nuevos libros, las revistas que venían del exterior y hasta por los testimonios de viajeros, ni fue obstáculo para que avivara en ellos el explicable deseo de romper con el pasado y de ponerse en sintonía con las teorías sobre arte y las modalidades del pensamiento filosófico que para ellos resultaban novedosas.

> En consecuencia, la Generación de 1918, en primer lugar —dice Paz Castillo— rompió sin reservas de ninguna clase, moral, política y espiritualmente, con los artistas del pasado; por ello se dijo que no era política, en el campo social; y que no era pensadora, porque no fue positivista, en el campo de la filosofía. Y es que, como lo he afirmado en muchas oportunidades en que he tenido que tratar acerca de estos particulares, fue una generación principalmente idealista, inclinada a Bergson, tanto por la elegancia del filósofo en su estilo —forma y pensamiento— como por el contenido esencialmente francés de su obra.[15]

Esta ruptura radical con "los artistas del pasado", imposible, por supuesto, si se toma en sentido absoluto, se refería al deseo de escribir una poesía ajena al verbalismo modernista y a la preferencia por ciertos temas exóticos. La reacción no se produjo contra los grandes, Darío a la cabeza, sino contra quienes repetían al maestro en temas y formas métricas que habían llegado a ser lugares comunes. En punto a filosofía, Paz Castillo señala que todos ellos volvieron la espalda al positivismo para nutrirse en las ideas de Henri Bergson:

> Spencer cede su puesto en el dominio intelectual del mundo, a Bergson. Lo anota Thibaudet y esto, para América tiene una gran trascendencia. Aumenta el prestigio de Francia; y la preponderancia de su cultura, es, para nosotros, como un reencuentro con la vieja cultura de la Colonia, en la mejor fase de su vida: en el punto en donde arranca don Andrés Bello y los hombres cultos

15 F. Paz Castillo: "Prólogo" a la obra *Poesía*, de Rodolfo Moleiro, p. 16. Caracas, Lit. y Tip. Vargas, 1961.

que idearon la Independencia y la llevaron a buen término. Por eso la generación del 18, con raíces de tradición inconfundibles, es revolucionaria y de formación esencialmente francesa.[16]

¿Generación revolucionaria? Sin duda en la poesía venezolana sus representantes introdujeron varios cambios al modificar el ritmo externo y proscribir la anécdota. También el paisaje recibió un tratamiento renovador que supuso "un nuevo sentimiento de la Naturaleza. Una sensibilidad más fina y subjetiva".[17] Ya hoy es cuestión de consenso el reconocer que la poesía moderna comienza en Venezuela con los creadores del 18. Políticamente no fueron revolucionarios. La inconmovible solidez del régimen gomecista generó en casi todos ellos la creencia de que no había otro recurso que aguardar la desaparición del dictador. Fieles a su apoliticismo, algunos de ellos optaron por permanecer fuera de las esferas gubernamentales, apegados a ciertas categorías idealistas y en espera del triunfo de éstas:

> La filosofía idealista es la que con más amplitud y justicia podría atribuirse a la generación venezolana del 18, tanto en sus poetas como en la mayoría de los hombres de pensamiento honrado, bien que aquélla era extemporánea o contrapuesta a la realidad política. Por lo que una gran parte de los escritores, en salvaguarda de esos ideales, vivieron combatiendo la realidad o discretamente separados de ella, con no pocos sacrificios. No estuvo el ideal al alcance de la mano, como pasaba, según afirma Dilthey, en los tiempos de Schiller, pero sí del espíritu. Los poetas, a semejanza del romántico alemán, no pudieron valerse de las grandes fuerzas y actuar por medio de ellas en todo, sino que más bien tuvieron que replegarse, confiando a la esperanza futuras actuaciones. A la esperanza, cercana o remota, cuando pudieran triunfar aquellas categorías, la dignidad, la libertad y la belleza, a las que permanecieron fieles. Sólo tuvieron los poetas —como realidad vital inaplazable—, la poesía. Y el anhelo de su perfección constituyó, por lo tanto, la finalidad de la vida. Así, dentro de una capilla, sin apartar los ojos de una realidad que aprovechaban estéticamente, pero de la que no disfrutaban, construyeron una poesía esencialmente idealista, inspirada en la belleza de las formas, en el progreso de la ciencia y en el amor de la libertad.[18]

Cuando diez años más tarde hizo su aparición en la vida política y literaria venezolana la llamada Generación de 1928 —¿cuántas "generaciones" tenemos en Venezuela?—, un grupo de estudiantes universi-

16 F. Paz Castillo, "Prólogo" cit., p. 13 (nota 15).
17 Ibid., loc. cit., p. 18.
18 F. Paz Castillo: prólogo a la obra de Enrique Planchart *Bajo su mirada*, pp. xxvi-xxvii (Caracas, 1954).

tarios llevó a término lo que no vacilamos en calificar como una de las más planificadas "casualidades" de la historia de nuestro país, al conseguir que una mansa y festiva "Semana del Estudiante", cuyo propósito principal parecía reducirse a una colecta de fondos para construir la "Casa del Estudiante", a la pacífica elección de una Reina y a unos inofensivos desfiles carnavalescos, se convirtiera en una protesta que se concretó en arengas públicas contra la dictadura y que dio como resultado una huelga de brazos caídos en toda Caracas, cuyas calles se vieron regadas de tachuelas a los gritos de "¡Muera el Bagre!", sobrenombre de Juan Vicente Gómez. Jóvenes agrupados en la "Federación de Estudiantes de Venezuela", que empezaban a discurrir sobre las doctrinas marxistas y a creer en los cambios sociales por la vía de la revolución armada, no estaban ciertamente en la actitud idealista que habían asumido la mayor parte de los poetas del 18, algunos de los cuales, sin embargo, tuvieron participación activa en los sucesos del 28, como Jacinto Fombona Pachano, quien escribió y recitó un poema a la Reina universitaria; como Andrés Eloy Blanco, que fue a dar a las mazmorras del Castillo de Puerto Cabello, su inmóvil "barco de piedra" durante varios años de prisión.

En uno de sus trabajos críticos, Paz Castillo sostuvo la tesis de que la Generación del 18 y la del 28 terminaron por fundirse, puesto que ambas fueron movimientos de posguerra.[19] Frente a este aserto surgieron dos posiciones. Una, de enjuiciamiento político, que la niega, representada por el escritor Julio Ramos, quien calificó a los poetas del 18 como "habitantes del Archipiélago de la Pasividad";[20] y otra, de carácter literario, que la confirma, como se desprende de estos señalamientos del poeta y novelista Miguel Otero Silva, quien ha dicho:

> Comprometido intento sería el de establecer barreras entre los del 18 y los del 28. Nosotros los del 28, nunca consideramos a los del 18 como valladares a superar, ni como valores consagrados sujetos a revisión, sino como maestros fraternales hacia quienes no ocultábamos nuestro afecto y nuestra admiración. No fue por mero azar que en el primer número de la revista *válvula*, publicación que señaló la irrupción de los del 28 en la literatura bajo los estandartes vanguardistas, trajo, al par de nuestras firmas, las de José Antonio Ramos Sucre, Gonzalo Carnevali, Vicente Fuentes, Fernando Paz Castillo, Pedro Sotillo y otros del 18.[21]

19 F. Paz Castillo: "Acerca de las Generaciones de 1918 y de 1928". Diario *El Nacional*. Caracas, 15 de agosto de 1955.
20 Diario *El Universal*. Caracas, 29 de agosto de 1955.
21 Efraín Subero: Entrevista a Miguel Otero Silva. "Papel Literario" del diario *El Nacional*. Caracas, 4 de diciembre de 1966.

Importa saber que con este juicio, Otero Silva ratificaba su criterio de que no existe, en rigor, una generación de poetas del 28, toda vez que Luis Castro murió en plena juventud, Joaquín Gabaldón Márquez se alejó por completo del ejercicio lírico y Pablo Rojas Guardia reapareció, con mayor fuerza, en el grupo *Viernes* (1937). Sólo restaría como poeta del 28, Miguel Otero Silva. Y es obvio, en este caso, que un solo poeta no constituye generación. En lo político quizá no sobrevivan dudas: cada una de estas dos agrupaciones tiene actitudes distintas. Hemos tenido ocasión de conocer personalmente a casi todos los más valiosos representantes del 18. El país es testigo de su valía personal, de sus vidas honestas, de su temple moral. Su pasividad se vio alimentada por la inexistencia de una oposición organizada contra la dictadura de Gómez. Por desaliento, por falta de experiencia política, o por temor en algunos casos, es obvio que no fueron ellos quienes iniciaron una resistencia activista. El propio Paz Castillo ha declarado sobre este punto:

> La generación del 18, o la mayor parte de los que formaron la generación del 18, mantuvieron actitud de repulsa ante el régimen imperante entonces. De ello son testigos los de la generación del 28. Yo considero que esta actitud ante el régimen gomecista es una actitud política respetable. Porque renunciar a muchas ventajas políticas posibles sin otra recompensa que la propia satisfacción, es un ejemplo que tiene consecuencias fecundas, aunque difíciles de precisar (...). Para mí, como para la generalidad, todo hombre tiene que ser político, pero no todo hombre tiene que ejercer la política. El escritor debe escribir y el zapatero hacer zapatos.[22]

No habiéndolo sido en el campo de la acción política, el sentido revolucionario que Paz Castillo señala como rasgo calificador del 18 hubo de producirse en la vida intelectual de una generación que proyectó su energía al perfeccionamiento de su arte poético, al estudio sistemático y minucioso, a la reflexión sobre las nuevas corrientes literarias, a la concepción de una estética, y, por supuesto, al ejercicio sereno y continuo de la creación. Es en este sentido como entiendo juicios como el siguiente de Paz Castillo: "Un buen poeta con relación a su tiempo no puede ser clásico sino revolucionario".[23]

¿En qué consiste, según nuestro poeta, el aporte renovador del 18 a la literatura venezolana?

[22] Guillermo Meneses: Foro cit., nota 6.
[23] F. Paz Castillo: Prólogo cit., nota 18.

En primer lugar, la métrica. Aun cuando los poemas iniciales de algunos de ellos —Paz Castillo, Andrés Eloy Blanco, Luis Enrique Mármol— revelan todavía la "orquestación" del verso modernista, y el predominio de ésta sobre el contenido, no hay duda de que, a poco andar, casi todos ellos restan importancia al ritmo externo, y buscan un mayor equilibrio entre la unidad poemática y una nueva concepción estética:

> En realidad, los poetas del 18 tuvieron la comprensión de la forma artística de la estrofa. De la importancia del valor de cada verso en el poema, como unidad separada del conjunto poético, llegando por este camino a un concepto muy personal de la estancia.[24]

Que la estrofa sea el resultado del valor de cada verso en el poema, y de que, seguramente a base de sus componentes, cada verso adquiera cierto valor propio dentro de la estancia, es, a no dudarlo, un estilo pictórico aplicado a la composición literaria de modo consciente o no; estilo que se parece mucho a la técnica impresionista, que da una concepción atomizada de los elementos agrupados en conjunto:

> Cuando Paul Bourget establece a propósito del estilo literario de su tiempo que la impresión de cada una de las páginas es más fuerte que la del libro en conjunto, la de una frase más profunda que la de una página, y la de una palabra aislada, más conmovedora que la de una frase, es el método del impresionismo lo que él caracteriza: el estilo de una concepción del mundo atomizada y dinámicamente cargada.[25]

Esta técnica de la composición del poema se conjuga con otro de los rasgos que Paz Castillo señala como definidores de la estética del 18: la influencia que sobre casi todos los poetas de esa promoción tuvo el grupo de pintores del Círculo de Bellas Artes. Esta influencia, que determina en la forma descriptiva de los poetas un estilo impresionista, ha sido enjuiciada por Paz Castillo del modo siguiente:

> El poeta es, sin duda, el hombre y su paisaje. De allí la importancia de la generación del 18. Ella, si así puede decirse, nacionaliza el paisaje. Hasta entonces éste, lo mismo en pintura que en literatura, había sido convencional. El verde era verde y el rojo rojo. Pero ni el verde ni el rojo tuvieron la calidad peculiar de nuestro campo, la que da el matiz: lo fugaz, el color del momento. El que sorprende el pintor en un instante feliz; y fija en su tela, pero

24 F. Paz Castillo: Prólogo cit., nota 15.
25 Arnold Hauser: *Historia social de la literatura y el arte*. Madrid, Guadarrama, vol. 3, p. 1195.

> que no se repite idénticamente en la misma Naturaleza. Y no es entre nosotros sólo donde aparece esa modalidad. Es una concepción universal. Pero la generación del 18, fiel a su tiempo, aunque un poco en retraso por el aislamiento en que se vivía, se inclina hacia ese movimiento, y dentro de él da obras, que, no solamente lo acusan, sino que serán, por sus cualidades, arquetipos de nuestra ya rica producción pictórica y poética.[26]

Junto a esta influencia pictórica —hecho que, según Paz Castillo, se cumple por primera vez en la historia literaria venezolana con la Generación del 18—, ¿cuáles son las obras y los autores que ejercen influjo determinante en los orígenes de esta agrupación poética? Los escritores del 18 leyeron, fundamentalmente, autores franceses, españoles, hispanoamericanos y venezolanos. De los autores franceses se sabe que comenzaron por los románticos, Víctor Hugo, Alfred de Vigny, Lamartine; luego Charles Baudelaire y Nerval; el grupo de los poetas malditos, Verlaine, Mallarmé, Corbière, Lautréamont y Rimbaud. Del grupo de los simbolistas, tal vez Regnier y el malogrado Laforgue. Y, más cercanos a ellos en el tiempo, los poetas de la generación mutilada, Apollinaire, Claudel y Valéry. De los españoles, se inician con algunos de los poetas románticos que conservan vigencia: Bécquer, Campoamor, Núñez de Arce y Espronceda. Atención especial le prestan a todo el 98, y muy particularmente a Unamuno, Machado y Valle Inclán. Paz Castillo ha señalado que "la deuda de los escritores del 18 a los autores españoles, de los cuales, desde luego, pronto comenzaron a separarse en busca de otras orientaciones, es infinita".[27] Del mundo hispanoamericano, sus lecturas más frecuentes son los modernistas, especialmente Darío, Lugones, Herrera y Reissig y Rodó, si bien habría que citar también a algunos precursores, como José Asunción Silva y Salvador Díaz Mirón Los autores venezolanos que leen con más interés y que ejercen sobre ellos alguna influencia, son los de la Generación de *El Cojo Ilustrado:* Manuel Díaz Rodríguez, Pedro-Emilio Coll, Rufino Blanco-Fombona, Andrés Mata, Pedro César Domínici, César Zumeta, Luis Manuel Urbaneja Achelphol, Jesús Semprum, Alfredo Arvelo Larriva y José Tadeo Arreaza Calatrava. Más cercanos a ellos, los escritores de *La Alborada,* entre quienes ya descuella Rómulo Gallegos.

Si la contribución renovadora de la lírica venezolana que Paz Castillo le señala a su grupo generacional es perfectamente nítida, más aún lo es la posición personal del propio poeta. Fue uno de aquellos creadores nuevos que en los controversiales años veinte y treinta sos-

26 F. Paz Castillo: Prólogo cit., nota 15.
27 F. Paz Castillo: Prólogo cit., nota 15.

tuvieron una posición crítica de enfrentamiento a valores enmohecidos, y uno de los que más enfáticamente se declararon partidarios de las ideas que en el mundo estaban llamando a la conciencia de los artistas no comprometidos con el pasado. Existen varios textos críticos de Paz Castillo, dados a conocer en periódicos y revistas, que son fundamentales para apreciar su posición ante las corrientes de Vanguardia.[28] El primero de ellos, en cuanto a orden cronológico, firmado con el seudónimo *Diego Caminante,* es una enérgica respuesta a un columnista que se ocultaba bajo el seudónimo de *Kara Keño.*[29] La réplica es una defensa de los colaboradores de *El Cojo Ilustrado* —cuyo último número circuló en 1915—, a los que *Kara Keño* acusaba de impersonales por considerarlos miméticos y acomodaticios a los gustos del público lector. Pero al mismo tiempo que una defensa de los escritores de *El Cojo,* Paz Castillo establecía una delimitación clara entre ambas generaciones, negando enfáticamente que los más jóvenes fuesen imitadores de sus predecesores inmediatos. La declaración que hace a este respecto subraya la vocación universalista de los nuevos, su curiosidad por saber lo que pasaba en el mundo, su búsqueda de las ideas representativas de las culturas más avanzadas, y lo que consideraba como lo mejor, una indagatoria de sí mismos, afianzada en el deseo de ser de su época, "tan complicada, tan rica en ideas nuevas, tan atormentada, tan absurda a veces, y sobre todo tan cosmopolita".[30]

El segundo texto, de mucha mayor importancia que el anterior, es un breve y luminoso ensayo a propósito de Guillermo de Torre y sus *Literaturas europeas de vanguardia.* Apareció en Caracas en 1925, esto es, en el mismo año en que se publicaba en Madrid la obra de Torre. Antes que una reseña bibliográfica convencional, la página de Paz Castillo recoge la profesión de fe de un escritor nuevo en trance de comprender las ideas estéticas revolucionarias que habían surgido alrededor de la primera guerra mundial; de un escritor, al mismo tiempo, extraviado en aquella selva de "ismos" con los que cada país, cada agrupación, buscaban señalar el camino del arte verdadero: ultraístas españoles, imaginistas ingleses, expresionistas alemanes, futuristas

28 Estos textos son los siguientes: "A propósito de Kara Keño" (Semanario *Fantoches,* nº 28. Caracas, 1923); "Bibliografía. *Literaturas de Vanguardia.* Guillermo de Torre" (Revista *Elite,* año I, Nº 12, Caracas, 1925); "Miguel Otero Silva" (Revista *Elite,* Caracas, 1926); "Sobre el tema del Vanguardismo" (Diario *El Universal.* Caracas, 21 de julio de 1928); "El *Romancero Gitano* de Federico García Lorca" (Revista *Elite,* Nº 171, Caracas, 1928).

29 Rafael Ramón Castellanos en su obra *Historia del seudónimo en Venezuela,* señala que "Kara Keño" era Pedro-Emilio Coll.

30 F. Paz Castillo: "A propósito de Kara Keño", cit. nota 28.

italianos, cubistas franceses, creacionistas, dadaístas, surrealistas, y tantos otros más. De ahí que en la nota que le dedicara a un joven poeta venezolano, Miguel Otero Silva, Paz Castillo hiciese las siguientes consideraciones, que reflejan un estado de alma colectivo, del que él participaba sin duda:

> La poesía atraviesa por un período de transformación; casi puede afirmarse que no hay tendencia fija; de allí que los nuevos poetas se encuentren como desorientados; y no sólo los nuevos, sino también los maestros, quienes no se conforman con las expresiones del período rubeniano (...). En esta anarquía literaria lo único que se le puede exigir a un poeta nuevo es la capacidad de perfección; o lo que es lo mismo, la facultad de mejorarse cada vez más.[31]

En medio de lo que no podía ser otra cosa que un explicable desconcierto, Paz Castillo —leyendo a Guillermo de Torre—, precisa algunas de las características de la época de posguerra, y formula algunas de las ideas, o, si se prefiere, de los fundamentos del arte nuevo. En otro de sus trabajos sobre la Vanguardia, escrito tres años después de su comentario a la obra de Guillermo de Torre, ya está convencido de que no hay "un" Vanguardismo,[32] sino numerosas formas nuevas de expresión que dan la impresión de una total anarquía entre los escritores. Esta anarquía, sin embargo, es aparente, porque en el fondo "todos están de acuerdo en una cosa: en darle al arte autonomía, en hacerlo puro, sin llegar por ello al concepto desinteresado del arte por el arte".[33] Como en el Romanticismo, se pregona una libertad total para el arte, "que puede traducirse —dice Paz Castillo— en diferentes modos de concebir y expresar la belleza, incluyendo en ellos hasta la misma forma clásica, siempre que ésta sea vaso que contenga el espíritu nuevo".[34] Este *espíritu nuevo* es el *factótum* de la época. Abarca, por igual, todas las actividades humanas, incluyendo a la ciencia. De ahí que Paz Castillo vaticine, con pleno convencimiento: "Einstein será el profeta de los mundos venturos".[35]

31 F. Paz Castillo: "Bibliografía. *Literaturas de Vanguardia*. Guillermo de Torre", cit. nota 28.

32 En Venezuela se designó con el término de "Vanguardismo" a todas las tendencias renovadoras que se manifestaron entre 1925 y 1935.

33 F. Paz Castillo: "Sobre el tema del Vanguardismo", cit. nota 28.

34 Idem.

35 F. Paz Castillo: "El *Romancero Gitano* de Federico García Lorca", cit., nota 28.

Existen otros puntos de concordancia entre los partidarios de los diversos "ismos" de Vanguardia: "todos buscan la economía del tiempo, la simplicidad y la simultaneidad: tres cosas, puede afirmarse, que forman la base del arte contemporáneo".[36] Así mismo coinciden en el uso del verso libre, "ya que éste no necesita de versos complementarios que tardan el desarrollo del poema, ni de frases adventicias, fulgurantes metáforas, para mantener la trabazón arquitectónica del conjunto". Y concluye Paz Castillo afirmando: "El poema queda así libre de galas retóricas que, las más de las veces, fragmentan la unidad del conjunto en una serie de imágenes deslumbrantes, unidas por un sentimiento que, a duras penas, puede seguirse a través de lo que equivocadamente se llamó *elocuencia*".[37] No se trata, en modo de alguno, de un empeño de las nuevas tendencias por destruir los ritmos castellanos, como algunos adversarios del Vanguardismo llegaron a decir. "El problema de renovar la expresión —según lo recuerda Paz Castillo— ha sido común a todos los movimientos literarios".[38] Una de las conclusiones de este poeta en torno a la defensa del espíritu nuevo de la generación de posguerra, se condensa en estas palabras suyas:

> Amigos negadores: el movimiento actual del mundo es una cosa de fondo y no de forma. El arte moderno pide comprensión, no aceptación. El panorama espiritual se universaliza. Los hombres de todos los continentes se aprestan para llegar a una unidad de pensamiento. El hombre moderno es una voz en un concierto; por lo tanto, no hay que encerrarse dentro del queso de bola de los prejuicios, sino abrirles las ventanas a los cuatro vientos del espíritu.[39]

Sin sumarse a las estridencias vanguardistas de moda, lo que hubiera sido contrario a su estética y a su poética, pero sí dentro de este *espíritu nuevo,* se fue gestando el primer poemario de Paz Castillo, publicado en 1931 bajo el nombre de *La voz de los cuatro vientos.* Inevitablemente el título remite a la obra de Víctor Hugo *Les quatre vents de l'esprit,* no sólo por la semejanza de la denominación, sino más profundamente, por lo que la obra del francés supone de libertad creadora, manifiesta en las cuatro partes que forman el libro de Hugo, en las que se juntan lo satírico, lo dramático, lo épico y lo lírico; y, sobre todo, por tratarse de una colección de poemas escritos sin premeditación

36 F. Paz Castillo: "Bibliografía. *Literaturas de Vanguardia.* Guillermo de Torre". Cit. nota 28.
37 F. Paz Castillo: Idem.
38 F. Paz Castillo: "El *Romancero Gitano* de Federico García Lorca" cit. nota 28.
39 F. Paz Castillo: Idem.

editorial, como expresión espontánea de las diversas situaciones anímicas por las que puede atravesar un creador a lo largo de los años. Sólo a esto se reduce la relación entre la obra de Hugo y la de Paz Castillo.

La voz de los cuatro vientos es el resultado de una selección hecha por el propio autor entre los poemas que escribió en un lapso aproximado de veinte años. Su distribución en las secciones que integran la obra es un acto *a posteriori* que refleja, como mínimo, los temas fundamentales que eran de su interés primario. Entre estos temas destacan las dos tendencias principales que determinarían el rumbo de la poesía de Paz Castillo, las cuales, apuntadas por él mismo, son: "el paisaje, y esto, desde luego, procede de mi acercamiento a la pintura y de mi frecuente trato con pintores; y una tendencia metafísica, hija de preocupaciones ancestrales que sólo pueden resolverse en forma poética".[40] Una y otra permanecieron en estrecha relación, hasta que los elementos del paisaje se fueron aminorando paulatinamente, para dar paso a una expresión reflexiva cada vez menos necesitada del soporte de las imágenes del mundo físico.

Dentro de una clara concepción neorromántica de la Naturaleza, en este poeta el paisaje aparece principalmente con una carga de elementos simbólicos y religiosos. Dios y Naturaleza se identifican en la poesía de Fernando Paz Castillo. Este panteísmo reviste especial significado dentro de la formación ideológica de nuestro poeta, por cuanto no es en él resultado de influencias mal asimiladas, sino de un proceso que terminó por representarse a través de la Naturaleza, y por trasladar a ella, la idea vaga de un Dios lejano y desconocido, al que no se tiene la esperanza de aprehender. Dios, es, pues, el Misterio. Pero Dios es, también, un supremo ideal de belleza y de poesía, conjugado con la emoción y el goce de la Naturaleza, lo que da, como se dijo, un resultado definidamente panteísta. Paz Castillo ha declarado: "En mi poesía hay una constante evasión hacia el sentido religioso de la Naturaleza. Pienso que la cumbre de la poesía está en Dios y en la Naturaleza".[41]

40 Guillermo Meneses: Foro, cit. nota 6. Entre los estudios críticos sobre la trascendencia metafísica de la vertiente más importante de la poesía de Paz Castillo, son dignos de mencionarse el excelente ensayo de Luis B. Prieto F., titulado *Persistencia y Trascendencia en la poesía de Fernando Paz Castillo* (Caracas, Editorial Arte, 1981), en especial los capítulos titulados "El dios de Paz Castillo —fuente de la trascendencia y de la persistencia—" y "Trascender y perdurar en la muerte". Otro ensayo, menos extenso, pero no menos interesante y profundo, es de Efraín Subero. Se titula: *El sentido espiritual metafísico en la poesía de Fernando Paz Castillo* (Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1975).

41 Mariahé Pabón: Entrevista, cit. nota 5.

Los lectores de esta poesía captan rápidamente que los elementos provenientes del paisaje aparecen con frecuencia en Paz Castillo como soportes de su deseo por indagar acerca de lo que existe más allá de la apariencia sensible de las cosas, por dilucidar poéticamente la intuición de las realidades metafísicas, no como un saber de las cosas trascendentales —lo cual habría equivalido a una pura reflexión filosófica—, sino como un captar y expresar cierta armonía entre el hombre —antena sensible— y el misterio que lo rodea. La poesía de Paz Castillo oteó siempre hacia esa zona oscura del conocimiento, en un intento por penetrarla para experimentarla. En este aspecto, su evolución poética muestra un recorrido temático que parte del paisaje y evoluciona hacia contenidos abstractos: Dios, el alma, la muerte, la soledad.

Paz Castillo pudo haber sido, de habérselo propuesto, el Manuel Cabré de la poesía venezolana. Pero más que la forma externa del paisaje, a él le interesaba indagar hacia adentro, hacia lo profundo y desconocido de la naturaleza. De manera que bien pronto se hizo notar en su poesía cierta tendencia espiritualista que comenzó a insinuarse cuando Paz Castillo estableció un paralelismo artístico entre elementos de la naturaleza objetiva y elementos de su naturaleza anímica.

Uno de los primeros poemas en donde Paz Castillo logra plenamente esta fusión de elementos sensibles con preocupaciones espirituales se titula "Las hojas secas". Una lectura de este soneto, pone de relieve el modo primario de crear Paz Castillo, cuya intuición poética se desplaza pendularmente de simples percepciones del mundo exterior, expresadas a través de un lenguaje directo, a una introspección signada por la inquietud que desata en él la intuición del misterio que se oculta tras la realidad empírica. Es entonces cuando surge en él cierta tendencia metafísica que alude a lo que hay más allá de lo tangible, y que en su estilo suele expresarse corrientemente en forma de preguntas sin respuestas, en frases u oraciones disyuntivas, así como en la aparición de cierto simbolismo inevitable y necesario a su expresión poética.

Esta línea temática es la que predominó en la obra de Paz Castillo. Por de pronto se la encuentra, mucho más amplificada, en su tercer poemario, *Enigma del Cuerpo y del Espíritu* (1956). En lo que se refiere al desarrollo y proyección de esta tendencia en la poesía de Paz Castillo, el poemario citado resulta estación obligada para el lector. ¿Y qué es lo que en él se plantea? El título, el subtítulo —*Dios y Hombre*— y el epígrafe de San Bernardo, sintetizan los temas fundamentales: la dicotomía cuerpo-alma; la relación entre Dios y el Alma, y la noción, tomada

de San Bernardo, de "que todo espíritu creado necesita del consuelo del cuerpo", que sirve a modo de fortaleza donde éste se guarece y defiende de la soledad y de lo desconocido.

El espíritu como tal, es una pura esencia desconocida. De ahí que en el momento de ubicarlo espacialmente, los versos se construyan con frases u oraciones unidas por la conjunción disyuntiva "o", además que con expresiones que dan la idea de algo confuso, vago, no delimitado.

Esta pura esencia necesita de un cuerpo para tener acceso al mundo de los sentidos. Unicamente a través de las facultades perceptivas de los sentidos es posible conocer la realidad inmediata. Como en este planteamiento no hay el menor asomo de duda, tal certidumbre se traduce en versos que son afirmaciones rotundas, donde no hay actitud disyuntiva, sino la certeza de que los sentidos pueden atrapar, bien un elemento terrígeno —como las espigas— o bien un elemento lejano y desconocido —como un astro—.

Este ignorar qué sea el espíritu y este saber qué es el cuerpo, tienen una proyección determinante en el poema, cuyos más poéticos aciertos se refieren a ciertas maravillas del organismo humano. Pero no hay que engañarse. No se trata de un canto que destaque lo sensual, sino lo que la materia humana tiene de hermosa y armónica.

El cuerpo es bello, solemne, y desafía al tiempo con sus sentidos, antenas orientadas hacia la captación de la realidad circundante, pero que, a veces, avizoran el mundo desconocido de las realidades metafísicas, señalado por el poeta con expresiones vagas, indefinidas, que contrastan con los vocablos precisos y rotundos con los cuales se refiere a lo que es perceptible. Es el mismo movimiento pendular que puede apreciarse en el soneto "Las hojas secas". Estéticamente, *Enigma del Cuerpo y del Espíritu* se orienta por grupos de versos en los que, uno de ellos se refiere a lo que un determinado sentido capta de la realidad empírica, mientras que el otro grupo alude a lo que ya no es susceptible de ser atrapado por los sensores de la masa corpórea.

En relación con una nota bibliográfica de Rafael Angel Insausti,[42] en la que este fino poeta y crítico le señalaba a Paz Castillo que el desarrollo en verso de un alegato filosófico producía resultados dudosos en cuanto a la calidad lírica del poema, este último respondía que en *Enigma del Cuerpo y del Espíritu*

42 R. A. Insausti. Cf. "Papel Literario" del diario *El Nacional*. Caracas, 31 de enero de 1957.

> no hay, como cree Insausti, un alegato filosófico entre uno y otro, sino simples contraposiciones sin discusión de ninguna clase entre el cuerpo, tradicional morada, y el espíritu, inquieto morador (...). Lo que existe, de consiguiente, es una actitud dramática, en donde no interviene diálogo ni reflexión de carácter racionalista; una actitud temerosa y de sorpresa ante la idea de la soledad del espíritu, libre del cuerpo compañero, en presencia de Dios.[43]

Pocos meses después, insistía sobre el tema, y en carta pública a Insausti, le reiteraba su criterio:

> Con mi poema *Enigma del Cuerpo y del Espíritu* no quise probar nada, sino *dar la impresión* de una realidad o estado de conciencia permanente en el hombre; de una realidad que desemboca en el tremendo problema de la soledad del espíritu, sin la compañía del cuerpo —su fortaleza en sus dolores y placeres— frente al silencio inexorable de Dios.[44]

Al margen de esta cordial polémica, un hecho queda evidenciado, y es que como rasgo significativo de su concepción espiritualista, Paz Castillo acepta que el espíritu sobrevive a la materia y que conserva, más allá de la muerte, su capacidad para razonar y sentir. Este problema, tan relacionado por su naturaleza con las creencias religiosas del hombre, no se encuentra planteado, sin embargo, en términos dogmáticos de fe cristiana. Es interesante señalar el hecho de que aun cuando Paz Castillo se formó en el seno de una familia de tradición católica, y de que los primeros años de su educación estuvieron sujetos a las enseñanzas de los Padres Franceses, su poesía es ajena a planteamientos de carácter religioso. Y esto a pesar de que no sería insólito que ciertos problemas metafísicos se confundieran con planteamientos teológicos o con dogmas de fe. No ha sido, así, sin embargo, y Paz Castillo mismo se encargó de aclararlo en la entrevista que le hiciera el escritor Guillermo Meneses. He aquí su diálogo:

(Meneses) —¿En tu vida hay definidas preocupaciones religiosas?

(Paz Castillo) —Creo que si te dijera que no, esto sería la consecuencia de anteriores preocupaciones religiosas. Y tampoco estoy seguro de que ese "no" pueda resolver el problema. Creo que no hay hombre que no tenga en su conciencia un secreto temor de lo que es, de lo que ha sido y de lo que será.

43 F. Paz Castillo: "El alegato filosófico en poesía". Diario *El Nacional*, Caracas, 18 de marzo de 1957.

44 F. Paz Castillo: Carta a Rafael Angel Insausti, fechada en Ottawa el 29 de abril de 1957. Diario *El Nacional*. Caracas, 3 de junio de 1957.

(Meneses) —En tus libros recientes se marca más claramente la búsqueda de los problemas religiosos.

(Paz Castillo) —No son religiosos. Son metafísicos y, por consiguiente, profundamente humanos. No recuerdo en este momento quién dijo que el hombre es un animal metafísico.[45]

Esta ausencia de elementos religiosos pudo haber dado origen a una poesía asaltada por dudas terribles y por el temor supersticioso a lo desconocido. No fue así. Una atmósfera intelectual serena, sin estridencias, envuelve las creaciones de este poeta. Pero como es auténtico en sus planteamientos, no puede evitar que en su estilo se revele una actitud disyuntiva y de que reconozca, a veces, que el fondo de su conciencia es oscuro como el corazón de una fuente nocturna, que ignora hacia dónde va: él sabe que sus sentidos se estrellan contra el muro divisorio que delimita el mundo sensible del que supone más allá.

Esta tendencia metafísica se continúa en los poemas reunidos en su siguiente poemario, *El otro lado del tiempo* (1971), y particularmente en el titulado *El muro,* incluido en dicha obra, y publicado por primera vez en 1964. Escrito en plena madurez, es una síntesis y una culminación de las preocupaciones fundamentales de Paz Castillo, y una de las mejores muestras de su riguroso manejo del lenguaje y de su estro. Por lo demás, este poema, en cuanto a construcción, está dentro de los recursos ya señalados. Todos los elementos aparecen atemperados. Una onda de serena nostalgia cruza estos versos y los matiza. El empleo de símbolos ya manejados por el poeta se suma a otros que aquí aparecen por vez primera. El símbolo principal es el objeto que da título al poema. *El muro* separa dos universos. Más acá, el mundo sensible; más allá un universo ignoto, que no puede verse, y que sólo la intuición o el instinto pueden adivinar. Mientras el hombre goza plenamente de su vitalidad juvenil, poco parece importarle qué haya o qué no haya del otro lado del muro. Pero cuando se aproxima al ocaso, cambia la perspectiva. Lo que parecía lejano está peligrosamente cerca; las vidas que lucían insignificantes adquieren nueva estatura; y el deseo, o más que el deseo, la necesidad de indagar lo que hay tras esa barrera divisoria, pone en actividad la mente inquieta.

La inclusión de Dios en el poema es difinitiva. El Ser Supremo se le asemeja a un muro situado frente a unos recuerdos y a unas visiones. No es de extrañar la asociación, toda vez que la idea de Dios es un concepto límite, más allá del cual nada podemos saber; semejante, en

[45] G. Meneses: Foro, cit. nota 6.

consecuencia, al simbólico muro que separa la luz de las tinieblas. Y que Dios sea un muro frente a recuerdos y visiones se comprende cuando se considera que la esencia divina del Creador llega intuitivamente a la conciencia, bien como una especie de oscuro recuerdo instintivo —si tal puede decirse— o a través de las visiones de los creyentes, en especial, de los místicos. Para nada entra aquí en juego la fe religiosa, pues se trata, a no dudarlo, de un planteamiento vivencial y no teológico. Este Dios como lo concibe Paz Castillo está, además, íntimamente solo en los ojos de los hombres, toda vez que, como lo dijo en otra parte invirtiendo los términos de la ortodoxia creacionista, Dios es la más hermosa y noble creación poética del hombre. Está, además, en el menudo nombre que lo ata a las cosas. Ya en el poema "Signo", Paz Castillo había expresado una especie de teogonía y de cosmogonía en las cuales aparece un Dios anterior al Dios cristiano, que se ignora a sí mismo, y que necesita crear el universo para poder adquirir conciencia de su ser. Todo lo creado, incluso él mismo, en su nueva conciencia, nace de su Verbo y forma parte de su sustancia, puesto que cada palabra es como un grano henchido de contener su esencia. No parece haber duda de que esta concepción está inspirada por Hegel y por ciertas corrientes del idealismo místico alemán. Dios está, pues, unido a todos los seres, buenos y malos, del universo: atado a la seda del canto del canario —heraldo de la vida— tanto como a la luctuosa noche que vuela en el zamuro, embajador de la muerte; de la muerte que es, para este poeta, la posibilidad de que la materia vuelva a su origen para dar nacimiento a nuevas existencias. Así concebido, el morir no puede menos que ser bello, por cuanto es un acto de desprendimiento, un marcharse para dar a otros oportunidad de venir, si bien esto último no está expreso en el poema.

El instinto de la supervivencia se manifiesta de varios modos. Existe en el poema la idea de un regreso a la vida, y también la manifestación de una fe que se aferra a la esperanza de que no hay muerte sino vida del lado allá del tiempo, fe que a veces se convierte en una pura intuición del perdurar, porque la muerte, criatura del hombre, es distinta a la no-vida que jamás ha existido. Hay también, en los compases finales del poema, una resignación suprema y dos sentimientos fundamentales: el haber visto siempre lo mismo a lo largo del viaje vital, y el haber traspuesto, sin saberlo, alguna vez el muro, más allá del cual comenzaría todo lo que no tiene fin.

Los tres últimos títulos que se publicaron en vida de Paz Castillo, *Pautas* (1973), *Persistencias* (1975) y *Encuentros* (1980) reiteran la

confrontación entre el poeta y el mundo real o ideal que caracteriza su desplazamiento por la vida y el arte, y su silencioso enfrentarse a esa especie de esfinge interior a la que interrogó incansablemente en sus horas de serenidad o en sus momentos de desolación, haciéndole apenas unas cuantas preguntas que vienen desde el fondo de los tiempos, y para las cuales el pensamiento racional no tiene respuestas satisfactorias.

La obra poética de Fernando Paz Castillo, en gran medida no es otra cosa que el recurrir a su esfinge en búsqueda de los nexos profundos entre idealismo y realidad, unido a un constante dialogar —o monologar— con su propia sombra, señal de un vivir propio, hacia adentro, que recoge impresiones desde la inmediatez de lo familiar cotidiano hasta los grandes enigmas del universo y de la propia conciencia. Con aquellas impresiones que alcanzaban a persistir, creó el canto de un viajero incesantemente asaeteado por temibles interrogaciones, atento a su propia sombra mientras derivó lleno de ofuscación hacia el misterio y fue dejando su impronta sobre el voluble polvo del tiempo.

Es también la suya una voz en la que se percibe con gran fuerza e insistencia el sentimiento de soledad unido a la melancolía de quien está condenado a evocar, desde la cumbre de los años, el pasado propio, que se convirtió para él en un largo y rumoroso presente, para decirlo con sus bellas palabras. Un pasado presente en trance continuo de hacerse futuro, que hace del hombre un viajero impenitente que se desplaza por entre un bosque de recuerdos.

Oscar Sambrano Urdaneta

CRITERIO DE ESTA EDICION

Para la presente edición, se ha tomado como base el libro *Poesías* de Fernando Paz Castillo, publicado por Editorial Arte en 1966. Esta edición, revisada por el autor, reúne todos los libros de poesía que hasta entonces él había publicado. En la presente edición se añaden los posteriores a 1966, siguiendo un criterio estrictamente cronológico.

Es necesario señalar que en todos los casos se ha respetado la última versión autorizada por el poeta. De allí que algunos poemas presenten variantes con respecto a versiones anteriores. En ciertos casos, sobre todo en antologías, se han encontrado algunos poemas que no estaban incluidos en otra versión del mismo poemario del cual forman parte. Como la presente edición reúne toda su producción poética, se ha optado siempre por las versiones más completas, incluyendo el mayor número de poemas. En los casos en que un mismo poema se repetía en diversos libros, se decidió mantenerlo dentro de la publicación más antigua.

LA VOZ DE LOS CUATRO VIENTOS

(1931)

P A U T A

SORPRESA

Hay un perfume
que sólo se siente en las noches claras

¿Es acaso una flor que no hemos visto?

CAMINOS

EL CAMINO DE LA ALDEA

El camino de la aldea,
el camino de la aldea es siempre igual:
los arrieros con sus arrias,
las carretas con sus yerbas,
y las flores de las zarzas del camino
y las flores que florecen para nadie
y las flores que se mustian
sin que manos femeninas las recojan,
sin que ojos femeninos las contemplen.

Y los postes del teléfono, solemnes,
bajo el aire azul, pesado, del crepúsculo,
y los hilos del teléfono, tendidos, paralelos,
y en los hilos las parásitas
y en sus hojas menuditas todo el polvo
que la brisa ha levantado del camino polvoriento.

El camino de la aldea
es la senda del crepúsculo
si se mira hacia occidente.

Allá lejos, en la torre de la iglesia
—lo más alto de la aldea—,
vuelan aves, y en sus círculos concéntricos
trazan signos misteriosos.
Son las aves de la aldea,
son las aves del crepúsculo
las que van en tardo vuelo
a vivir entre los rotos de los muros de la iglesia.

Las campanas con sus ruidos
las hicieron levantarse de sus celdas.
Y con sus trajes de monjas,
faldas blancas, mantos negros,
ellas vuelan y revuelan
esperando que reviva
la quietud de los conventos.

Y más lejos, y más lejos los bucares,
entre el humo de la tarde
ponen una mancha roja;
y más lejos está el cerro
y más lejos, tras las cumbres,
está el cielo.
Y hay senderos ilusorios
que comienzan en la hora y que van a los luceros.

El camino de la aldea,
el camino de la aldea,
en las tardes apacibles
va a morir a los luceros.

SENDAS DE LA TARDE

¡Sendas de la tarde!
Sendas de oro y rosa bajo el sol postrero,
cansados caminos del azul distante
en que envuelve el aire la cumbre del cerro.

¡Sendas de la tarde!
Fulgor impreciso sobre el terciopelo
hondo de las simas, y en las cañadas
fulgor de misterio.

¡Sendas de la tarde!
Tan irrealizadas bajo el sol postrero.

LA SENDA DE SU CASA

¡Senda que es comienzo de su casa humilde,
su casita blanca llena de recuerdos,
senda perfumada que va entre las sombras
de sus pomarrosas, bucares y ceibos!

Es mansa y sencilla como el alma de Ella,
como sus cabritos, como sus becerros
y su falda blanca, y su cota roja,
y la flor de monte que le adorna el pelo,
y el cuento que narra las tardes doradas

a los hermanitos junto al limonero
hasta que aparecen en la copa de oro
trémula en el aire los claros luceros,
y la copla ingenua que dicen sus labios
puros como brisas del campo en enero
cuando de regreso camina a la casa
con la flor de monte que le adorna el pelo.

Y en las tardes claras del mes de María,
cuando Ella retorna cantando del pueblo,
entre el corro ingenuo de las campesinas
que lucen sus cintas y sus trajes nuevos,
en las tardes claras del mes de María
la senda soleada tiene olor a incienso.

Todo se hace entonces dulce y familiar:
el urape blanco que deshoja el viento
sembrando de flores el musgo sombrío,
el canto cansado del mozo andariego
que marcha a la aldea,
y hasta los ladridos agudos del perro.

¡Senda de su casa!
¡Senda vaporosa bajo el sol postrero!
Senda que no sabe de esas negras cruces
cubiertas de piedras y de Padrenuestros,
ni del egoísmo de las avenidas
con vallas que impiden mirar en el huerto.

EL CAMINO

El camino ante el barranco
se ha quedado suspenso.
Atrás están las casas, y delante
la recia soledad de un campo yermo.

¡Ah!, si el camino se atreviera a saltar
sobre el barranco,
en la punta de enfrente le nacería otro pueblo.

PERDIDO

He caminado tanto
que ya no puedo distinguir mis huellas.
He perdido el camino tantas veces
y tantas he emprendido nuevas sendas
que desconozco el punto en que me hallo.

Me guía la subconsciencia:
una cosa aprendida y olvidada,
una primera fuerza.

Solo en la encrucijada soy un centro.
Giran los soles, pasan las estrellas
y yo persisto porque soy idea.

Me paro a distinguir y no distingo.
Hay roquedas, abismos y malezas,
y caminos que huyen, se confunden,
se disparatan en la tarde inmensa;
pero, aunque he olvidado mi camino,
Me guía la subconsciencia...

Hoy siento en mí una fuerza
que busca desplazarse,
que se quiere quebrar, pero está firme;
que se quiere escapar, pero está entera...

...Y he caminado tanto
que ya no puedo conocer mis huellas.

PRESENCIAS ESPIRITUALES

LA MUJER QUE NO VIMOS

Se alejó lentamente
por entre los taciturnos pinos,
de frente hacia el ocaso, como las hojas y como la brisa,
la mujer que no vimos.

Bajo una luz de naranja y de ceniza
era, como la hora, soledad y caminos;
armonía y abstracción como las siluetas;
esplendor de atardecer como los maduros racimos.

De lejos nos volvía en detalles
la belleza ignorada de la mujer que no vimos.

La tarde fue cayendo silenciosa
sobre el paisaje ausente de sí mismo
y floreció en un oro apagado y nuevo
entre el follaje marchito.

Hacia un cielo de plata
pálido y frío;
hacia el camino de los vuelos que huyen,
de las hojas muertas y del sol amarillo,
se alejó lentamente
la mujer que no vimos.

Sus huellas imprecisas las seguía el silencio,
un silencio ya nocturno, suspendido
sobre el recogimiento de la tarde,
huérfana de la prolongación de sus caminos...

Pero su voz, entre la sombra,
hizo vibrar la sombra, y era su voz un trino:
fúlgida voz que hacía pensar
en unos cabellos del color del trigo.

Recuerdos de las formas evocan las siluetas
de los apagados árboles sensitivos;
pero la voz que se aleja entre masas borrosas,

denuncia unos ojos claros como zafiros,
y unas manos que, trémulas, apartan los ramajes
como dos impacientes corderitos mellizos.

Ni pasos furtivos, ni voces familiares:
oquedad y silencio entre los altos pinos,
y en las almas confusas un ansia de belleza...

¿Pasó junto a nosotros la mujer que no vimos?

LA DAMA VESTIDA DE NEGRO

Es dulce la sonrisa
de la dama vestida de negro:
ella viste de luto,
pero es de oro su cabello.

Hace más grave el tono
de su traje severo
el anillo cifrado
que le fulge en los dedos.

Su vida es un pasado,
su amor es un recuerdo:
una suave tristeza prolongada
como la sombra azul de un sueño...

Pero no está de luto:
están de oro sus cabellos.

Habla triste, parece que suspira
y la invade un silencio
profundo cuando evoca
todo el amor que le duró un momento:
habla triste, pausada,
de su dolor inmenso...

Pero no está de luto:
están de azul sus ojos bellos.

Por eso se sonríe
y es dulce su sonrisa; por eso,
a pesar de su traje,

intensamente negro
la sonrisa es la luz
que le sale de adentro.

No está de luto:
la aclara toda un íntimo destello.

LO ETERNO

Una hoja en la noche,
vecina de una estrella pálida,
se volvió casi estrella
y en el alba
se volvió toda luz con sol y lluvia.

Hoja, yo siento en ti la estrella ausente
en los fulgores de tus gotas de agua.

NOCTURNO

Pero estos ríos que no corren bajo la luna,
pero estos ríos, ¿hacia dónde van?
Inmovilidad de los ríos en las noches profundas:
éxtasis de la movilidad.
Alma, tú eres como estos ríos:
inmóvilmente marchas hacia tu fin fatal;
una voluntad extraña te convierte en espejo,
pero el espejo no es todo claridad.

LIENZO PRERRAFAELICO

Con las manos cruzadas
en el pecho, sobre la tela negra,
tan blancas que dejaban traslucir
la huella azul y honda de las venas.

Delgada, candorosa,
casi prerrafaélica,
parecía abismarse en su tristeza,
más honda que la mar y más serena.

Así la vi una vez bajo la fronda,
profunda como ella,
la fronda de los pinos silenciosa,
la fronda de los pinos paralela...

Después no la vi más. ¡Era tan triste
y eran tan blancas sus dos manos largas
sobre la tela negra!

UN PENSAMIENTO

Un pensamiento fijo
tu rostro modela
y tu vida concentra en torno a él,
como la piedra
el agua, toda intacta, de la fuente.

Tu vida no es más que el pensamiento
que lentamente se va haciendo fuerte.

Tus ojos, deslumbrados ante la belleza,
presienten una forma no encontrada,
y tus manos revelan
algo del pensamiento.

Toda tú te vas haciendo de ti misma,
como la lluvia hace sobre el naranjo con el sol una tela
y como la noche con la sombra
una rosa en torno de la estrella.

Te adelgazas junto a tu pensamiento,
como en la fría plata del candelabro la llama inquieta,
con un afán perpetuo de esconderte a ti misma...

Pero en todo te revelas.

LA FUENTE ABANDONADA

La fuente abandonada
se llena con las hojas
caídas de las ramas.

Mis ojos se fijaron,
se hundieron hasta el fondo
de las diáfanas aguas estancadas...

Y al regresar del misterioso viaje
estaban tristes, pues no vieron nada.
El surtidor dormía
en la noche profunda y perfumada.

La fuente era pequeña:
como la fuente, mi alma
ante la noche inmensa y estrellada.

Caen, caen las hojas
desde lo alto de la oscura fronda
en la dormida taza.

Rizan, en la quietud interrumpida,
mil círculos diversos
que, naciendo unos de otros, van llenando
toda la superficie de las aguas.

¡Una hoja no más, tanto ha podido!

Como la pobre fuente abandonada
bajo el negro follaje de los pinos,
como esa fuente que no mira nadie,
como esa fuente, mi alma,
pequeña ante la noche
y con la noche entera entre su taza,
va midiendo su tiempo eternamente
con la insistencia de su gota de agua.

UN DIA

Un día ya no seremos todos...

Acaso bajo los árboles apacibles de una plaza
de pueblo bañada por el sol,
que se ha quedado dormido entre sus ramas,
mientras los jóvenes de entonces se diviertan,

confidencialmente, casi sin decir palabras,
recordaremos nuestras vidas,
como quien recuerda por una nota una estrofa olvidada.

Y no seremos más que dos o tres,
tan íntimos que todo se nos ha vuelto alma,
sordos para el presente que florece
en las pequeñas cosas cotidianas.

Y así, ausentes y confiados,
como las hojas por la brisa alargadas
hacia la brisa que pasó primero,
hablaremos de cosas tan lejanas
que tienen para nosotros ese encanto
de las viejas estampas.

La tarde irá poniendo su ceniza,
vaporosa y pálida,
sobre la fronda toda crepuscular
de una trinitaria.

La brisa deshojará armoniosamente sobre el césped,
donde el sol afirma sus largas pinceladas
—oro, verde, carmín—,
las flores de una acacia.

Y buenos, porque la vida nos ha hecho buenos,
hablaremos con indulgencia de las cosas bellas y las cosas malas,
de triunfos y dolores que tuvimos
en las horas felices o en las horas menguadas,
y, como la misma tarde,
se nos irán apaciguando las palabras.

En tanto que jóvenes confiados se divierten,
que estrechas parejas de enamorados cantan
y viven su presente efímero,
súbito la noche se hace estrella entre las ramas.

Entonces
sólo quedaremos un grupo, casi de almas,
que el acaso juntó, después de larga ausencia,
una tarde apacible en una plaza.

Pero ya no tendremos pasiones
ni egoísmos. Como los árboles seremos unas llamas
de íntima luz, que ascienden tenazmente hacia la estrella
y se prolongan, y lentamente se adelgazan
hasta volverse una sola canción de hojas y brisa
bajo el frío esplendor de la tarde de plata.

...Así exprimiremos el último gozo de la vida
en una hora honda de renunciación y de nostalgia.

IN MEMORIAM

MANUEL DIAZ RODRIGUEZ

Un día, sobre la tierra yerma
te llenó de amarguras el dolor de la Patria
y fue tu voz un canto y un sollozo.

Atrás, hacia un azul ya frío, tu noble juventud quedaba
entre el olor eclógico de los trigos maduros.
Tu juventud: una vela pirata por los mares de Italia.

Sentiste un vivo anhelo de perfección en todo.
Como un pagano del Adriático amaste la elegancia
de las antiguas formas
y las maneras áticas,
y cantaste a tu Grecia como un griego de Atenas,
y soñaste a tu Grecia como un griego de Esparta.

Una luz de crepúsculo insinuó entre violetas
y entre góticos pinos, una estrella lejana.
Tuviste el puro gozo de contemplar la estrella:
Venus, desde el azul atraía tu alma.

En un bosque profundo de extenuados laureles,
estremecido por el júbilo pastoril de las cabras,
a la sombra tutelar de una encina,
hecha en tallo de fresno encontraste una flauta.

Con ella revivieron tus labios
armonías olvidadas.
Y este espectáculo, imprevisto y grandioso,
a la belleza eterna encadenó tu alma.

Después, el paisaje familiar:
la dulzura de la excelsa luz mediterránea
en las pupilas ansiosas de belleza;

el vino de oro; la rosa cotidiana
que se asoma indolente por encima de un muro,
entre el verde jovial de la parra;
y el campo risueño, a la sombra de un monte serenado de nieve,
bajo el oro del sol de una aldea lombarda.

Y este espectáculo, imprevisto y efímero,
a la belleza eterna encadenó tu alma.

¡La hora solemne del canto en América,
América que cría en sus ásperos bosques la griega cigarra!
Por todos los cielos volaron las nuevas canciones:
Rodó hacía sonar los recios clarines del alba;
Darío, con mano fecunda,
tañía la lira de Apolo del lado del Plata
y, entre el coro de voces excelsas,
de voces preclaras,
la tuya, en el manso ondular de tu estilo,
fue un grito del Avila.

El otoño, furtivo penetró en tu cercado.
Hay rosas de magnífica belleza entre tu fronda perfumada;
aún la nieve de los años tarda en caer
sobre tu frente pálida,
pero un presentimiento sombrío
la rozó con sus alas.

Por eso, en esta hora de maduros frutos
en que empieza a deshojarse el huerto bajo la brisa mansa,
hora de reflexión y de silencio,
hora profunda de encender la lámpara,
quisiste ser bueno y fuiste bueno,
renunciaste a tu orgullo con un gesto de artista
y abriste un camino a desvanecidas esperanzas.

Y este imprevisto comienzo de partida,
al amor de la Patria encadenó tu alma.

Viajero ilusionado,
parece que la tierra te llamaba,
la tierra que aún desconocías,
la tierra sin cumbres y sin casas:
tierra de mudas y hondas perspectivas,
tierra ancha,
por donde se descolora el grito
y son jinete y potro las dos cosas más altas...

¡Y por ella pasaste cuando más la querías,
sin dejar una huella, como un vuelo de garzas!

Pero dijiste cosas bellas de la noche del Llano,
lenta bajo el fulgor de las estrellas pálidas.
Del Orinoco, que nace cristalino más allá de los montes,
más allá de los vuelos, más allá de las aguas,
como un dios silencioso, en su lecho de oro
que custodian hieráticas palmas,
y hablaste de los mares, donde muere entre espumas,
y de sus verdes campos que inciensan la mañana...

Y dijiste, viendo el horizonte inmenso:
por estos campos hay que hacer la Patria.

Densa sombra cayó sobre la vida.
El destino, con mano trágica,
lo mismo que la brisa autumnal entre la fronda recia,
te venía deshojando la palabra.

Hasta que un día,
desde una tierra inhóspita y extraña,
por sobre el mar de las sirenas mudas,
tú y el dolor se fueron en una negra barca.
...Pero tu voz aún vive entre nosotros:
por estas tierras anchas,
por estas tierras tristes y sombrías,
¡por estas tierras hay que hacer la Patria!

UNA TARDE

Por los diez mil caminos que tiene el Llano.

Miguel Lorenzo Muñoz

Una tarde decías tu verso melodioso.
Y la hora solemne y tu voz fraternal
dejaron en mi alma la emoción imprecisa
de la efímera rosa y del vuelo fugaz.

Era tu verso ingenuo, saturado de aromas
rusticanos y frescos, y exprimía bondad,
lo mismo que la tarde que azula los cañales
y envuelve todo el campo en su serenidad.

Diez mil caminos puros soñaste en la llanura,
abiertas perspectivas hacia la soledad,
y así como el viajero que ha perdido la ruta,
fuerte en el desamparo, caminabas tenaz.

Uno, dos, tres... ¡Son tantos los senderos tendidos
sobre la pampa trémula y vasta como el mar!
Hay unos, misteriosos, que no tienen salida;
otros, por entre siembras, llevan a la ciudad.

Tus versos expresaban la infinita congoja
de hallarse prisionero, y el pensamiento audaz
de lanzarse y perderse por los diez mil caminos
que prolongan el campo hacia la inmensidad.

Y la pena de oír en la hora solemne
la canción extenuada del viajero que va,
distante y solitario, trazando su sendero
por sobre la llanura toda crepuscular.

El humo de las chozas que asciende lentamente;
la marcha del ganado que no quiere marchar;
el retardado vuelo de garzas perezosas
y el alma que las sigue con ansias de volar.

Tal nos dijo tu verso una tarde de fiesta.
La recuerdo: una tarde toda jovialidad,
y tu verso tenía la inefable dulzura
de la efímera rosa y del vuelo fugaz.

Hoy recorres, hermano, una senda distinta,
¡una senda profunda de la que no vendrás!
Acaso en otra tarde tú nos dirás:
Hermanos,
diez mil caminos nuevos podemos transitar.

LUIS ENRIQUE MARMOL

Se nos fue silencioso,
sin manchar la blancura de su traje de electo,
él, que soñó poemas en la infancia lejana
y vivió solamente realizando sus sueños...

Noble semblante, rostro firme,
la sonrisa en los labios entreabiertos:
tal el amigo estaba en su mudez, ya frío,
las dos manos cruzadas sobre el pecho.

Viva aún la pupila,
parecía que miraba el silencio.

La urna con los dos candelabros semejaba una cruz.

Ante el grave misterio
de su vida dormida,
más clara me llegó la visión del pasado,
un pasado tan noble como un sueño,
un pasado sin odio y sin envidia.
Ante la vida dura opusimos el verso.

...Y el verso siempre puro lo salvó de la vida,
de lo material y lo grosero,
de la vulgar sonrisa cortesana.
Por eso alguien lo dijo: "Se nos murió por bueno".

Por bueno, porque es bueno el que vive soñando
y adelgaza su vida en un perpetuo anhelo

y, más que el goce torpe que se le brinda fácil,
quiere exprimir la angustia que le sale de adentro.

Por bueno, porque es bueno el que se abre un camino
como los Reyes Magos tras de un limpio lucero,
y en pago de lo rudo del luchar cotidiano,
al perder la palabra, deja un libro de versos.

Deja un libro de versos que es la flor de su espíritu.
¡No se pudo morir sin dejar algo bello!

Y así fue el epitafio,
el más sencillo del compañero para el compañero,
dicho en voz baja, como una plegaria,
casi como un secreto,
el elogio más puro que se le pudo hacer:
¡Luis Enrique Mármol se nos murió por bueno!

SOLEDADES

LEYENDO A MIKHAEL

> Quand le vent automnal sonne le deuil des chênes.
>
> *Mikhael*

Mikhael, tu tristeza me llena de tristeza;
yo soy como un hermano de tu propio dolor,
con mi sed de ilusiones, con mi amor de belleza
y la palabra inédita de mi esfinge interior.

Mecido por tu ensueño, yo sueño cosas bellas;
la brisa se perfuma deshojando un rosal;
la noche se anticipa en un temblor de estrellas
y el parque, hondo y sombrío, finge una catedral.

Los senderos violetas huyen hacia el poniente;
en los verdes cañales hay oro y hay carmín;
el sol viste la copa de un árbol; el ambiente,
como un incienso tenue, flota sobre el jardín.

De la montaña vuelven los rebaños de cabras,
tienen tonos azules sobre el blanco vellón;
el campo se define, enorme, hacia las abras;
la futura cosecha se siente en un botón.

La futura cosecha, ¡qué horror!, ¡qué horror, Dios mío!,
y a través de tus versos es que siento el horror;
que todo sea lo mismo: ¡un invierno, un estío!
¡Que los rosales nunca puedan dar otra flor!

El aire se oscurece. En un fúnebre vuelo
diríase que pasa el Angel Azrael,
y siento que me besa con su beso de hielo
como besó tu frente, Efraím Mikhael.

A ras de la colina baja una sombra densa
que llena todo el valle: yo la quiero vencer,
pero ella, poco a poco, se hace más intensa
y en la letra menuda ya no puede leer.

Bajo el oro postrero de esta tarde de estío
en que una esquila hace más dulce la oración,
he leído tu libro, tu libro que es tan mío,
porque lo siento mío dentro del corazón.

Mikhael, tu tristeza me llena de tristeza:
yo soy como un hermano de tu propio dolor,
con mi sed de ilusiones, con mi amor de belleza
y la palabra inédita de mi esfinge interior.

INSOMNIO

Extinta la luz.
Entre la sombra que cae sobre mi cuerpo,
que pesa sobre mis párpados,
me parece ver una claridad.

Es como si una luz,
acaso el signo de una luz muy tenue,
se fuera precisando lentamente.

Luz que apenas miran los ojos entorpecidos
por la claridad solar...
Entonces, formas vagas,
recuerdos de formas que amamos en la vida,
pasan vertiginosas.

Siento que la sombra es algo vivo
que crece por momentos, que me envuelve
en una sedante languidez.

Por el balcón entreabierto
entra un soplo del jardín lujuriante bajo la noche:
olor de rosas, de azahares, de jazmines,
perfuman el cuerpo de la sombra.

Los sentidos, tardos,
cesan de vivir su vida limitada;
la inteligencia, confusa,

en un aletear atormentado,
recorre una existencia de siglos.

La pesadilla intermitente va haciendo tenaz el desvelo.

El cuerpo laso
se sumerge voluntario en el remanso del sueño:
un sueño fisiológico;
pero el espíritu vela como una mariposa
en torno de esa luz que no advierten los sentidos.

Acaso cuando llegue el sueño definitivo,
cuando mi corazón deje de marcar el tiempo,
esa luz que me obsede entre la sombra,
se extinga por completo...

Al fín, por la rendija de la puerta entra el día,
una cinta de sol
que me hace volver hacia la vida:
luego los ruidos familiares
y el canto de los pájaros que despiertan...

Y en el espíritu cansado por la vigilia
el anonadamiento total;
la renuncia a la vida que despierta alegre;
el deseo de volver hacia la sombra,
pero hacia una sombra que fuera toda igual;
que no pesara sobre los párpados,
que no se aclarara por momentos,
que no viviera:

¡Una sombra que fuera un remedo de la muerte!

LA BRISA DEL NORTE

La brisa del norte pasó sobre la fronda
inclinando las ramas hacia el sur.

Un plácido silencio se extendió entre los árboles,
cuyas copas dobladas tenían un murmullo de oración.
Así, todos inclinados hacia una misma parte,
eran dolientes y tristes y confidenciales,
como chiquillos asustados por la presencia de un extraño.

El silencio se hizo más intenso.
Entre la luz confusa y vaporosa,
los árboles eran imprecisos como bocetos.

Sólo en la copa del joven y armonioso mandarino
era aún de día.
El árbol aprisionó el sol en las hojas
y el día en el atrasado canto de unos pájaros;
pero abajo, sobre la hierba rasera, era de noche.

La brisa furtiva penetró entre las ramas
y les robó algunas hojas secas,
y luego se alejó hacia el sur, aun más oscuro.

Hubo un momento de angustia,
una viva claridad inundó toda la huerta;
los troncos adquirieron detalles momentáneos,
gestos desconocidos, colores imprevistos:
¡todo era tan extraño!...

La brisa seguía pasando por su largo camino de silencio.

Era como un dolor que pasaba sobre el jardín,
aquel jardín tan frágil, tan pequeño,
aquel jardín que parecía quebrarse
bajo el peso de la brisa que seguía hacia el sur,
hacia donde se fueron las hojas y las nubes,
hacia donde el cielo era más oscuro.

¡Dios mío!, que no siga la brisa arreciando:
¡ten piedad de mi pobre jardín!

LUCES EN LA NOCHE

En la noche,
a través de los árboles,
se distinguen en un valle distante
las luces de los hombres olvidados.

Una agonía lenta y embrutecedora,
sus vidas tenazmente va haciendo pedazos.

Hasta ellos llega el rumor de la ciudad distante,
el ruido de los hombres alegres,
la sonrisa innumerable de las olas
y la ilusión de partida de los barcos;
hasta ellos llega la vida con sus promesas, pero
los separa de los hombres el verde profundo de los árboles.

Y, sin embargo, son tan bellas las hojas,
tienen tanta dulzura las frondas armoniosas de pájaros;
la brisa se perfuma en sus flores rojas y vivientes
y el sol de la tarde dorando sus ramas se aleja...

Detrás de esos árboles,
hombres vigilantes aguardan confiados
su parte de gozo.

Nadie sabe que viven allí sus miserias, callados:
un risueño jardín los separa del mundo
que goza, de lejos, la belleza infantil de los campos...

Mas la noche revela sus vidas
en luces que brillan detrás de los árboles.
¡Oh, profunda tristeza de ver esas luces tenaces
en la fúnebre tela nocturna que cubre los campos!

EL ARBOL DEL CAMINO

Cae la tarde
sobre el cedro:
el cedro solitario del camino.

La tarde se extingue con los últimos vuelos.

La vida carece de sentido...
Florecer en los campos bajo la luz de un mismo cielo,
dar su aroma a la brisa,
ser uno con la brisa, inmutable y eterno,
ser polvo en el camino,
nieve en el monte espeso,
ser todo y no ser nada.

En el camino solitario da sus flores el cedro.

La palabra que envejece en nuestros labios,
la vemos renacer en otros labios nuevos.
El mundo se hace y se deshace en cada atardecer.

Ante la rosa de la tarde da sus flores el cedro.

Vivir en una hora toda una eternidad.
Cae sobre el sueño del campo la luz vigilante de un lucero.

Hoy, lo mismo que ayer,
el río pasa bajo las mismas cañas y por los mismos pueblos,
y el agua, sin embargo, no regresa a la cumbre.

Todo se desvanece y todo es eterno.

Ante la rosa de plata de la luna fría,
da sus flores el cedro.

El conoce el estupor de las estrellas
y, armonioso y austero,
deshoja la rosa de la sombra.

Para perfumar la noche, da sus flores el cedro.

Desde niño lo he visto
a la orilla del mismo sendero,
desde niño he visto en su copa
los mismos luceros. . .

Inmutable y sombrío,
con sus ramas ilógicas araña lo eterno.

CANCION MATINAL

I

Amanece el día claro:
sol en la copa de los árboles,
alegría matinal en el patio.

Por la ventana abierta por donde entró la noche,
penetra el sol que ha venido de los campos,
aún con la sombra y la humedad impresas
en los párpados.

Pero abajo, en el día, todo es ingenuo despertar:
contra la brisa, los nocturnos naranjos
sacuden su rocío y sus hojas menudas.

Cantan los pájaros
y la mañana se hace, con su canto, mucho más matinal
y el sol mucho más claro.

II

Pero alguien ha quedado en la sombra...
La mariposa inmóvil en el rincón del cuarto:
crucificada en la pared,
es algo de la noche que no quiere amanecer en el patio.

III

La sombra que proyecta mi cuerpo
sobre el muro blanco
es la parte nocturna de mi vida
que no ha querido salirse para el patio.

IV

He vivido mi hora nocturna, sin luz y sin contornos,
sólo la inteligencia iba forjando
figuras silenciosas:
sólo el espíritu, sin porvenir y sin pasado,
en un instante todo de presente,
vislumbró una vida y se quedó soñando.
Por eso, algo de mi persona
no ha querido salirse para el patio.

V

Y siento la alegría del sol,
el deseo de bañarme en el sol que amanece tan cálido:
pero hay algo,
un dolor persistente de mi vida nocturna
que no ha querido salirse del cuarto.

VI

¡Cómo, alegre, anunció la mañana
el clarín prolongado del gallo!
¡Cómo, alegre, despierta la vida en las cosas
y parece que todo se queda esperando
que otro gallo distante responda
al último canto del gallo!

VII

No: no quiero vivir la mañana
que, adornada de flores, se vino del campo:
quiero estarme en la sombra tranquilo.

Algo mío le teme al último canto del gallo.

HOY LA MAÑANA HA VUELTO

Después de muchos días, hoy la mañana ha vuelto,
ha vuelto perfumada de la selva distante
después de muchos días monótonos de invierno.

¡Cómo salta gozoso el sol entre las ramas
y prende, allá en las cumbres, unos tonos violentos;
y cómo el parque húmedo, trémulo en la luz fresca,
va adquiriendo detalles de amanecer, perfectos!

Por un camino, acaso más verde que los otros,
envuelta en niebla y oro, hoy la mañana ha vuelto.

Hoy la mañana ha vuelto y todo se halla alegre,
alegre como el campo se va tornando el cielo.
Sólo a mí me limita esta plácida hora
en que todo es tan puro, lo inmóvil de un recuerdo;

sólo yo soy distinto en este claro día
en que se dan las vidas con ansias de renuevo,
en que se ha vuelto joven el sombrío eucaliptus
y el mango ha improvisado su vestido más bello.

Por un camino, acaso más verde que los otros,
envuelta en niebla y oro, hoy la mañana ha vuelto.

Alma, pobre alma mía que vives enclaustrada
en la hermética torre de los malos recuerdos,
hechicera nocturna que te embriagas con vinos
malsanos, en las horas tenaces del desvelo,
abre bien la ventana a la luz que hoy te llega.
¡Mira!: el alba rosada se tiende sobre el huerto...
Todo se torna joven; sólo tú, alma mía,
como la mariposa de la noche de invierno,
te has quedado en la sombra, prisionera en la sombra,
cual sombra de otra vida que viví en otro tiempo.

CANTOS IMPREVISTOS

CANTO A LINDBERGH

Un cielo azul, un mar profundo y una ruta ignorada;
Nueva York a la espalda, con sus torres de hierro;
ante los ojos, Francia con sus campos germinados de cruces
y entre las dos orillas el minuto del vuelo.

Puertos del Norte:
chimeneas de acero
que reemplazan las velas de los mares latinos,
de los mares fenicios y de los mares griegos
y los tímidos barcos que entre islas dispersas
encontraron el oro y el estaño
y sembraron en todas las colinas el árbol de su fuego.

Pero la hazaña había envejecido;
Colón aprisionó la audacia en sus frágiles barcos veleros
y el mar no era la gruta azul de la sirena armoniosa,
sino el fácil camino del comercio.

El penacho de humo del trasatlántico
manchó el plafón azul del palacio de Venus.

Los hombres estaban tristes de sentirse seguros:
toda audacia concluía al abrigo de un puerto.

¿Y lo ignorado,
el mar que no tenía fin, el mar de los senderos
profundos y de las armoniosas islas imprevistas
y de extasiados luceros?...

Mas cuando se dominaron las rutas de las aguas
y no había sobre las olas caminos nuevos,
les nacieron dos alas potentes a los barcos menudos y frágiles.

El vértigo de la muerte llevó al hombre aún más lejos,
que si Colón redujo la audacia de los nautas,
quedaba a nuestro siglo la ruta de los vientos.

La hazaña de Lindbergh, muchacho
generoso, jovial y ligero
como un sportman,
marca un goal en la fuga del tiempo.

Eres más sportman que Coronel. Coronel Lindbergh
te dicen los hombres serios,
no obstante ser el muchacho cazador de tigres y de nubes,
que miras el mundo como un juego
y manejas tu nave como una raqueta.

Así pasaste de Nueva York a Irlanda, rebelde y naciente,
con sus lagos dormidos entre bosques inmensos,
y por el sur de Londres, erizado de cabos,
conquistas de la tierra en el mar.

Y por París, cuya torre de acero
es la antena del pensamiento de la América recia.

...Y luego regresaste a Nueva York, y luego
fue el minuto del triunfo,
el chocar de las manos viriles,
la caricia extenuada de los brazos perfectos
que se ciñen ansiosos
y el abrazo callado y el abrazo fraterno.

Después bajaste
a México,
estremecido de odios medievales
y henchido de porvenir como el año en enero.

Después a Nicaragua,
que tiene la tristeza de ser débil, pero
que tiene el heroísmo de ser fuerte.

...Y después, tramontando las cumbres más altas
por sobre un humo de volcanes y un fragor de ventisqueros,
vienes a nuestra tierra.

Así como un sportman te queremos aquí, Coronel Lindbergh:
así queremos que cruces nuestros campos abiertos
a todos los dispersos caminos de la brisa;
así queremos que cruces la diafanidad de nuestro cielo,

que lo cruces, como un pensamiento puro
pasa por un cerebro
y pone dignidad en el rostro del hombre.

Y que un instante, nuestra vida sea toda vertical
y tenaz como un anhelo
y que todos los ojos busquen el motor que se esconde
entre nubes ligeras como quilla de luna en la noche de invierno.

Cuando entre Nueva York y San Luis
eras correo,
llevabas en tu nave por el camino del aire
el minuto feliz y el adverso,
pero algo más puro debías traerle a los hombres.

Había sonado el minuto excelso.
Sentiste el ansia de gloria
y marchaste a la gloria como a una fiesta de pueblo.

Ni siquiera el smoking lo llevaste en tu nave.

París sufría la angustia de sus dos hijos muertos,
y tú, sobre sus campos pusiste un momento de olvido;
refloreció el milagro del ideal en los hombres recios
y nuevas alas de Francia salieron para América.

Ya el Atlántico se tornó pequeñito
bajo la audacia de los pájaros nuevos.
Hoy, que veo detenida tu vibrante inquietud
cual pájaro que liba entre grumos de nubes y, un instante suspenso
el vuelo, goza el deleite de batir sus alas,
siento el orgullo de ser hijo de estos tiempos
en que hallaron los hombres una nueva aventura
y un ala dominadora para todos los vientos.

BALADA DEL HOMBRE QUE TRABAJA

Hoy canto la vida fuerte,
absurda y cotidiana,
el músculo en tensión y la alegría
del hombre que trabaja.

Musa, olvida la dulzura
de la idílica selva perfumada;
el caramillo del pastor que tañe
una canción pagana;
la merienda de miel; la copa llena
con la reciente leche de las cabras;
el pie de oro de Atalanta leve;
la jabalina de marfil de Diana...
y canta en esta hora vigorosa
la alegría del hombre que trabaja.

Hombre vulgar
de vida calculada,
idólatra del oro amonedado,
constructor de riquezas, clara
inteligencia para el lucro,
tu vida absurda hoy mi verso exalta.

El ambiente crepita,
el sol es una llama
que enciende los semblantes de las niñas
audazmente ataviadas;
en la calle pululan paseantes
alegres, entusiastas:
las obreritas con sus trajes pobres,
tan femeninamente descuidadas:
voceadores de frutas y periódicos,
de frutas y noticias importadas,
y entre todos fulgura la alegría
del hombre que trabaja.

Autos, bocinas, coches y tranvías,
disparates de vidas ciudadanas,
de vidas que son torpes y que triunfan,
de vidas resignadas.

Lepra en la urbe,
manos de mendicantes alargadas
en demanda de pan a la inclemencia
de las manos avaras;
lepra en la urbe alegre

con la clara alegría meridiana:
dolor, dolor, entre el contento
del hombre que trabaja.

El hombre luchador va por las calles
regando las palabras
de amor y de optimismo:
suenan los picos, suenan las campanas
y las piedras rebotan en el suelo
y la mezcla rebosa entre las latas,
y va de mano en mano
el cuerno con el agua,
y circulan los dichos picarescos,
la frase intencionada,
cuando llega una moza.
—Eres linda. —Dios te guarde, muchacha...
Y brilla más intensa la alegría
del hombre que trabaja.

Nuevas conciencias,
nuevas almas,
que triunfan de la prosa de la vida
con el martillo y con la fragua
y tienen del honor un sentimiento
más puro. Fuerte raza
que funde la inconsciencia del pasado
en la moderna y firme aristocracia
que pone sobre el cáncer del prejuicio
la nobleza del hombre que trabaja.

Así la vida,
la dolorosa vida cotidiana,
forja un claro ideal;
la sórdida ambición se hace romántica:
romanticismo del oro, fiebre del oro
y de la máquina
y del músculo: nueva retórica
del hombre que trabaja.

Musa, olvida el pasado,
la floresta de idilios perfumada,
que hay una vida intensa.
No hagas sonar la flauta

de los viejos poetas: canta, Musa,
en esta hora luminosa y cálida,
el ímpetu, la fuerza, la alegría,
del hombre que trabaja.

"MI NIÑA BLANCA"

Y viste con dulzura
al indio de los bosques y de los campos yermos...

Indio como la tierra sin yerbas,
rostro modelado por el silencioso fuego
de un culto solar.
Indio desconocido de los hombres de ojos profundos y negros
que entraban en la selva por el boquete de los ríos
despertando callados recuerdos.

Indio rebelde: el milagro
quebró tu voluntad de hierro
y fuiste, en la cruenta hora de la Conquista,
la llama de un ideal, indio de la fe: Juan Diego.

En tu hermética lengua de montaña
a la Virgen confiaste tu dolor más secreto;
para llegarte a Ella elegiste el retiro de un monte,
porque el monte es el ansia de la llanura por acercarse al cielo.

Acaso tus oraciones, firmes y rudas
como tus ágiles flechas, fueron
vibrantes protestas

contra la justicia del Conquistador violento
que talaba los montes e infestaba tus amplios llanos
de ambición, de lujuria y de miedo,
y Dios puso entre tus dolores una tregua piadosa
dándote por aliada a la Reina del Cielo.

El sitio hostil, rudo el paisaje,
el viento se vestía de escarchas en los ventisqueros;
hieráticos árboles de rizos penachos
guardaban el suelo.

Duras e inhóspitas hojas
en el pardo terrón de los montes enhiestos
y enmarañadas zarzas que cubrían
los innumerables caminos inéditos.

Sobre esa tierra árida,
como orvallo imprevisto en campo seco,
vio el indio una mujer toda dulzura; que traía,
no el penacho empinado, ni el frío acero,
sino rosas, femeninas y extenuadas rosas
del mundo de la Edad Media al Mundo Nuevo.

Fue lo femenino en la Conquista.

Mientras los otros ensanchaban sus vidas en los campos desiertos,
remontaban tenaces los ríos y, por la luz de los ríos,
llegaban a las cumbres caldeadas de los cerros,
Tú, Virgen de Guadalupe,
conquistaste el alma del hombre trashumante y guerrero
y pusiste una antorcha en la mano fecunda
del noble indio de la fe: Juan Diego.

Santa María de Guadalupe,
rosa florecida en las cumbres aureoladas de silencio,
tu indio, como la cumbre, fue una oración de piedra:
ansia de la llanura por acercarse al cielo.

Santa María de Guadalupe
"Niña Blanca" de Juan Diego,
salva lo que nos queda de su raza humillada:

¡Tú que estás en el cielo!

DESDE LA CUMBRE

Allá abajo está el pueblo,
el pueblo que trabaja, que sufre, que medita,
el hombre resignado
que devora sus sueños
y triunfa de la vida
con la risa en los labios;
el hombre todo nervios

y el hombre todo idea:
el que domina el hierro
y el que vence el espíritu,
esclavos de la fuerza
y esclavos del cerebro.

Y están los miserables, los bagazos humanos
que con su vida afean las calles y las plazas
y, no teniendo fuerzas y no teniendo ideas,
viven de sus miserias y enseñan las tristezas
de sus carnes podridas cínicamente para
lastimar a los hombres
y arrancarle a la negra codicia una moneda.

Allá abajo está el pueblo,
en donde la injusticia tiene un soberbio alcázar
y entre fríos harapos se esconde la miseria.
No obstante que, más alta que sus casas más altas,
que sus viejos bucares y sus frondosos cedros,
se levanta en la paz de la tarde suntuosa
una iglesia cristiana con una cruz de hierro.

EL RITMO SOSEGADO

REGRESO

Bajo el azul del cielo se destaca
en la paz de la tarde campesina,
la familiar silueta de una vaca.

Baja, pausadamente, la colina:
triscando junto a ella va el becerro
y la alegre cabrita vespertina.

Con ellos va la sombra por el cerro
bajando a la quietud de la llanura
mate, como una lámina de hierro.

Allá lejos, se dora la blancura
de la ermita del pueblo; vaporosas
se hunden las sendas en la tarde oscura.

Y entre liños de mangos, pomarrosas
y granados rojizos de granadas,
en un resto de sol hablan dos mozas.

Azules, cual la tarde, sus miradas
y más frescas que brisas en enero
por los primeros brotes perfumadas.

El sol dominical por el sendero
se va alejando; ya toca la cumbre
del monte, que se torna más severo.

Allá abajo quedó la muchedumbre,
de cuyas casas sólo se divisa,
a través de las ramas, la techumbre.

Crepuscular y pálida ceniza
cae del cielo sobre la espesura.
Y apacible la senda se desliza

hacia la cumbre, baja a la llanura,
y, salvando la quiebra del torrente,
se va a esconder entre la selva oscura.

La noche se miraba en la corriente.
Fue largo el caminar bajo la fronda.
Las hojas me rozaban en la frente.

La selva cada vez era más honda.
Mis pasos iban tras borradas huellas.
Y cuando abandoné la espesa fronda
vi en el cielo profundo las estrellas.

BALADA DE LA BUENA CASA

Tu casa será alegre,
con la alegría de la buena casa
que brinda paz y sombra en la aspereza
de nuestra vida cotidiana;
con la dulzura del amor que pone
—porque lo quiere la mujer amada—
cuidado en los detalles minuciosos
que dicen de ternuras, sin palabras.

El mantel en la mesa, el pan dorado
en la cesta de mimbre perfumada;
la redoma con frutas y compotas;
el jarro con el agua;
el helecho que crece agradecido;
el canario de oro entre la jaula;
la dicha de vivir en los que alientan
y el gozo de callar en los que aman:
todo revela la apacible vida
y la dulzura de la buena casa.

Temblor de luz el sol pone en las hojas
y en las paredes lentas pinceladas:
entra por el balcón, dora el espejo
que reproduce el patio con las matas

e infunde nueva vida entre las cosas.
¡Qué júbilo si el sol entra en la casa,
porque es la casa tibia como un nido
y vibrantes de luz están sus pajas!

La luna entra en el patio,
unge de luz las desmayadas ramas
que sacude la brisa
con un murmullo suave de plegaria...
¡Qué blancas las paredes,
qué pálidas las rosas que eran llamas
y qué íntimamente se han unido
para soñar, las almas!...
Y despierta el amor, pero las frases
como las rosas se tornaron blancas,
perdieron su color como las rosas
en la noche de luna y de nostalgia.

Así la vida toda irá pasando
bajo el cobijo de la buena casa.

Y una tarde cualquiera,
después de muchos años de vida cotidiana,
uniendo en un secreto vuestras voces,
qué digo vuestras voces, vuestras almas,
diréis:
—¡Qué dicha la de haber vivido
juntos en esta casa!

Y el sol pondrá otra vez en las paredes
la gracia de sus lentas pinceladas
y envolverá en su luz todas las cosas:
¡las cosas que se aman, sin palabras!

CANCION DE LA SABANA

Los gallos cantan
frías canciones de estrellas.

En la atezada sabana
crece con luna la sombra audaz de la hierba,
hierba que en la noche tibia
se alisa de luna fresca.

Se me murió la sabana,
me la mató la arboleda.

Sobre los árboles crece
la fronda de las estrellas.

La arboleda es una casa
y el miedo se esconde en ella.

En la atezada sabana
crece con luna la sombra audaz de la hierba.

Abierta está la sabana
como una casa en espera:
cuatro puertas de horizontes
con nubes de enredaderas.

Por un camino de brisa
se llega a un rincón de estrellas:

cuando se duerme en el raso
posada es la noche inmensa.

En la atezada sabana
crece con luna la sombra audaz de la hierba.

Abierta está la sabana
como una casa en espera:
por una puerta de árboles
un canto se metió en ella.

Un cantar en la sabana
es largo como una pena
si cubre nuestro abandono
el tejar de las estrellas.

Caminando en la sabana
yo me he inventado una senda
con balcones de horizontes
y nubes de enredaderas.

Caminando en la sabana
yo me he inventado una senda:
la senda que va a tu casa
no tiene más que una puerta.

La senda se me ha dormido
como la luna en la hierba,
como la voz en la luna
cuando la luna está llena,

pero los gallos
que te desvelan,
desde el patio de tu casa,
mimado por la arboleda,
desde el balcón de tu casa
cantan frías canciones de estrellas.

Caminando en la sabana
yo me he inventado una senda:

la senda que va a tu casa
no tiene más que una puerta.

HALLAZGO

Como una flor imprevista
en campo recio y agostado por los soles bravos,
buscaba algo para tu elogio:

entonces pensé en un epigrama
cuya gracia de Grecia es ligera y armoniosa
como abeja de sol que signa un cielo unánime.

Resucité para ti la integridad del canto,
ya que nuestra hora cotidiana se ha vuelto sorda
a la belleza de la diosa impávida.

Si en un libro olvidado,
entre amarillas páginas ensimismadas,
aún se conservara fresco un pétalo:

¡con cuánto afán creador
lo libertara de su cárcel minúscula el poeta
para hacerlo vivir al calor de unas manos!

Así, este que te envío ahora,
desprendido de un montón de hojas marchitas,
desvanecida flor de los jardines de Platón...

Pero, fíjate bien:
no es la flor, forma agotada de la belleza hermética,
sino lo sutil de su perfume,
forma, aún no lograda
en la innumerable estrella de la rosa.

Por no logrado:
"te consagro el perfume
a ti que eres perfume,
como se consagra vino al dios del vino...".

Sea, pues, para tu elogio,
la gracia del canto, aún fresco entre hojas marchitas.

DOMINGO

Domingo, día claro:
amanece a las diez de la mañana
para el estudiante desvelado.
Hay alegría en la casa
y sol, un rubio sol en los tejados.

Espera de una amiga
y también de un regalo
y un almuerzo con vinos y con frutas
y un pastel oloroso a pimienta y a clavo.

Sorpresas sospechadas del domingo,
que el domingo es tan nuevo todo lo cotidiano:
parece que el helecho ha crecido de pronto
y se ha vuelto más oro la canción del canario.

El domingo igual siempre,
pero siempre su vuelta con amor aguardamos:
es domingo en el aire, en el sol de la acera,
en el sol de los montes y en la luz de los campos...

Y al abrir la ventana
y sorprender el día que se aclara en un árbol,
nos parece la casa más íntima y más nuestra:
¡es domingo en el patio!

TODO EL DIA FUE NUESTRO

Esta mañana clara
la he fabricado para nuestro amor
y en cada rama puse
una espiga de sol.
Te ríes... te ríes,
pero te agrada mi canción.
Este día mío
lo he fabricado para nuestro amor
y en los manteles puse
la miel rubia del sol.
Te ríes... te ríes,
pero te agrada mi canción.

Esta tarde profunda
la he fabricado para nuestro amor
y en la hoja más alta pusiste
el último adiós del sol.
Te ríes... te ríes,
pero te duele mi canción.

LIENZOS IMPRESIONISTAS

LAS HOJAS SECAS

Una brisa ligera estremece la fronda.
Ruedan las hojas secas por la larga avenida.
¿A dónde van?... ¡Quién sabe a dónde va la ronda
de las hojas viajeras!
Hay una que impelida

por voluntad secreta cae, riza una onda
que genera otra y otra sobre el agua dormida.
Las demás todas huyen por la avenida honda
que se hunde en la tarde, más allá de la vida.

Luego arrecia la brisa; las levanta; hay un vuelo,
un tropel de hojas secas... Una sube, culmina
y se mancha de sol y se pierde en el cielo...

Y al faltarle la brisa, como un pájaro muerto
cae pesadamente... ¿Qué voluntad divina
se ha llevado esta tarde las hojas de mi huerto?

LA TRISTEZA DEL ANGELUS

Es la tarde en el huerto solitario tranquila
como el alma de un niño que ignora la tristeza.
Sobre la copa austera de los árboles hila
el silencio una hebra de infinita belleza.

El aire acerca el eco lejano de una esquila
que diluye en la tarde su mística pureza;
y la sombra que llega, en el huerto se asila
y sobre la arboleda como una pena pesa.

Sobre la fronda cae crepuscular ceniza,
a través del follaje la brisa se desliza
y por las avenidas ruedan secas las hojas.

Los vacilantes pinos se van tornando graves,
bajo el azul del cielo ya no pasan las aves:
con las últimas aves se fueron mis congojas.

CREPUSCULAR

El aire se ha dormido
entre la fronda inclinada
hacia el sur y sobre el suelo.

Un zamuro volando se ha dormido,
parece que no vuela casi nada:
parece un roto en el azul del cielo.

REFLEXION

El pino se inclina más y más
al borde de la ciénaga...

¿Será que le preocupa al solitario
mirarse bajo el agua de cabeza?

EMOCION

La vaca con el alba era rosada:
así la vi en la sierra...

Mas, al regreso entre la tarde gris,
la vaca me parece casi negra.

LOS GALLOS

Un gallo canta, otro le responde
y otro y otro, y la canción se aleja
hasta perderse en el silencio inmenso
de la noche negra.
La cadena es tan larga... Se diría
que cantan con los gallos las estrellas.

EPIGRAMA

La luna
de las noches diáfanas
viste a todas las rosas
una túnica blanca.
La sombra de las rosas
—blanca—
es negra en el agua
que copia los rosales
y las estrellas —tan hondo— o mejor, ¡tan altas!

Tu recuerdo es la imagen
de una rosa de luna
en la sombra dormida del agua.

ROMANCES POPULARES

ROMANCE DE DON PEDRO

Un guía, un viajero y un camino...

—Al fin, el pueblo se mira
bajo el diáfano reflejo
de las luces, que coloran
con tonos suaves el cielo.

El silencio de la noche,
la Osa, los diez luceros
de Orión, las siete cabrillas,
la llanura, el campo inmenso,
la majestad de los trópicos
y ese buen canto llanero
que se me entra por la sangre
con nostalgia de mi pueblo
y me arranca mil sollozos
que disimular no puedo...

—Decidme, ¿el pueblo está cerca,
que hace horas que lo veo?

—Señor, hay que dar la vuelta
al Barranco de Don Pedro
para llegar allí enfrente,
que allí mismito está el pueblo.

Mas dicen que en la hondonada
de noche sale un guerrero
que vivió hace mucho tiempo
y se llamaba Don Pedro.

Unos dicen que lo han visto
como una bola de fuego
que, naciendo en el barranco,
va a morirse tras el cerro;
otros afirman que usa

fuertes zapatos de hierro,
que donde pone la planta
deja un profundo agujero.
—¿Y por qué sale a estas horas
y en ese punto el guerrero?

—Porque allí dejó enterrados
sus prendas y su dinero,
que de todos estos puntos
el más rico era Don Pedro.
Tenía muchas haciendas
y cien vacas con becerros
para el ordeño en la estancia
y más de mil en potreros.

Los ancianos del lugar
cuentan que era un gran guerrero,
que jamás bajó la frente
para mirar hacia el suelo.
Y refieren que decía
a todo el mundo, altanero:
Sobre la tierra, la palma;
sobre la palma, los cielos;
sobre mi caballo, yo,
y sobre yo, mi sombrero.

Allí cerca de esa roca,
llamada El Resbaladero,
de noche se oye un quejido
y dicen que es de Don Pedro;
y, a poco andar de la roca,
se encuentra una cruz de cedro
casi cubierta de piedras,
de piedras y Padrenuestros
que han dejado los que pasan
por el alma del guerrero.

Cantan distantes los gallos.
El canto se pierde lejos
y responden a los cantos
los ladridos de los perros,
los perros que siempre ladran
por los caminos desiertos.

¡Quién pudiera ver las cosas
que en la noche ven los perros!

Siempre en el cielo distante
brillan los mismos luceros,
y los cantos de los gallos
y el ulular de los perros
han llenado de tristezas,
de tristezas y de miedo,
la soledad de sus almas
y las sombras del sendero.

Por el camino profundo
silba trágico el silencio.

De pronto se para el guía.
—No temas —dice el viajero—,
que, al pasar por esa tumba,
junto a la cruz dejaremos
el Padrenuestro y la piedra
por el alma de Don Pedro.

Luego marchan silenciosos
y van viendo por el suelo
sus dos sombras alargarse,
y multiplican los ecos
los ruidos de sus pisadas
como si fueran de hierro;
y se hunden en la senda
que lleva al Resbaladero,
con las sombras de la noche,
las sombras de los viajeros.

Por el camino profundo
aúlla triste el recuerdo.

Siempre en el cielo distante
brillan los mismos luceros.
En los cantos de los gallos
se va alejando el silencio
que se aumenta en los aullidos
prolongados de los perros:
los perros que siempre ladran
por los caminos desiertos.

¡Quién pudiera ver las cosas
que en la noche ven los perros!

HAY LUCES ENTRE LOS ARBOLES

Hay luces entre los árboles,
entre las luces hay casas
y, entre las casas, las voces
parecen todas hermanas.

Hace días, por el pueblo,
pasó la muerte callada
y segó unas tantas luces
y marchitó algunas ramas.

Pasó la muerte hace días
vestida de rosas blancas.

Hay luces entre los árboles
y el dolor reina en las casas
que, para mirar la noche,
abren a Dios sus ventanas.

Ventanas que dan al campo
por donde la muerte andaba,
poniendo en cada lucero,
sobre el dolor, la esperanza.

¡Cómo están llenas de sombras
las rejas de tu ventana!

Yo he visto crecer tu vida
como una hierba lozana
y he visto que das fragancia
como hierba en la sabana.

Y he visto que dan tus ojos,
de una luz íntima y clara,
ante el dolor, la dulzura,
toda interior, de las lágrimas.

Yo he visto crecer tu vida
como una hierba lozana.

La muerte llegó en la noche,
como la noche, callada:
hay lágrimas en los ojos
y luces en las ventanas.

La muerte llegó en la noche
vestida de rosas blancas...

Pasó furtiva, y dejó,
prendido en todas las casas,
un dolor para que fueran
todas las casas hermanas.

Pasó la muerte, hace días,
vestida de rosas blancas.

Hay luces entre los árboles
y entre las luces hay casas
y, entre las casas, las voces
parecen todas hermanas...
Mas, sobre el hombre y la vida,
sobre la vida y las casas
y aun más allá de los campos
y aun más altas que las ramas,
hay luces entre las sombras.

Yo he visto crecer tu pena
como una hierba espontánea.

Hacia el dolor de tus campos
tengo abierta mi ventana:
las luces son todas una;
las voces, todas hermanas.

LA LAGUNA PICOSA

¡Negra, negra, negra, negra,
bajo el éxtasis del cielo,
laguna de maleficios
que ardió como el monte seco
y no menguaron sus aguas
y no la apagó el invierno!
Por ella pasan los hombres

adelgazados de miedo
desde que en una mañana
de sol y de monte nuevo,
y de azul junto a las hojas
y de luz sobre los vuelos,
como que era una mañana
del infantil mes de enero,
entre sus aguas inmóviles
se ahogó un monje aventurero:
fría Laguna Picosa,
mortaja del monje negro.

Paraje de mil malditos
árboles que crecen recios,
de ventarrones torcidos,
torcidos como recuerdos,
del araguato que habla,
nocturno, con los espectros,
espectros de la sabana
menudos como los ecos,
de la incógnita pavita
que cruza entre llano y cielo
estremeciendo la sombra,
disparatando luceros:
fría Laguna Picosa,
presagio del monje negro.

Ocultos en su atezado
color de Llano y misterio,
mirando sobre los campos
desvelados de luceros,
hablan mentiras del Llano
los vigilantes llaneros,
mentiras que tienen todas
las formas de un pensamiento,
de un pensamiento sinuoso
que los labrara por dentro;
recias palabras desnudas
como saladar de estero,
palabras que son furtivas
como hierbas de silencio,
insinuantes y viajeras

como la voz de los vientos
de la Laguna Picosa,
querencia del monje negro.

No sé por qué con la luna
se multiplica el recelo:
parece que todo el Llano
es de otro llano reflejo,
un reflejo de otro llano
visto en el azogue sesgo
de la Laguna Picosa,
espejo del monje negro.

Yo he encontrado mis palabras
cuando he perdido el sendero,
cuando todo ante mí era
cristal de luna de enero,
que apenas toca las hierbas
dobladas bajo su peso,
y al encontrar las palabras,
formas de mi pensamiento,
comprendí por qué en el Llano,
al referirnos un cuento,
el contador siempre lo hace
como quien hace un rodeo.

Distante está la laguna,
mortaja del monje negro,
de aquel monje que sedujo
la hija mayor de Don Sergio,
para quien dio el monte flores,
el hato tantos becerros,
el amor tantos rencores,
la noche tantos luceros.

Distante está la laguna,
arropada de silencio,
mirando hacia el otro lado
de los linderos del tiempo;
tupido oquedal silboso
la ciñe de un verde intenso;
parece que en cada rama
se adormeciera un sendero

de los que trazó la tarde
para que los ande el viento.

Distante está la laguna,
presagio del monje negro:
la tierra la ofusca el alma
ensombrecida del clérigo;
el agua la forma el alma
de la hija de Don Sergio:
por eso en las noches tibias
del plenilunio de enero
vaga una luz misteriosa
que va desde el agua al cielo:
la tierra es mucho más negra
y el agua no tiene términos,
que en traje de luna y agua
sufriendo su amor eterno,
que en traje de noche y luna
sale la hija de Don Sergio
de la Laguna Picosa,
condena del monje negro.

LOS OJOS DESNUDOS

DESDE UN PAISAJE

Tarde lenta y profunda,
paisaje con dos pinos y un desgreñado cedro
y la luz de un camino que va a un cielo de plata,
hacia armoniosas cumbres ya frescas de luceros.

A la orilla del monte un reguero de casas tan frágiles,
que parece que se las trajo el viento,
y aún conservan la loca agrupación de las hojas
y un afán absurdo de apretarse contra elástico centro.

Son casas de hombres que viven entre árboles
una vida que muere en el vecino pueblo,
una vida que ignora todo lo que no es inmediato;
pero sus casas se han vuelto locas con el alma del viento.

Locura de estas casas del color de los hombres,
opaca bajo los tonos metálicos del cielo,
que ponen un rumor de voces confiadas
sobre el paisaje limpio que desnuda luceros.

Un canto de pájaros llena la tarde de árboles:
el camino se quiebra con el sol lento,
parece que el camino se ha vuelto mil caminos
y que el sol, vacilante, los lleva por el cerro.

¡Quién hallará el camino en esta tarde!
Los pasos y los ojos estrenan imprevistos senderos:
hacia la cumbre, inaugurando estrellas,
suben jadeantes los caminos nuevos.

Cada casa tiene su camino impasible:
acaso entre cenizas y humo los ha trazado el viento,
el viento loco que se llevó las casas
y las dejó asustadas como un agrupamiento
de estrellas,
o de hojas secas
o de atormentados vuelos.

La tarde toda se reflejó en el agua sin fondo
de la luna naciente, y el armonioso silencio
de las cumbres se pobló de silbidos
orantes como flautas de pinos en los labios del viento.

Una estrella en la hora sin márgenes
lleva el compás del tiempo...

¡Y los caminos!... ya no son mil caminos,
sino puntos de luz, fúlgidos puntos dispersos
que tiemblan entre el aire con un ritmo de vida.

Ahora las luces son las que se han vuelto locas por el viento,
pero el paisaje —dos pinos anhelantes
y un desgreñado cedro—
es todo mío, furtivamente mío,
como un recuerdo,
en la noche que borró los colores húmedos de la hierba
que hacía cantar los pájaros
y desnudó las luces.

LA SIRENA

La sirena matinal
raya el cielo intacto de las estrellas ausentes
y convida a los hombres a fabricar un día
gozoso como inesperado amanecer en el campo.

Su canto, bello y jovial,
recuerda el de la cigarra en el bosque húmedo.

Los hombres van alegres hacia su lento amanecer.

Corre una brisa joven;
en el aire estriado de luz, bajo un azul sin fondo,
el humo impávido se mancha contra un sol aún no maduro,
la brisa tiene todavía la frescura ácida de las estrellas recientes.

Los hombres van a comenzar el día,
llevan las manos ágiles para la labor fecunda
entre disciplinadas máquinas infalibles.

La sirena, con su voz metálica apenas ensayada,
ha puesto a trabajar todas las máquinas:
por eso al rumor de estrellas de la noche abstraída
sucede el árbol, trémulo de estrellas, de la fragua
y el ruido de agua y piedra
de la fábrica,
donde la sirena —ayer habitante de los mares helenos—
lanza su canto intempestivo.

Aún las cosas no han aprendido a tener sombra
—los colores son inseguros como las palabras de los niños—
y sobre la fronda ligeramente inclinada por la brisa larga,
el sol peina su lacia cabellera, refrescada,
como la hora, por la voz del canario:
mancha de sol que amaneció en la jaula.

Pero yo que vengo de la noche,
de ver las estrellas nuevas a fuerza de ser claras,
acaso, como el nauta prudente, me tape las orejas
para no oír su canto, persuasivo,
en este lento amanecer en que las cosas aún no tienen sombra.

EL CANARIO

Sobre el naranjo,
en la rama más alta,
se detuvo el canario.

Sol y espiga juntos
en el hilo del canto.

Te dije:
no nace el canto
—cristal y luz de amanecida—
de la hoja animada del canario,
más bien éste, minúsculo y eterno
—estrella de las aves—,
se hace con su canto.

Las cosas más humildes surgen del propio sueño:
el nombre, síntesis de infinito,
es un poema intacto,
y nuevo en cada ser que lo descubre.

Bajo el canto,
rubio de sol nuevo,
y pendiente del trino aún no escuchado,
tiene una gracia de ave todo el árbol.

Y en el azul,
cálido
de sol contenido por el cristal del aire,
voló una hoja seca del color del canario.

Te dije:
¡sólo le falta el canto!

TARDE DE LLUVIA EN EL CAMPO

Después de la lluvia
el monte ensaya un verde claro,
el silencio se asombra meditando en el agua
y la luz de las hierbas ilumina los campos.

Estremeciendo el agua que ha quedado en las ramas
sin hojas de un urape,
pasa el viento marinero de astros.

Hojas de agua caen lentamente de la fronda abismada
sobre el humo abatido de los tiernos sembrados,
y en el fondo profundo de la tarde
hace crecer la hierba la canción de los pájaros.

Madura las espigas un sol tímido.

La voz se refresca de infantil soledad
en el abandono crepuscular de los campos
ausentes de las sombras de las cosas que viven.

En el mar sin orillas de una gota de agua,
barquitos de papel para naufragios de ideas lanzamos
y el viento marinero se los lleva impasible
hacia un puerto de astros.

Jugamos a ver quién acierta un premio de nubes
en la lotería de cartón de los pájaros.

Y en los duendes menudos del agua que rebotan
vestidos de hojas secas por la greda del patio,
volvemos al pasado.

Recuerdos infantiles llenan toda la casa.

¿A dónde irán los barcos,
los frágiles esquifes de papel que pusimos
cargados con ideas en el agua del patio?
El alma centinela
vigila sus barquitos desde el palo más alto.
Y las estrellas mandan de los puertos distantes,
con su frío metálico, mensajes inalámbricos.

AZAR

Jugamos al amor
en la pajarapinta de las estrellas.

Tus manos silenciosas
deshacen la seda
del viento
—caminante sinuoso de las arboledas—
y el peine de la brisa
recorre tus cabellos.

¡Estás peinada de luna y brisa como las hierbas!

Con mirada insistente
en el sereno mármol de la noche juegas,
tan abstraída
como la sombra de una silueta
sobre el aire aceitoso de la luna.

¡Qué irrealidad de música te serena!

En cada palabra tuya
se improvisa una selva.

En cada palabra tuya
un mundo de inéditos murmullos se revela.

En cada palabra tuya
una parte de tu alma se me esconde.

¿Seguiremos toda la noche
el juego de las estrellas...?

EL NOMBRE

Para nombrar un niño
creamos una palabra
que no tenga sentido.

No hay nada tan puro como esa palabra.

Cómo llamarlo a él,
que aún no ha vivido,
con un nombre gastado.

Su candor se apagaría en la palabra usada.

Pero su voz nueva
—como el agua de todas las mañanas—
nos insinúa bellos disparates.

Fieles a la frescura de su habla imprevista
les cambiamos el nombre a las personas.

Y encontramos en las palabras
íntimas, un mundo infinito,
infinito y cristalino
como una gota de agua,
nuevo y total
como una gota de agua.

Al contacto del nombre, creado
para separarlo de una entrevista realidad,
somos buenos.

Nos hace generosos la palabra inocente
que todavía no se ha asustado de las otras palabras.

La palabra que contiene toda la realidad del niño hermoso.

ADIOS

Te ausentaste íntima
en una palabra.

Sobre el mar una vela viajera
se llevó la playa.

Lento minuto de ausencia
junto a la fresca soledad del agua.

Y entre el adiós y tú
las islas imprevistas de las almas.

No fue más distante la brisa
por el mar, perseguidor del barco,
que tu mirada.

El adiós te dejó total
en un minuto sin riberas de cielo y agua.

Por eso, sin haberte alejado,
regresabas
de un mundo entrevisto:

náufraga de tu alma
en la nave rota
de una palabra.

JUEGO

El niño
ve un punto en la tierra
y dice:
qué hermoso río.

Sus ojos pasean islas
de tupidas palmeras,
flautas del viento tímido.

Ve una esquina del sol
entre las hierbas del jardín ya nocturno
y dice:
éste es un bosque.

Su fantasía recorre grutas, verdes
de limpias aguas cercanas
y oye el rumor de voces desconocidas:
¡el niño!

El hombre
ve una mujer serena
de ojos vueltos al rincón del alma
y dice:
éste es el amor.

Su egoísmo recorre en un instante
la posibilidad de un amor,
de una realidad nunca alcanzada:
¡el hombre!

PALABRAS

Una palabra bella,
sólo la intacta intimidad de una palabra bella,
me bastaría para la vida.

Si pudiéramos guardar las palabras
—las que has dicho hoy—,
pero las palabras se mueren como el papel de los libros.

Se mueren sonriendo,
sin perder la inocencia
como los niños.

Si pudiéramos guardar las palabras
—las que has dicho hoy—,
pero las palabras se apagan como las lámparas.

La lámpara que en la fría alcoba,
sobre el mármol pulcro del velador,
ilumina la cruz del libro de oraciones.

Si pudiéramos guardar las palabras
—las que tú has dicho hoy—,
pero las palabras se secan como las hojas.

¡Qué triste es el otoño de las palabras bellas!

Si pudiéramos guardar las palabras,
como hacen los niños con las mariposas,
pero las palabras se mueren en los labios de los malos poetas.
¡Cuánta palabra hermosa se ha perdido!

Si pudiéramos guardar las palabras
—las que tú has dicho hoy—,
las que hasta hoy eran tan viejas.

Si pudiéramos conservar en nuestra vida
—como un íntimo tesoro—
la inocencia total de una palabra bella.

NACIMIENTO

La mañana se asoma
por el balcón de una enredadera
hacia el canto de un pájaro.

El agua recrea todas las cosas.
Las hojas matinales parece que nacen del agua
y del viento, que un día
inventó los caminos del mar.

El agua saca a relucir sus pedrerías
en el estuche de un retoño.

Se prepara una fiesta unánime
para el nacimiento de un niño perfecto.

En alguna parte del mundo
—acaso en todo el mundo—
debe de estar naciendo un héroe.

¡Es posible que tanta belleza augural
no tenga un profundo sentido mítico!

En alguna parte del mundo
—acaso en todo el mundo—
se debe estar sembrando en un alma aún nocturna
una palabra.

Quizá la palabra pura,
la excelsa palabra que aguardan los hombres.

Y este paisaje es la primera luz
que desvelará esa alma nueva,
esa lámpara encendida en una hora propicia.

El pájaro oculto en el paisaje
reanima con su canto aprendido durante la noche
—descifrando las estrellas—
la danza matinal de las espigas.

Una presencia desconocida
nos llena de una alboreante frescura interior
cuando el pájaro oculto en el paisaje
desgrana, profundo, sobre el campo
su canto, ahora maduro de sol.

PASEO

¡Ella está sola!
¡Yo estoy solo!

Sus ojos recorren distraídos
un camino entre árboles.

Yo recorro el camino entre árboles
que dejaron sus ojos.

De pronto nos une una hoja que cae,
hermosa,
efímera,
al pasar por el sol.

Nuestros ojos se reconocen
en el instante de la hoja de sol.

Luego, por el modo de ver el camino,
por la gravedad de sus manos,
al rozar las espigas,
comprendí que no estaba ya sola.

Cuando se alejó por entre los viales
de árboles sosegados, pensé
que el jardín se iba con ella;
que los árboles caminaban,

con el viento persuasivo,
hacia el eco distante de su voz.

¡Pero la hoja!

La hoja es también mía,
totalmente mía,
en su efímero vuelo de sol.

LA HUERTA DE DOÑANA

Los piececitos menudos entre las gozosas hierbas,
zapatos de sol lucían para la fiesta del canto
y las voces infantiles se llenaron de canciones prisioneras
como el cielo de las jaulas.

Vamos a la Huerta del Tontoronjil,
a ver a Doñana cortar perejil.

Frágiles manos se juntan formando recias cadenas.
Las hojas ponen su música en el paisaje asombrado:
galeras que el viento lleva hacia las islas de nubes,
las hojas color de otoño sobre la brisa dormida.

Nadie rompe las cadenas que juntan manos de niños.

Vamos a la Huerta
donde nacen las palabras
como albahaca infantil.

Doñana tiene los ojos
como caminos de aldea
por sobre los campanarios,
como la miel los cabellos,
como el toronjil las manos.

Cuando Doñana nos toca se nos deshoja el deseo.

Las palabras de Doñana son como el viento en el agua,
que desnuda todo el pozo para llenarlo de cielo.

Cuando Doñana nos habla se nos desnuda el deseo.

La juventud no se mustia en la Huerta de Doñana,
porque ella tiene los años de las espigas maduras
que no abandonan el huerto.

Cuando Doñana se ríe, la juventud nos reclama,
y somos, como los niños, un presente de canciones
y una cadena de manos que juntan frágiles sueños.

Todos los años se anima la ancianidad en la espiga,
todos los años renace la juventud en las flores.

A la Huerta de Doñana nunca han entrado los muertos.

OTRA VOZ DICE

ENRIQUE PLANCHART

Fernando, ya del día en que tu libro
llegó a mis manos, sólo queda un resto
de mortecina luz sobre la cumbre,
y al primer soplo frío del ocaso
tirita el sauce y la cansada rosa
deja caer sus pétalos a tierra;
pero mejor que este apacible instante,
el eco de tus versos, melancólico,
me construye el jardín, la casa, el cielo.
Lo escucho en mí, lo escucho en el ambiente,
como una campanada, dilatarse,
lleno de humanidad y algo divino
ansiando, cual si fuera entre la tierra
y el cielo el solo ser.

Luego el silencio
lo gana todo y todo lo confunde.

He vuelto a ver las horas juveniles,
tan ricas en anhelo, a la distancia
pasar sonrientes, y sus claros rostros
mi alma no turbaron; con orgullo
las contemplé, en sus púdicas estolas,
aún íntegro el aceite de sus lámparas
y horras de torpe sueño las pupilas.
Bien las recuerdas tú, Fernando, idéntico
para ti y para mí fue su desfile
y puedo alzar el velo que las cubre,
pues se exalta a su vista la pureza,
como ante la hermosura de una hermana.
Ni una sola desvió, furtiva, el paso
hacia el festín del lujurioso huésped,
ni con fingido afeite las mejillas
tiñó en rubor falaz. Si mostró alguna
la faz enrojecida, fue de enojo
y austera indignación. Si desvelada
halló la aurora a alguna, junto a ella
halló también el búho vigilante,
que alzó su vuelo hacia el oscuro olivo.

Pero las más, ¡oh cuántas y qué hermosas!
Suelto el cabello al aire delicioso
de este valle natal, la mano leve
sobre la flauta rústica, ensayaron
una antigua canción, y si algún día,
en los tiempos futuros, vuelve el eco
a repetir los tonos que aprendimos
entonces, ha de ser por obra tuya;
pero también cumplida estará en ella
la ambición de mis años juveniles.

SIGNO

(1937)

A Niko, cuya cercanía espiritual
ha inspirado estos poemas.

F. P. C.

PROPOSITO

En lo más alto del árbol
—fuga limitada por su íntimo impulso—
el sol.
Y más allá, un pájaro.
¡Y más allá, su canto!

SIGNO

Aún no era el día:
ni el agua luminosa de los cielos:
ni las nocturnas aguas de la tierra.

La palabra no tenía forma,
la esencia estaba confundida en la mente apagada
del Creador.

Con tierra de palabras se hizo el cielo
y lo que fue sangre cálida de espíritu
quedó por siempre sometido a una armoniosa
tiranía geométrica.

Pero antes que Dios mismo
—tal vez ausente de su nueva conciencia
sensitiva— existió la palabra perfecta
y generosa
que formó el agua fugitiva y la estrella
constante.

¿Cómo pensaba el Creador sus palabras?

¿Cómo era el pensamiento
animador de estrellas rumorosas
minutos antes de brillar la estrella
en el silencio de agua de la noche?

¿Y cómo era la forma del verbo
—forma del corazón del hombre—
cuando aún no habían nacido las cosas?

Un silencio profundo precedió
la revelación de Dios
—del Dios humano—
que habló palabras a Sí mismo.

Todo su cuerpo sin contornos
debió temblar como una espiga,
como una hoja de acero contra el viento

o como la voz de un niño
ante el miedo intenso de la noche
sin la luz de la mano que lo guía.

La luz anduvo errante en el espacio,
porque no había oídos para escuchar el verbo
que Dios lanzara ante la noche oscura
—Dios mismo: noche oscura—
en aquella ante-vida de las cosas.

Y sintió entonces que la voz de El creada,
lo engendraba de nuevo luminoso
y tierno como el tallo junto al agua
fresca de amanecer entre luceros.

Y amó la forma nueva, y creó los ojos,
la mano inteligente
y los oídos
que pudieran recrear las formas simples.

Y luego de crearse, creó la vida;
y todo se hizo bello
en aquel tierno despertar del tiempo.

Hizo el agua, el cielo y las estrellas.
Y todo era perfecto
antes que el ser minúsculo pensara
que la fuerza que anima hojas de estrella
tiene también un nombre pequeñito.

Dios —el Ser Supremo—
fue, desde entonces, esclavo de la forma
geométrica y audaz de una palabra:
grano henchido de contener su esencia.

Y ya hoy todo está hecho;
está hecha la luz, el haz de cuerdas que flagela
el costado diurno de la tierra.

Y está hecha la luna: blanca hoz
que dejó el Segador
de nuevas hierbas entre espigas maduras
olvidada.

Y está hecha la noche silenciosa
que tiende un velo de sedante calma
sobre el tenaz dolor del crecimiento.

Porque todo en la vida, crece, crece
y nunca llega a superar su forma.
Es la tragedia de hombres y de dioses
no crecer un milímetro más alto
del límite que opuso a su expansión,
a su impulso secreto,
la línea invisible que rodea
—como cerco de luz—
todo lo creado,
en el tamaño mismo en que fue creado
por el verbo fecundo antes de ser palabra.

Y Dios, excelsa plenitud radiante,
perdido entre las formas por El creadas,
no crece más en la conciencia extática
del hombre ya perfecto.

PRESENTIMIENTO

Siento que este poema
—poema mío—
será la angustia de una hora.

No sé por qué en la noche
mientras caían las hojas de los altos árboles
profundos,
te sorprendí lejana como un camino:

El camino que regresa de un lucero.

Las palabras
se morían lentamente bajo tus ojos distantes,
perdidos en un mundo de íntimas soledades;
pero más grande aún era la soledad de tu alma.

Yo presencié en la tarde
—en una hora tensa de angustia—
apagarse una lámpara vigilante.

En la estancia blanca,
blanca de soledad y abandono,
en el alma,
penetró el olor a violetas de un recuerdo.

Vuelvo a la vida
—al campo matinal de pájaros y flores—
y siento
—en acogedora inocencia íntima—
la suavidad de una convalecencia.

¿Este abandono de lo que más queremos,
este no pensar en nada,
esta renuncia imprevista y cordial como un amor
será un regreso de la muerte?

Otra vez el puerto ha echado a andar.
Se embarcó con el viento largo
hacia un paisaje remoto.
Y solo, frente a la vida,
rompeolas del propio olaje de mi mar
interior,
con una estrella limpia para vencer
la tempestad.

En tanto tú,
excelsa compañera de un instante,
fecundo y mío,
tendrás el recuerdo de una hora
plena de soledad.

De una hora frente al infinito
—una hora sin márgenes—
en que tuviste miedo de mirar a un hombre,
un hombre que no era un poeta ni un paisaje:
un hombre que casi había aprendido a llorar.

NOCHE DE SOLEDAD

Noche de soledad:
el alma puesta en tu amor distante,
tal vez por una mala sombra de pasado,
—el mío, para ti doloroso—

que ahora,
cuando más nos queremos,
viene a turbar la paz de nuestras almas.

Una duda en la vida es brisa infausta
que deshoja el follaje de la tarde.
¡Cómo me duele el tiempo en tu conciencia!
Si pudiera nacer para tu vida
como el alba entre rosas de esperanzas
bajo la luz más casta de una estrella,
o como el agua que en la hoja verde
aprisiona una gota de la luz.

Nuevo me llegué a ti con la conciencia,
casi infantil, de mi primer amor,
y descifré en tus ojos la cartilla
que jamás otros ojos me ofrecieron.

Nunca vi el mundo con más ricos dones.
Hasta las mismas cosas familiares
tuvieron para mí signos distintos
y las palabras —viejas de haberse dicho tanto—
me revelaron sendas imprevistas.

Un agua clara refrescó mi vida:
fue tu voz manantial de estrella limpia
que inundó con su vena generosa
la soledad fluvial de mis campiñas.

Jamás tuvo mi vida más sentido
de perfección tenaz para un anhelo.

Todo me volví a ti:
fui como el día que es todo de un mañana
que no sabe que ayer fue su semilla.

Pero, hoy me siento solo,
completamente solo ante la vida,
que se me niega en ti por un momento.

Qué noche de naufragio entre mis astros,
cuando tu voz —distante— no ha querido
alumbrarme el camino del regreso.

Y luego el alma de mis soledades,
con voz de compasión para mis penas
respondió —desde el fondo de las horas
tenaces de desvelo—:

¡Hay que morir un poco diariamente!

POEMA SIMPLE

Hoy el mundo es distinto.
La brisa loca, dice: no es distinto:
es igual.

Pero la brisa no sabe lo que dice.

Todo el día se mantuvo muy alta
haciendo su pirueta más ágil en la hoja de un
pino,
orgullosa porque tenía nuevo su traje de sol.
Si pudiéramos vivir en esa hoja
¿No te parece que en esa hoja todo el día es de fiesta?
Y en la nuestra
—en nuestra hoja—
¿no te parece que también hay fiesta?
Es posible:
la brisa —directora del tráfico en el bosque—
afirma que la fiesta comienza a concluirse.

Las lámparas se apagan lentamente:
es la ley de la vida.

¿Y nuestra hoja?

Quién sabe si algún día también será camino:
es hermoso ser siempre camino.
Yo me siento que empiezo a ser camino,
camino de brisa hacia otra hoja,
hoja de sol hacia otra nube,
nube de plata hacia otra estrella.

¿Y nuestra vida?

La brisa loca,
la que ágil danzó su danza de sol
en la copa del pino,
puede que lo sepa.

Después de todo,
es hermosa la partida.

En cada hoja,
aun en la más pequeña
hay siempre un adiós para la brisa ausente.

PREGUNTA

¿Y qué es el tiempo
cuando el alma recorre el infinito
y en posadas de estrellas se detiene?

Mentira entre dos almas que juntas ven
la vida.

Temor de hacer palpable lo ideal,
de quitarle el velo a las palabras pudorosas
que se asustan —quizás— de su sentido.

Acaso angustia de perder lo que es un sueño:
barquito frágil entre cielo y mar
con un alma fugaz por compañera
y un puerto entre dos aguas sospechado.

Cansancio y abandono
que inclinan la frente fatigada
como mano de brisa entre los pinos.

¡El tiempo!
Y cada vez tus ojos miran un punto más cercano:
los ojos, confidentes armoniosos,
traicionan la vigilia de tu alma,
forma asombrada de silencio augusto
que no cabe en palabras.

Pero, tus manos,
mucho más infantiles que tus ojos,
también saben decir cosas profundas.
Hoy he oído tus manos,
como quien, en hora de candor unánime,
adivina el lenguaje de las hojas
bajo el canto de un pájaro.

Y si volvemos de pronto
—anclados en la vida—
después de un largo viaje al infinito:
¿Qué será el tiempo ya, sino un pasado?

POEMA INTIMO

Amor:
la palabra es vieja,
pero tiene una íntima claridad.

Amada:
la palabra es vieja,
pero cuando la digo me refresca
la parte oscura del alma.

Así —tú, realidad de un mundo
que viene de lejos,
de una estrella,
acaso de la estrella azul de mi niñez,
cuando soñaba atando frágiles cañas
llegar hasta la nube—
y yo —realidad subjetiva,
dolor de vivir—
creamos en un minuto, intenso y nuestro,
con una palabra vieja,
un mundo perfecto.

No más perfecta te he mirado en el sueño
que en la vida.
He soñado contigo
como se sueña con el recuerdo
de un paisaje hermoso,
y el sueño no superaba tu realidad.

Una palabra me descubrió tu vida,
el paisaje de tu vida
vuelto todo hacia un mundo de renunciaciones.

Te encontré alejándome de ti:
¡qué próxima lejanía se creó en nuestras almas,
ausentes de lo cotidiano del amor!

Desde entonces es otro mi destino.

Mi destino eres tú:
soy otra vez el niño,
triste, con la tristeza dulce de querer,
que sueña llegar hacia su nube,
—la nube de tu alma—
atando las frágiles cañas de sus palabras.

Pero la palabra es torpe
y nunca llega a expresar lo que en el sueño
callamos.

¿Verdad que nunca se habla en los sueños?
¿Verdad que en el mundo de los sueños
somos vaporosas figuras de silencio?
Tenemos algo de árboles
y algo de ríos.
En el paisaje de los sueños no hay palabras.

Tú me dices:
—soñé contigo, pero nunca recuerdo lo que he
soñado.

Qué mundo nuevo
para mi alma que todavía no ha roto sus juguetes,
y de una flor sabe hacerse un país,
de un pozo un mar sin límites,
y de una palabra no dicha una realidad.

Es hermoso olvidar lo que hemos soñado
y estar siempre nostálgicos del sueño.

Si dijeras tu sueño
—ese minuto excelso de nosotros dos—
sería una realidad.

Yo he comprendido tu alma
que sabe ser íntima sin decir palabras.

Siempre en la vida callas, profunda,
las imágenes de los sueños.

Por eso las palabras viejas,
hojas secas de la tierra del alma,
tienen un sentido nuevo
y casto
cuando tú, descuidada, las pronuncias.

En una palabra tuya,
hoja en la brisa mansa de mi destino,
he realizado el viaje de regreso
hacia la estrella fiel:
única compañera de mi vida sola.

Y estoy contento de parecerme a ti.

ALBA

Aún no se había definido la luz.
Un mundo nuevo,
plácido pensamiento de un dios incierto,
apuntaba en la nada.

Figuras irreales entre un aire violeta
se hacían perfectas en el sueño.

Pensamientos candorosos,
como flores en un alba de profecía,
se tornaban perfectos.

Y eras tú
—sola y nueva para tu misma vida—
el cuerpo sin sombra de un espejo.

¿Hacia dónde se encaminaban tus pasos?

Nadie podría sentir mayor distancia
de la realidad,
de la doliente realidad de la hora,
porque tu pensamiento creaba un mundo,
porque tus ojos —divinamente castos—

sorprendían la belleza,
porque tus manos —tímidamente solas—
ignoraban el signo de las caricias.

El mundo se fue creando lentamente,
se fue haciendo fuera de nosotros mismos,
y cuando ya estuvo creado,
se hizo distinto.

Y tú y yo éramos extranjeros en ese mundo.
Las cosas vistas al encontrarlas de nuevo
nos sorprendieron.

Hasta nuestras propias palabras
tenían otra forma.

Qué dulce, después de todo, es el regreso.

Envejecimos, como los lirios, en una hora;
como los luceros dimos toda nuestra luz
en una noche;
como Dios, dimos toda nuestra creación
en una palabra.

Pero la palabra no fue la luz.

Vuelta hacia ti,
has de ir encontrando tu propia alma,
la que no había sentido nunca
la presencia de la vida,
aislada por un dolor noble y único.

El alma. ¡Cómo olvidamos nuestra propia alma!

Hoy, después de muchas vacilaciones,
tal vez de cruentos sacrificios,
vigilante de tu destino,
sabrás que tienes alma.

¡Cómo nos duele el alma,
la que nunca creímos que fuera
otra cosa que una nube,
cuando sabemos que es de tierra,
cuando nos damos cuenta
de que hay que remover firmes raíces!

Raíces de sombra,
enredaderas de sombra que han crecido
furtivas
desde la luz de nuestra infancia.

La vida para ti será distinta.

En cada cosa aprenderás
el signo de lo eterno,
tú que hasta ahora apenas viste
la vida como una flor intacta.

Volverás a ti
—total—
para la nueva creación.

Un mundo de realidades fecundas,
de formas precisas,
nacerá para ti perfecto
como una cosa simple,
humilde y simple,
como una gota de agua.

Nuestra vida es la forma
de nuestros pensamientos.

Sé que has pensado alto,
que tu frente —halo de tu íntima soledad—
sintió la caricia fría de las estrellas.

Por eso el nuevo mundo
que se extenderá ante tu vista
será tuyo, únicamente tuyo, como un sueño.

Y yo, acaso estaré lejos,
oscurecido,
como la forma del árbol
—el árbol de estrellas—
que se apaga en el agua.

Estás en el momento excelso de tu vida.

Una palabra falsa
plantada en la tierra virgen de tu alma
podría marchitar la hermosa
realidad de tu alba.

Yo le tengo temor a esa palabra,
yo que me he asomado a tu alma,
atónita y sorprendida,
y he visto sus árboles
tan pequeños
que aún no tienen sombra.

Te desnudo un dolor
para que te acerques a la vida.

Sobre la orilla de lo eterno,
como el lucero apacible que vigila un naufragio,
debes salvar tu alma:
¡tu alma que asusta de contener tanto candor!

POEMA DE RECUERDO Y REALIDAD

Hoy la brisa, que descendió del alto pino,
tenía algo tuyo:
algo parecido a ti.

El agua, el sol, las hojas eran —como tú—
de claras.

Como las hojas, estremecidas por la brisa,
tus pensamientos mueven un mundo

de sombras
en la arena ondulante de los recuerdos.

La brisa trajo una hoja seca
de la fronda infantil,
nueva de agua de amanecida.

Entre tanto verde, espontáneo y jovial,
una hoja amarilla,
frágil mariposa sin vida
ensartada por el hilo de un rayo de sol,
voluntad única que la mantuvo en alto
antes de abandonar el huerto.

Mariposa, hoja, vuelo,
todo lo efímero,
todo lo fugaz,

lo eterno
en un minuto excelso henchido de soledad.

Y tu recuerdo
—el recuerdo de un día de tu amor—
claro como esta hora,
me transportó hacia ti,
hacia un día entre todos mis días;
cuando fuiste más tú, como esta hora,
cuando queriendo —sin saberlo—
ahondaste en la fronda húmeda;
y de tanto verde —de agua y cielo y sol—
sacaste una hoja,
una tímida hoja seca;
pero al contacto de tu alma sorprendida,
como la de hoy, en el rayo de sol,
cobró vida,
la vida de un instante:
un instante es siempre la eternidad.

Entonces, como un susurro de alas,
como una oración,
o como un beso casto,
sobre mi frente se reflejó tu alma,
y fue como el minuto en que Dios,
después de haber creado el agua,
—simple y perfecta—
sorprendió toda su figura en ella
retratada.

Desde aquel día voy siempre hacia ti:
como una senda va siempre hacia un recuerdo:
como una hoja va siempre a su hilo de sol.

ENCUENTRO

Más allá de la noche
y de la estrella
y del silencio,
te he encontrado
—nueva y perfecta—
manantial de la noche perfumada;

semilla de la luz
—luz tú misma—
y esencia melodiosa de silencio.

PROFESION DE FE

Todo de ti me viene
y va hacia ti,
como el agua que nace
y va al lucero;
como la luz que surge de la espiga
y la palabra que en tus labios tiene
de estrella, espiga y luz la eternidad.

Yo soy como la sombra que te sigue;
como el camino que dejaste andado,
pleno de tu presencia
y la plegaria que durmió en los labios
antes que Dios hiciera la palabra;
y el pensamiento que labró tu rostro
de una radiante claridad sublime.

Antes de descubrirte me había hecho
en la total conciencia de la vida
de la materia de que son tus sueños.

Y cuando te encontré, tu voz dormida
desde mil años hace, en mi conciencia
despertó como el canto de una flauta
que olvidara un pastor,
si el viento la sorprende entre los fresnos.

Y con ser tan antiguo,
el canto es joven
en los labios del viento.

Y hoy nuevo voy a ti:
nuevas mis manos
entre el calor ingenuo de tus manos;
nuevos mis ojos
bajo el signo apacible de tus ojos.

Y nuevo todo yo
—palabra y canto—
como la espiga que dejó la brisa
y como el agua que robó a la estrella.

LA VOZ DE LA SELVA

La selva toda es una, unánime y profunda,
bajo el lento murmullo de las hojas.

Arbol la brisa de apacible curso,
árbol la tierra de áspera fragancia,
y árbol el árbol que se lanza altivo hacia la fronda
de estrellada noche.

Dios mismo es árbol que creció en los hombres:
la divina simiente derramada
sobre el haz de la tierra.

Arbol el canto, que plantó en la brisa
la mínima unidad del ave errante,
y el agua que en la noche generosa copia en su seno
—como Dios al mundo— el trémulo fulgor de otros luceros.

Y el amor que entre cándidas praderas crece y crece
hasta poblar de tiernas soledades el páramo asombrado
de la fuga imprevista de los dioses.

Por eso, con nostalgias de otros días
—flor trasplantada, ausente de su aroma,
impulso de su geométrica hermosura—
el alma que busca a un Dios, y al no encontrarlo
con su propia sustancia se lo crea.

Así conserva en su conciencia oscura
la voz de humillación que lo lanzara
de su vida floral del Paraíso.

Y por más que se acerque a la ventura,
que la tenga en sus manos,
siempre lo llama la perdida tierra: ese sueño de
dicha que fue suyo,
cuando suyo eran el canto y su sentido,
y suya el agua y su lenguaje simple,

y suyo el viento animador de espigas,
y suyo el tiempo
—sin ayer ni mañana—
en su fecunda juventud eterna.

Y tú —como la luna en la armoniosa fronda,
veste de candidez,
forma extasiada de belleza excelsa—
con voz henchida de divina savia
como la espiga que ha de ser harina
y luego relicario de su Dios,
me hablas de eternidad: árbol tú misma,
que crece, crece y crece, y se hace inmenso,
cual si una noche eterna reposara sobre sus hojas
de inquietud perenne.

Y esa tortura, ese constante anhelo que lo impulsa
furtivo a su destino,
es la nostalgia de los días felices,
bajo la ingenua luz que de sí daban,
en armoniosa integridad feliz,
los seres y las cosas.

HACIA EL MISTERIO

Como el pino lento que señala una estrella
en la noche profunda,
eres una pregunta bajo la luz de tu alma.

Hay en ti la fuerza de un ideal perseguido:
¿no es más grande la estrella cuando la mira el niño?
¿no es más profunda el agua cuando copia la estrella?

El agua y la estrella son espejos de Dios.

Tú tienes el alma nueva para la vida
y el pensamiento puro para crear un ensueño:
un ensueño es el minuto de la eternidad.

Tu palabra mansa como la luz de un día íntimo
puede crear una flor perfecta.

¿Qué flor crearía tu palabra?

Yo creo que una rosa,
pero una rosa de color violeta.

La violeta siempre parece el recuerdo de otra flor
y su perfume —nostalgia de perfume—
el recuerdo de una época hermosa y distante.

Eres una pregunta bajo la luz de tu alma.

Profunda y sencilla como el niño
que sin saber lo que hace juega con el misterio
y de pronto se asusta de contemplar a Dios.

La espiga
—frágil llama de oro bajo el azul del cielo—
después de la tormenta es más hermosa.

Tus manos apacibles
son espigas que serenan la tormenta de tu alma:
luz de otra estrella.

No es posible que una cosa tan bella como tus manos
—forma inteligente de tu alma—
no encierre un profundo sentido.

Pero el amor: sólo el amor, un día fecundo
podrá descifrar el signo excelso
que aprisionan tus manos.

Qué dos cosas tan bellas:
tus manos y tu voz.
Pero tu voz —luz de un mundo distante—
vigila la indolencia de tus manos,
de tus manos que tienen el aire abatido de un regreso.

Te has asomado atónita al misterio:
tal vez como el niño en un minuto tenso de belleza,
de comprensión total del universo,
encontraste para tus manos y para tu voz
la forma excelsa de tu alma.

Algo del pensamiento de Dios que estaba en ti,
en tu alma —alma de un niño—
candorosamente asomada
hacia el huerto insinuante de la duda.

Pero tú eres
—tímida y profunda—
una flecha vuelta hacia Dios:
el árbol
—camino hacia el azul— que no vence la brisa
cuando mira unánime hacia la estrella.

ROMANCE DEL TAJO

El Tajo en Toledo tiene
plenitud de pensamiento,
de un pensamiento profundo
bajo el mirar de los cielos,
donde las brumas del Tajo
desdibujan los luceros
y se prolongan las sombras
—de los vivos y los muertos—
entre neblinas de siglos
como figuras del Greco.

El agua en Toledo tiene
plenitud de pensamiento.

Dolor del agua dormida
y lenta como un espejo,
sin árboles en la orilla
donde aniden los luceros.

Azogue turbio que copia
con impávidos reflejos
la realidad del paisaje:
dolor del campo sereno
de vida, que más que vida
es lo inmóvil de un recuerdo.

Caminando sobre el agua
se mete el campo en Toledo.

¡Cómo se desnuda el agua
delgada como un deseo
en esos humildes ríos
que no han descifrado el tiempo!

Mas, la luna no se atreve
a desnudarla en Toledo.

El agua siempre está sola,
sobrecogida de miedo.
Y no hay calma más profunda,
ni más profundo desvelo
que el de la luna en el agua,
cuando es sombra su silencio
bajo el beso de los astros
o entre algodones de invierno.

El agua siempre está sola
cuando no es río el recuerdo.

El Tajo nunca está solo,
que entre silencio y silencio,
entre el del agua que sube
y el que desciende del cielo,
como un fantasma, entre brumas,
se adelgazan los recuerdos.

El Tajo nunca está solo
en la noche de Toledo.

Por un camino de agua
se va a la nube de un puerto;
por el espejo de un río
se ve invertido el silencio
y se miran vaporosas
las siluetas de los vuelos.

Por un azogue de agua
son dos orillas el cielo;
por un camino de agua
se va a la nube de un puerto.

Pero el Tajo, detenido
entre orillas de recuerdos,
entre el ayer y el mañana,
es la plenitud del tiempo.

Inmovilidad de azogue,
soledad de campo y cielo:
el Tajo en Toledo.

POEMA DEL VIAJERO

Cerca de los ojos, el mar
y al lado del mar, otro mar.

El barco entre dos mares,
entre dos silencios,
entre dos realidades.

Esta noche el viento,
viento de tempestad,
ha anclado en un lucero.

Esta noche mi pensamiento,
cercana soledad,
está anclado en un recuerdo.

Caminar sobre el mar
es andar borrando el camino.

Un canto —de brisa o de sirena—
desnuda la ola de curvas pérfidas
como el ayer y el mañana:

Dos puertos en una sola gota de agua.
Naufragar:
volver a la realidad después del sueño.

Cada día naufragamos entre dos orillas
cuando nuestra embarcación —el viento—,
encalla en una estrella.

Un clavo de oro
—estrella o salvavida—
es el nombre que nos ata a las cosas.

Si se rompiera el nombre
—tenso de contener nuestro peso—
como se rompe un hilo de perlas perforadas,

se deshojaría toda nuestra vida,
como un jardín, como un collar o como una catástrofe de luceros.

Pero el nombre
—recuerdo de otro nombre—
nos sostiene en la vida,
anclados a una estrella remota,
entre dos puertos,
entre dos orillas,
supervivientes de un lento naufragio.

Y después del naufragio,
rota la nave de nuestros sueños jóvenes,
hasta el porvenir —lo que todavía no hemos vivido—
tiene algo de recuerdo.

LA EXTRANJERA

Como quien mira un recuerdo
—recuerdo o esperanza—
veía el mar.

El mar, distante, azul y confidente.

Distante, porque el mar cuando está cerca no es el mar;
azul, siempre azul: mar del recuerdo;
confidente:
el que está solo siempre le habla al mar.

La ataban a la vida
la sonrisa y el color de los ojos.
Eran como una misma cosa
—bella y desnuda—
la sonrisa y la mirada.

Y cuando estaba más íntima, mirando hacia el mar
—azul, distante y confidente—
sus manos, acompañando la fuga de la risa
y la mirada distante,
se hacían familiares.

Qué soledad de alma fluía de su mirada
en la unanimidad de la tarde marinera.

Y cómo acompañaban su mirada larga,
la sonrisa furtiva
y la mano inteligente.

Nunca dijo nada,
pero se hizo mi amiga,
frente al estupor del agua:
honda de contemplar el cielo.

Y ahora la miro como el mar...

Como el mar que en el crepúsculo,
en la crédula soledad del crepúsculo,
está pendiente de una estrella:

Venus, azul, distante y confidente.

HOSTILIDAD

Cuando Machado dice —¡olivo!
siento que hay savia en sus palabras.

Un silencio íntimo
de fiesta infantil,
de tarde de catecismo
llena el aire
cuando Machado estrena la vejez de la palabra olivo.

Cuando Jiménez dice —¡chopo!
toda la primavera está en sus versos.

Y hay un amanecer de bodas campesinas
olorosas a hierba fresca
cuando Jiménez dice la palabra chopo.

Pero cuando yo nombro estos árboles
siento que se me apagan las palabras.

La voz se me vuelve hostil
y no encuentra el camino del cielo
que me enseñaron —en las tardes mías—
los urapes blancos
y los ceibos.

¡Poetas! Prestadme vuestras palabras jóvenes
para ver el paisaje de estos campos.

O T O Ñ O

El sol es una hoja más
en el jardín de otoño.

¡Oro!

No, no es oro...
tan sólo es un recuerdo el follaje.

Sobre la hierba rosa,
bajo el azul del aire,
humo de incienso —de recuerdo— en los jardines,
más que de árboles, de llamas.

Las palabras también son otoñales:
hay en todas las almas confundidas
un vago deshojamiento de palabras.

Cuando lleguen las estrellas,
el oro de las estrellas fieles
recordará las hojas.

Un deshojarse de estrellas será toda la noche...
Y las últimas hojas,
y las últimas estrellas
pondrán —acaso para renacer más pura—
una emoción de fuga lenta
en las almas vigilantes
que cruzan los jardines de otoño
—de recuerdo—
deshojando palabras.

INVIERNO

Los árboles ausentes de hojas
y de pájaros.
Los caminos de tierra azulosa
van hacia los campos:
los campos sin hierbas
con la pesadumbre de sus días blancos.
Figuras en sombra hacen el paisaje.

El viento en las ramas pasa indiferente sin intimidades
y sin el halago
de la hoja ligera —suave confidente del viento—
y el canto
—frágil confidente de la hoja—
de un pájaro.
El cielo sombrío
—tan bajo—
que en la noche lenta no desnuda estrellas.
Entre los jardines
como flores lívidas se estrían los halos
de luces serenas,
y flota en el aire un perfume ácido
de estrellas ocultas.
Paisajes sin colores y sin lejanía.
Todo ha renunciado
a su propia vida.
Entre los jardines,
bajo el abandono de la noche fría,
un dolor de mármol.
Y el alma en la noche silenciosa y dura,
en el desamparo de la noche lenta
es como ese mármol:
un anacronismo entre los jardines
ausentes de hojas, de estrellas y pájaros.
Jardines de invierno:
árboles sin cantos.

LA VIRGEN DEL PAJARITO

"SAGRADA FAMILIA" DE MURILLO

La Virgen mira su alma.
San José mira su Niño.
El Niño mira su perro
y el perro al pajarito que tiene en la mano el Niño.

Todos están viendo algo:
un pensamiento en la hora íntima
cuando las palabras tiernas todavía no han nacido.

En las cosas familiares
se va dibujando un signo
que aísla todos los seres.

Reposo
de estrella
sobre la movilidad del río.

Reposo
—algo fugitivo—
tanta humildad en las cosas
tanto silencio en un niño.

La Virgen de mirar distante,
no teje ya su tejido
entre sus ágiles dedos descansa la luz del ovillo.

La Virgen no teje, mira
—bajo el mirar del esposo—
el perro, el pájaro, el Niño...

Cada quien mira su obra:
La Virgen mira el ovillo
en sus manos, delgadas y frágiles
como el hilo:
hebra nacida entre flores.

San José mira su Niño,
el Niño mira su perro
y el perro el pajarito que está en la mano del Niño.

¿Qué mirará el pajarito?

PRESENCIA DE LA MUERTE

ANTE UN CUADRO DE VALDES LEAL

Una idea
persiste en nuestras almas,
en el musgo infantil de nuestras almas
sin variar con los años.

Tenazmente nos circunda
—plenitud de sí misma—
como a la silenciosa lámpara devota
el mármol intacto de la noche.

Crecemos con la muerte
en nuestra carne,
como crece el árbol con sus flores,
como corre el río hacia su fin
—nube distante—
devanando estrellas sigilosas,
como se apaga el sol
en la misma seda de sangre
—¡nacimiento!—
que habrá de ofrecerle un alba nueva.

La mano de Dios
—hora detenida,
pequeña eternidad,
creó la hiedra flexible de la muerte.

Y la hiedra,
sinuosa corriente,
grito apagado,
nostalgia de algo hondo, no concluido,
grabó signos de sombra en la conciencia.

Sólo los rostros de los místicos,
las manos pálidas de los enfermos,
sobre las telas calladas de los hábitos profundos,
y los ojos de los niños ante las cosas simples,
vencen la sombra con la propia luz.

Muerte:
olor de tierra que nos atrae fatalmente,
angustia de una hora donde se alargan los colores
y el silencio se calla...

Pero esperanza de sorprender el nacimiento de una estrella.

ENTRE SOMBRAS Y LUCES

(1945)

PRESAGIO

Es un viento agudo
que la tierra azota
y que en torbellinos
se lleva las hojas
y angustia el nocturno
sueño de la fronda.

Huye viento huye...
no tales mis rosas
con el alba frescas,
con la noche solas.

Sigue tu camino
sembrando congojas,
esparciendo males
y regando aromas.

Sigue tu camino...
Llegará la aurora
y tú, viento malo
te irás a otras lomas.

Qué largo es el viento
en la noche lóbrega:
sendero con alma
que va entre las sombras.

Qué largo ese viento
que cruje y estorba
el sueño apacible
de todas las cosas.

Parece un lamento
que nace en la loma
de los malos vientos
tan alta y tan sola.

VISION DE ESPAÑA

I

España,
casa cerrada
con una puerta entre sombras:

Hacia los hondos caminos,
hacia los caminos largos
con cruces y campanarios.

Hacia los campos de trigos:
luz en las tardes doradas;
hacia los campos de encinas:
noche en las hojas dormidas;
hacia los campos de olivos:
metal vibrante de hojas.

II

Alguien salió hacia los campos;
pero quedó su presencia sobre el umbral vigilante.

III

Noche en el agua del pozo
que está moliendo el molino.

IV

Alguien entró silencioso;
pero de adentro hacia afuera
la casa siempre está abierta.

V

Hombre que vuelves del mundo...
tal vez te encuentre algún día
con una cruz en las manos.

VI

La puerta mira hacia el alba:
molino que muele el tiempo como una rosa de agua.

FIGURAS EN LA SOMBRA

I

El niño quedó sin pierna
y va cruzando los campos
sobre dos largas muletas.

La madre quedó sin alma
y contempla al hijo roto
como una sombra callada.

Por un camino desierto,
caminantes de horas largas,
marchan la madre y el niño
con muletas de esperanzas.

II

Una cruz en un camino
entre encinares y olivos;
el encinar dio sus sombras,
el olivar sus olivas:
    la cruz no produjo nada.

III

Hombre que vas a la guerra,
tendrás el alma sin cantos,
llena de cielo y recuerdos,
como una jaula sin pájaros.

IV

La madre, siempre la madre,
como una iglesia entreabierta
por los caminos sin árboles.

V

Qué dirás al niño roto
a quien en su pierna ausente
le está doliendo el sendero.

Qué dirás al niño triste
que con su pie vacilante,
sobre la movible arena
va pespuntando recuerdos.

VI

Sobre un campo de cenizas,
como un perfume de frondas,
la queja de un campanario.

VII

Sobre los muertos el alba,
mas, de la noche de fuego
sólo quedó en sus pupilas,
abiertas hacia los campos,
luz apacible de luna.

VIII

Luz de luna,
fría luna de los campos:
sudario sobre las cruces
de los que duermen callados.

PLEGARIA POR MIGUEL DE UNAMUNO AL CRISTO DE VELAZQUEZ

...Aquí encarnada
en este verbo silencioso y blanco
que habla con líneas y colores, dice
su fe mi pueblo trágico.

Unamuno, "Cristo de Velázquez"

Cristo de Velázquez,
Cristo del rostro entre sombras:
Cristo de España.

¡Oh! Dios de este misterio resignado,
de esta hora de íntimos presagios,
de esta hora española, que es tu hora;
Cristo desnudo,
de brazos serenos sobre el dolor de la cruz,
simple como un dios griego,
ruega al Padre por los hombres de tu España
humilde y violenta,
contradictoria y orgullosa;
ruégale por tu pueblo
que se desangra altivo
y ruégale por Unamuno el de los ojos tiernos.

Por Unamuno,
sabio en Salamanca,
popular en Madrid,
en toda España santo;
y, como Tú, con el rostro siempre
entre la luz y la sombra.

Ruégale por Don Miguel
que murió con la rabia
—raíz de su raza:
sierpe y disciplina—
enroscada en el alma.

Pero no fue la ira mala
de los que quieren la muerte
y encienden los rencores
furtivos,
sino la ira de tu ira,
en el día de la ira
de tu verbo hecho sangre.

Ruégale
por la cruz castamente suspendida
en la brasa apagada de los ojos,
cuando su hora sonó profundo.

Por su dolor de España
entre suplicios:
dolor del corazón pensante
y del cerebro sensitivo,
Cristo de Velázquez,
dolida eternidad
entre dos luces limitada.

España siempre está entre dos luces,
como tu rostro,
Cristo de Velázquez.

Entre dos luces,
equilibrio perfecto de lo humano y lo divino,
lucha del ángel y el demonio
que acaso ocultas,
lento Cristo de Velázquez
bajo la luz inerte de tu melena derramada.

Cristo de Velázquez,
terrible como un Dios judío
y armonioso como un dios griego,
en esta hora íntima
de plenitud y de desolación,
ruégale al Padre
que está en los cielos
por España trágica en la muerte,
en la vida trágica,
y por Unamuno,
español del mundo
y santo laico de los ojos tiernos.

ASI, TODA ESPAÑA

Sobre los caminos:
llenos de presagios
los recién caídos.

La muerte, callada,
sacudió sus carnes
y asombró sus almas.

Negras, con angustias:
Las miradas hondas
solitarias urnas.

Vuelven a la vida:
los rostros exangües,
como las heridas.

Miedo entre las ramas:
bajo las estrellas
y junto a las almas.

Odios y miserias:
sangre, peste y rabia
inundan la tierra.

Entre los claveles:
pasión encendida
las plegarias mueren.

Preguntas al cielo:
    los ojos abiertos
    que no cegó el miedo.

Por entre las tumbas:
    rezando blasfemias,
    lentas sombras cruzan.

Como su misterio:
    en negro las madres,
    las novias en negro.

Trágica, enlutada,
    en plegarias y odios:
    así, toda España.

PLEGARIA POR ANTONIO MACHADO AL CRISTO DE LA AGONIA

¡Cantar de la tierra mía
que echa flores
al Jesús de la Agonía
y es la fe de mis mayores!

Antonio Machado

¡Cristo de la Agonía!:
no fue en Sevilla
de flores menuditas
como las saetas,
oscuros olivares
y fúlgidas espigas,
donde Machado, el justo,
desembocó en la muerte.

Ni en Castilla, sin mar,
donde los ríos,
fluir del tiempo
en un paisaje eterno,
van a dar a la mar que es el morir,
donde Antonio Machado,
hermano de naranjos y cigüeñas
encontró la piedad para sus ojos.

Sus pobres ojos tristes,
náufragos de un paisaje alucinado,
sus pobres ojos mustios que apacentaron las espigas,
sus pobres ojos cándidos que vieron,
en noches serenas,
al pastor de siglos conduciendo,
por campos de Soria,
el rebaño de estrellas.
¡No, no fue en España
porque entonces España
no era España!...

¡Oh! Cristo de la Agonía,
sombra de los olivares en un alma sin huerto;
Cristo descarnado en la noche profunda
de naranjos y luceros;
Cristo de las saetas
entre fríos harapos,
más negros que los trajes de los mendigos:
Cristo de un pueblo
de lujurias y de misticismos,
del crimen y del perdón violentos;
de Murillo:
rosas frescas
sobre azules fúlgidos
y de Valdés Leal:
negro, sepia y soledad.

Cristo de las saetas,
ruega al Padre por Antonio Machado
y que tu oración sea
como una mansa lluvia
sobre la áspera tierra
que mirando hacia España, en la puerta de España,
arropa castamente sus huesos.

Y que un día
cuando a la tierra de su tierra vuelvan
se encienda en su fosa
—vigilantes—
la vieja llama de negros encinares
y el tono, casi humano, de las olivas nuevas.

CONTRASTE

¡Oh! claro día de este abril fecundo
cuando el campo embalsaman los rosales
y es todo paz, y en el jardín vecino
lucen las pomas entre el sol y el aire.

El romero florece en las campiñas
y los naranjos con el oro tiernos
y el arroyuelo pasa sobre el césped
sonoro con el agua y con el viento.

Y en estos campos de verdor lozanos,
campos de Dios y para Dios barbechos,
porque los hombres quieren, a esta hora
todo es dolor y soledad y duelo.

Ya el ruiseñor no canta entre las rosas
despidiendo en el alba las estrellas,
ni la flauta jovial de los pastores
mueve el rebaño de las voces tiernas.

Un viento largo las espigas dobla;
madura el odio su cosecha; en medio
del olivo, la encina y los trigales
la guerra siembra su dolor tremendo.

En el jardín vecino todo es suave,
campanas limpias los rosales tiernos
y los cipreses íntimas plegarias
y aromas que se esparcen con el viento.

En la lenta llanura silenciosa
y en las agrias aristas de la sierra,
esconde el hombre para herir al hombre,
las armas, mucho más que el alma, negras...

Por qué tanto dolor en esta hora,
cuando el aire embalsama los rosales
y en verde y oro y rosa, las campiñas
prolongan hacia Dios sus soledades.

PRESENCIA

HACIA EL ALBA

La noche silenciosa
se ha fugado del nido de los árboles.
Medrosa oscuridad
ahonda el pavor del agua de una fuente
que desnudó la luna.

Luces furtivas rompen
la negra sombra de la hora
con vuelos fugaces.

La ciudad toda es sombra:
sombra de los árboles profundos,
de las casas calladas,
de las almas agónicas;
sombra de la luz entre la sombra,
sombra viva de la voz entre las luces tímidas,
luces distantes de conciencias que vigilan.

La muerte anda entre nubes acechando luceros.
Un metálico frío de nieve y luna
envuelve el aire, el campo y el color de la hora.
Las hojas y el viento son presagios de vuelos;
pero las almas se van volviendo claras,
se van tornando simples, se van haciendo hermanas,
en el límite de una vida que no tiene futuro.

Renuncia de sí mismo ante el dolor humano;
renuncia de la tierra del cuerpo
y de la tierra del alma
junto al candor de unos ojos que entrevieron la muerte.

Manos bañadas por una luz pálida
surgen de las sombras,
con la frescura de la hoja matinal
que humedeció la estrella.

Sencillez de la vida al borde de la muerte.

La voz de un niño
es un hilo de plata
que revive los cuentos de ciudades perdidas.

El horizonte inmenso
podría caber en los ojos del niño
que contempla la luz sin saber por qué alumbra.

Las almas
se van tornando simples,
se van haciendo hermanas.

Una pared de sombras se levanta hasta el cielo,
el impávido cielo
por donde cruza el frío de la muerte;
impasible muralla
que espera el momento de saltar en pedazos,
de romperse en estrellas,
de sepultar a los hombres
en tremendas cenizas de astros.

Las voces fatigadas,
marchitas por la tenaz vigilia
no son más fuertes que el volar de una abeja.

Cansancio de destilar pacientes
la gota tenaz del pensamiento,
clavo insistente que taladra las sienes.

¡Oh! árbol de sombra y de frutos amargos
cuyas recias raíces
se ahondan profundo en la tierra del alma.

No es la muerte apacible la que esperan los hombres,
no es la cándida hermana,
que pisando entre flores,
coronada de mirtos y de lívidas rosas,
guía un rebaño de nubes,
y que tiene en las manos
la naciente frescura de tratar con espigas:

Es la muerte que teme
que se apaguen las luces
antes que llegue el alba...

Pero en esta hora,
en esta hora lenta de agonía,
de viriles renuncias y tenaces deseos,
renace el verdor de las almas.

Regresará un futuro
que ya fue en el pasado
un sendero de oro entre polvo de fuego,
anhelante de alcanzar una cumbre:

Un futuro que tendrá la alegría apacible
de una estrella en el alba.

Londres, 1942.

ENTRE LOS PARQUES

Sueña horizontes
entre los parques y bajo el cielo
el lago, donde ponen los niños
sus barquichuelos.

Brisas distantes rizan las ondas
e hinchan las velas de los veleros
y vientos, largos como destinos,
hacen profundos los derroteros.

En las mañanas, entre los parques,
los niños todos son marineros.

Juegan con nubes,
juegan con puertos,
con los países que deletrean
viejos sonrientes entre recuerdos,
con los paisajes
que ya vislumbran los ojos tiernos.

Mar es el lago
para sus sueños
y un infinito la gota de agua
si copia el cielo.

En las mañanas, entre los parques,
jugando vidas, soñando juegos,
bajo los soles, entre los árboles,
viejos y niños
son marineros.

LAS CAMPANAS DEL TRIUNFO

Cuando suenen en Londres
las campanas
un olor fresco y una luz de campiña
penetrará en las almas...

Y las viejas campanas tutelares,
desde sus torres altas,
juntarán los corazones
en una plegaria.

Almas vigilantes de todas las ciudades,
de todas las aldeas y de todas las casas
de la tierra angustiada,
uníos en una sola idea santa,
una idea clara de paz y de justicia,
cuando suenen en Londres las campanas.

Las campanas del Norte, las campanas del Sur,
de capillas vecinas o de torres lejanas,
de las catedrales con sus grandes voces,
la de la parroquia con su voz aldeana.

Las que guardan profundo silencio
entre los escombros, y que en las mañanas
reciben los pájaros que anidan entre ellas,
como campanitas, sus voces de plata.

Las que evocan limones y naranjas de oro
en sus notas claras
y las que parecen rezar por los muertos
en las tardes hondas, con sus quejas largas.

Hombres de toda la tierra
y de todas las armas,
hombres mutilados y hombres felices,

uníos en una sola idea santa:
una idea de paz y de justicia
cuando suenen en Londres las campanas.

LA HIGUERA

Cayó tu voz airada de ceniza
sobre el verdor gozoso de la higuera:
triste hermana del sol y de la brisa
condenada a vivir sin primavera.

Así mi alma, ¡Señor! hoy agoniza
bajo tu voz en sombra. Tu voz que era
el más rubio trigal para mi misa
y la más dulce lluvia en mi pradera.

Mi alma que sufre triste tu flagelo
por no sé qué pecado, ¡Dios profundo!
se anegaba de luz junto a tu cielo.

Higuera sin verdor, pobre alma mía
que estéril y sin flores por el mundo,
ya no encuentra tu luz, como solía.

CUANDO MI HORA SEA LLEGADA

Yo que he visto
tanto dolor
y odio
del hombre contra el hombre,
por ideas profundas
o por simples palabras.

Yo que he visto los cuerpos
en las sombras
acechando las sombras de otros cuerpos
para matar el sueño.

Yo que he visto los rostros retorcidos,
sin que la muerte dulce
borre el odio en los ojos,

en los puños cerrados
y en los dientes fríos.

Yo te pido, ¡Señor!
Dios armonioso
del perdón fecundo,
que cuando mi hora sea llegada
no haya rencor en mi alma.

Y que la muerte suave
ponga en mis ojos la apacible luz
de un manso atardecer
entre violetas:

Y que una espiga de oro,
bajo el azul del cielo,
marque el silencio de la hora excelsa,
lenta y santamente,
y no haya nada brusco
en torno mío
—odio ni temor—
cuando mi hora sea llegada.

VOCES PERDIDAS

(1966)

ARMONIA

I

Violetas silenciosas en la noche:
entre el agua dormida de la luna
vencidas flores de color de ausencia.

Augural trino en la mañana limpia,
pájaro de oro que acaricia el día
con un canto de adiós a las estrellas.

Apacible corriente nemorosa
entre cenizas de abatidas hierbas
que dora el sol distante del ocaso.

Flauta olvidada que entre espigas nuevas
reanima melodías de otros tiempos
en notas de una claridad perfecta.

Fresco rumor de sensitiva savia,
égloga susurrante entre los labios
de una rosa que el viento deshojara.

Quejas de ignotas cuerdas sorprendidas
que ha despertado una furtiva mano
en el arpa profunda de los pinos.

Huella que sobre el polvo de las horas
aún conserva la forma pasajera
de las sandalias que calzara el viento.

Ola de un mar que de otro mar remoto
recibe los mensajes de otras ondas
en un sereno universal concierto.

Fulgente gota sobre la hoja verde
que irisa el sol en diamantina lumbre,
gota de luz hermana de la estrella.

Insecto melodioso que palpita
con una gracia de esmeralda errante
entre los verdes múltiples del huerto.

Pozo en que un niño adivinó la estrella
limitada entre muros de silencio,
agua de Dios en tan pequeño vaso.

II

Agua de Dios para la sed de ensueños
que apenas calma gota de rocío
o corriente que enfriara las estrellas.

III

Diga así el canto la virtud excelsa
de las humildes cosas cotidianas
que en breve espacio guardan tanta gracia.

Y la palabra vuelva a ser creadora,
anime espigas, aguas y luceros
como un pastor sus cándidos rebaños.

IV

Torne el milagro de la voz fecunda
a hacer brotar las armoniosas formas
de los jardines que sembrara el viento.

El recio sembrador de manos largas
que esparce estrellas en las noches hondas
sobre el follaje de lejanas nubes.

El grave tañedor de ocultas flautas
por quien silboso el monte se adelgaza
con esperanzas de llegar al cielo.

El suave brizador que sobre el agua
riza jardines de azulada espuma
como un naufragio de sonrisas tiernas.

V

Ingenua luz en el paisaje encuentre
originales formas sensitivas
entre neblinas de infantiles sueños.

Entre neblinas de palabras vagas,
palabras sin contornos que murmuran
los niños que no saben de palabras.

Mas, que ya tienen en el alma infusas
nostalgias de dolores y placeres.

En claro surco honda raíz amarga.

CANCION MARINERA

Sobre el mar confidente
va la esperanza viajera,
barca de velas desplegadas
hacia una isla feliz.

La mirada se hunde en el espacio
azul de soledad como un deseo
y descansa —acaso— en una estrella remota:
La estrella fiel al alma.

Todos somos viajeros de nuestros propios sueños.
Todos vamos por un mar que está en nosotros
hacia la luz de un ocaso radiante.

De pronto otra mirada íntima,
en un minuto excelso
nos devuelve la estrella de los sueños lejanos.

Entonces el mar infinito se nos torna pequeño,
tiene el barco el calor de casa buena
y hasta los marineros —ágiles— nos parecen hermanos.

HACIA LA ETERNIDAD

El canario deshace con el pico
en hebras de canciones
la seda de su ovillo.

En la jaula menuda,
como entre las paredes de un asilo,
el sol tímidamente
pone un tono amarillo.

El paisaje
—agua, árbol y cielo—
está pendiente del canto íntimo
del canario inmóvil y sonoro.

Un esfuerzo más y el melodioso músico sensitivo
pondrá en el cielo de la jaula
—entre sombras de ruido—
un último reflejo.

¿Qué voluntad ignota detiene al canario,
ciego de canción,
en el extremo último del hilo?

EN LA LUZ DE TUS OJOS

En la luz de tus ojos sorprendidos
con el reflejo del vuelo de un ave sobre el agua inconstante,
he visto el fulgor de una estrella remota,
angustia de un minuto de naufragio,
que regresó a mi alma solitaria
la olvidada alegría de los sueños más puros.

PAISAJE

¡No! no es mi paisaje:
no es el sitio donde mi alma se siente,
con las flores,
como una flor,

con los árboles,
como un árbol,
y con las rocas,
como una roca dura.

¡No! no es tu paisaje:
no es el sitio donde tu alma se siente,
con las estrellas,
como una estrella distante,
con las aves,
como mínima fuga entre las nubes,
con la noche,
como una lámpara que ilumina el misterio.

¡No! no es nuestro paisaje;
nada nos dice este silencio suave,
ni esta música del aire entre las hojas,
ni esta vaga corriente cristalina.

Somos extraños a estas soledades,
y extraños también uno del otro
y extrañas nuestras voces
en la noche.

Cielo, árboles, rocas,
todos iguales a los del recuerdo
que nos duele profundo.

Y una infinita soledad me llena,
como el cielo la fuente
donde se abisma tu mirada.

Y una infinita soledad te aísla,
más infinita que mi propia alma.

Volvamos a la luz de los recuerdos
por estas claridades de las aguas,
por estas soledades de las fuentes
bajo la sombra inmensa de los árboles.

¡Tú y yo, entre la fronda y con la luna,
somos una nostalgia de paisaje!

VIAJEROS

El mar es una noche de aguas rumorosas
en medio de una noche quieta
de aguas con estrellas.

El cielo, bajo un desvelado fulgor
de silencios imprevistos
es como el lejano eco de las ondas que mueren en la ribera.

Las estrellas parece que viajan,
atadas por hilos invisibles
en los palos más altos de las naves,
que acaso las trajeron de las selvas.

Van con nosotros
por los mares profundos
las estrellas familiares,
las que refrescaron en las noches tibias
las joviales aguas de las fuentes solariegas.

En la noche de aguas,
entre el mar y el cielo,
sorprendí una estrella,
la que siempre me acompañó desde la infancia,
y me sentí como en la propia casa,
en íntima relación con el infinito melodioso
de los astros y de las aguas.

La estrella, mía como un juego de mi infancia
—juego ella misma—
viajaba sola sobre el palo más alto de la nave.

EL HOMBRE DE LOS PAJAROS

Sobre la antigua plaza
—paréntesis de calma en la ciudad—
un viejo taciturno,
con gesto de otros tiempos aprendido,
da de comer migajas a los pájaros,
minúsculos obreros sin trabajo
que sorprendió el invierno entre los hombres.

Su aspecto entre el rumor de los que cruzan
ensimismados en sus pensamientos
los amplios y ruidosos bulevares,
tiene la indiferencia de lo eterno:

gracia del sembrador que arroja el grano,
mínima cárcel de perpetua vida,
con la indolencia grave de la tarde
al surco ya de luna florecido.

Los pájaros confiados se reúnen
bajo la protección de la mirada acogedora;
y sus plumajes, por el frío atezados,
cobijan la armonía del canto siempre nuevo
para lucirlo cuando el sol dore entre las hojas
la huella errante de la primavera.

El hombre los contempla silencioso,
minúsculos obreros sin trabajo
y en sus pupilas fatigadas
hay la luz desvelada de los astros;
y en sus barbas, cosecha de los años,
un revuelo de brisas infantiles.

París

DOS MUJERES BAJO LA LUZ

Cuadro de Edouard Vuillard

I

¡Dos mujeres junto a la lámpara verde!...
¿Qué piensan ellas?...
Bajo la luz silenciosa,
entre encajes y cortinas
del color de un tiempo ya pasado.

Frente a los tonos fríos
de borrosos espejos solitarios
por donde huyeron ilusiones,
rojas como los labios y los besos.

Cerca de hondos sillones impasibles
del color de los ojos,
marchitos entre luces encontradas.

II

Reclinadas las dos sobre la mesa
roja, de luz fugaz, y sobre el tiempo
reclinadas las dos.

Sus rostros no se ven, pero sus manos
se agitan como espigas rumorosas
que el viento de la tarde deshojara
sobre un jardín de flores siempre nuevo.

III

¿Qué piensan esos seres tan distantes,
unidos por palabras sin matices,
por palabras que nacen y que mueren
en el mínimo espacio de la lámpara?

De su propio vivir son ya testigos,
de su propio dolor están ausentes,
mirándose las almas, infinitas
junto a la verde lámpara encendida.

IV

¿Qué piensan esas dos figuras vagas
al encender la lámpara, en la hora
llena de sugestiones del crepúsculo?

Qué sienten esos ojos resignados
para quienes la vida es lo vivido;
qué sienten esas manos abatidas
junto al rumor de encajes fenecidos
que tiernamente avivan los reflejos
de la llama amarilla, bajo el verde
de la pequeña lámpara encendida?

V

¿Qué esperan esas almas vigilantes,
profundamente graves
y simplemente niñas —de regreso—
con la inocencia nueva de una vida
que ya todo ha vivido?

VI

Dos mujeres,
dos sombras cuotidianas
junto a la verde lámpara encendida,
¡entre olvidadas cosas!...

¿Qué piensan ellas?

TU BAJO LAS ESTRELLAS

Sobre el agua dormida
una rosa de noche se extasía.
Sobre el alma en penumbra
una rosa de noche se dilata.

Noche y rosa
en el agua del tiempo se confunden,
y en la noche del agua se anonadan
el perfume del tiempo fugitivo
y el recuerdo de rosas imprevistas.

Una estrella
hace profunda el agua de la pequeña fuente;
pero tus ojos desvelados
encuentran el refugio de la nube,
y la estrella sensitiva de tu mano
deshoja la rosa rumorosa de la noche
en la noche del agua.

Eres un silencio musical de luna,
entre el cielo y el agua adormecida;
un silencio de espigas orvalladas de estrellas
en la distancia perfumada de la noche.

Tus palabras resbalan sin violencia
en el cristal del plenilunio,
y tu mano, graciosa eternidad,
simple como la rosa y la estrella y el agua
tienen el mismo candor
de las flores bajo la luna.

No hay colores, espacios, ni distancias.
El cielo, el agua y tú.
Tú, el agua y el cielo:
Unidad de la vida que se prolonga en el fondo del agua.
Bajo el agua del cielo,
en la lejanía de la estrella,
en la efímera estrella de la rosa
que tus manos deshojaron
sobre la infinita rosa de agua
de la apagada fuente.

Pero, cuando el último pétalo cayó
sobre la sonrisa de aire y luna
del agua
y en el pequeño espacio de la fuente,
sentí que tus manos,
de su propia soledad ungidas,
eran también una rosa,
y una rosa fúlgida el cielo,
y una rosa el pensamiento,
y las estrellas rosas infinitas
que acaso deshojara en la noche callada
otra mano entre sombras escondida.

Y al regresar del agua
nuestras pupilas sorprendieron el misterio
de rosas insinuantes que nunca más encontraremos.

Pero tu estrella,
rosa de luz en un jardín de sombra,
aún dormía en el fondo sin límites del agua.

TARDE DEL DOMINGO

Tarde del domingo
en los callados barrios de París.

Una voz sin matiz,
hilo de algo que se está rompiendo,
cruza el silencio opaco de la hora.

Surge de pronto entre frías cenizas,
telas sin vida del color del tiempo,
un canto: —no más alto
que las ramas veçinas al suelo—,
resto de voz,
temerosa como un niño pobre
—la voz siempre es niña—
en la rota garganta de un artista,
superviviente de noches consteladas de luces
en el tumulto urgido de la ciudad indiferente.

Un violín responde a la voz en andrajos
desde el rincón del tiempo.

Y otras voces oscuras,
asustadas mariposas huidizas
de un fracaso de brisas y de hojas
van rozando tímidas los mudos cristales
de las altas casas cerradas más que al viento frío de las tardes
adustas,
al dolor de las voces del domingo.

Por entre las ventanas y pesadas cortinas
se divisan las luces inmóviles de los días de invierno
y se ven las mesas con las frutas,
presencia inesperada de otros climas.

Pero la débil voz canta tenaz
y el violín del tiempo se va haciendo más delgado,
como si fuera a romperse el hilo de música y de vidas
en un supremo esfuerzo.

Por haberse ofrecido todo entero,
por haber derrochado su íntimo caudal
con generosa imprevisión de artista,
una mano, oculta entre las sombras, le lanza una moneda,
sin dejarse mirar,
como si fuera el don de una invisible humanidad divina
a una pobre doliente humanidad,
pequeña y distante.

Entonces el ritmo adquiere un tono violento
de pájaro azorado
y un santo rencor llena la hora
de inesperada sugestiva música.

EL HOMBRE NUEVO

> Of physiology from top to toe I sing
> Not physiognomy alone nor brain alone
> is worthy for the Muse,
> I say the Form complete is Worthier far...
>
> *Walt Whitman*

I

El hombre nuevo lo cantó Walt Whitman
en un mundo de claras esperanzas,
el hombre antiguo lo cantaba Homero:

Entre el uno y el otro hay un abismo.

El uno mueve nubes en los campos
y siembra estrellas junto a tiernas flores
para cosecha de futuras manos.

El otro es una sombra dolorosa.

El uno mira con amor callado
la vida de lo grande y lo pequeño;
y lo pequeño igual que lo infinito
está en su alma atónita.

El otro sólo anda su camino.

Profeta de este hombre, oscuro mundo
sobre recientes tierras encontrado,
fuiste, noble Walt Whitman:
tiernas y blancas barbas sacudidas
por recias tempestades interiores.

II

Hombre:
labios sedientos, manos ansiosas
por deshojar secretos insinuantes
como perfectas rosas.

Secretos de las manos,
secretos de los ojos,
secretos de los labios,
unidos y distintos cada uno
en el ritmo sereno de la vida.

Hombre:
augusto centro de la vida intacta,
su criatura y creador:
Dios y humanidad a un tiempo mismo.

III

Tu palabra Walt Whitman movió nubes
y tu brazo en la sombra fue el cayado
que condujo el rebaño numeroso
por risueñas campiñas dilatadas
entre el cielo y la tierra
y junto al alma.

IV

Este es el ser humano, nervio y hueso,
haz de músculos duros,
nobles, inquietos, tristes pensamientos,
venas profundas como intensos ríos
de una sangre preciosa para todos.

Este es el hombre sacrosanto y digno
de la altiva cabeza al pie ligero,
pulso, pasión, potencia,
todo libre y fecundo
bajo el divino ceño inescrutable.

Conciencia de su yo de sombra lleno,
vino de Dios en un pequeño cáliz,
sangre de Dios en un estrecho cauce,
viento de Dios en bosque rumoroso,
ritmo de Dios en olvidada flauta
y voluntad de Dios en cuerpo bello
de la altiva cabeza al pie ligero.

V

Este es el hombre:
inteligencia y carne,
cerebro y mano, espíritu y materia,
abismo y comprensión,
dolor y canto,
crimen, perdón y amor;
este es el hombre
que tu voz de profeta derramara
por el haz de la tierra, entre cenizas
de apagados mundos
y hacia estrellas de campos renacidos.

VI

Complicada criatura en su simpleza,
terriblemente bella,
terriblemente grande,
terriblemente sola.

VII

Este es el hombre que cantó Walt Whitman
de barbas silenciosas como ríos.

El hombre antiguo lo cantaba Homero
de barbas impetuosas como mares:

Entre el uno y el otro hay un abismo.

POR CAMPOS DE MISTERIO

I

¡Divino Garcilaso!...
Eco sutil de melodiosa flauta
por los claros paisajes del recuerdo.
Lejana voz azul, enamorada
del viento caprichoso y las espigas.
Desvelado poeta entre pastores
que renuevan sus quejas con tus cantos
mecidos por la brisa nemorosa.

II

Era con tu cantar felice el Tajo,
numen errante de los cigarrales
donde muerte y amor son brasa urgida
junto a la espera dulce y la plegaria.

Era con tu vivir el Tajo ufano,
con tu vivir tan limpio como el oro
dormido en sus arenas,
y el canto de las ninfas
coronadas de sol y de azahares:
de tus ninfas efímero profeta
de amores de lindar con las estrellas
a la orilla del agua
y a la orilla del tiempo detenido
por la luz de una espiga en el paisaje.

Era de tus visiones confidente
y sus ondas oyeron tus querellas
entre la castidad de los luceros
que coronan las hierbas
de las sedantes noches, orvalladas
por el suave relente de las églogas.

Cuando tu juventud predestinada
"que de consuelos fue necesitando"
quiso vivir con la pasión sencilla
del pecho rusticano
y entre sones que el viento confundía
al pasar por las hojas rumorosas
con el tierno cantar de los pastores.

Era de tu pasión movible espejo,
hondo en el contemplar, raudo en la espera
de un porvenir con sombras dibujado;
que el placer y la muerte se deslizan
por la seda viril de tus palabras.

III

Como el río, infinito entre recuerdos,
naciste prisionero del destino
mar persistente que anegó tu audacia

con su manso brizar;
cuando tu juventud toda en afanes
ensayaba con flautas olvidadas
junto a ramas de ásperas fragancias
las nuevas melodías del amor;
y cuando Filis tierna apaciguaba,
con la misma saeta que lo hería
la angustia de tu pecho enamorado,
o sobre huellas de oro
tus pasos vacilantes prolongaba
más allá de los huertos minuciosos
del dolor y la muerte;
cuando tu mano sabia el plectro ágil
movía entre cuerdas renovadas
por la pagana gracia de los ecos
que trajiste del Lacio
para ensalzar con augurales voces
el rostro de Isabel y su hermosura,
profunda porque en ella aparecía,
ofuscada de amor y entre albas rosas
la sombra fiel del alma;
porque ya en tu llorar había el misterio
del corazón que ignora lo que quiere,
porque ya en tu congoja había el enigma
de ese "vivir sin ti" que es desconsuelo;
volar hacia otra estrella con nostalgias
y ansias de morir en cada hora,
de morir con la muerte de los lirios
que entregan a la brisa que los besa
la imagen fugitiva de su aroma.

IV

Secretos de tu alma y de su angustia
recogieron sus ondas en tus cantos,
cuando vivías de tu soledad
frente a un cielo de nubes vagarosas
en la noche de plata,
junto a un paisaje, ignoto como el tiempo
bajo la Catedral y sus rumores
de oración y de agua,
y de piedra y de hierro y de esperanzas.

V

No quiso el Tajo ver la sombra ingrata
del bello cuerpo del guerrero herido
cubierto con la sangre que manaba
por la ancha llaga de la frente hermosa
de la raíz del corazón amargo
y de dulces pesares olvidado...

Y lo dejó morir en tierra extraña,
distante del amor de sus pastores
de ojos de atardecer en las campiñas.

VI

Así de su vivir sólo es testigo,
prisionero del campo entre cristales,
quien de su muerte apenas fue presagio
en la queja jovial de los zagales
con voz de apacentar sobre las mieses;
y en la gracia de Flérida distante,
desdeñosa de amar y enamorada
del incierto camino de la brisa
que va esparciendo amores entre aromas:
amor que se confunde con la vida,
tregua feliz del existir violento
del hombre oscuro de conciencia nueva...
Amor que te confundes con la muerte
"y no hay sin ti el vivir para que sea".

VII

Adelanta el futuro en un instante,
que ya es todo presente, el caballero
que va a la gloria con la frente herida
y la mano de nardo sobre el pecho,
y sorprende entre imágenes queridas,
"tristes memorias por su bien halladas"
el confiado cantar de los pastores
de ojos de atardecer en las campiñas.

VIII

El Tajo vuelto a soledad profunda
junto a orilla y orillas de recuerdos,
igual que Luis, hilando sus cantares
de bíblico sabor domesticado,
busca consuelo a su dolor de ausencia
huyendo el ruido mundanal, y huyendo,
para huir de los hombres, de sí mismo,
por sobre campos de atezadas hierbas
hacia la claridad de su poeta,
caballero de Dios
que entre blasfemias y oraciones recias
de amigos y enemigos confundidos
llegó a la muerte con la frente herida
y la mano de nardo sobre el pecho.

EN LA CUMBRE

Sit laus plena, sit sonora;
Sit jucunda, sit decora
Mentis jubilatio.

Santo Tomás

I

Yo estoy sobre una cumbre de soledad, ¿perdido?...
Y oigo el ruido del viento
y oigo del agua el ruido
y el rumoroso acento
del árbol confidente con la tarde del viento.

Son una misma cosa
vistos desde la altura
el pájaro de oro y el oro de la rosa.

Pequeña arquitectura
la torre nos parece
cuando duerme en la sombra, cuando el silencio crece
y en sedancias de ensueño se convierte
el terror a la vida y el amor a la muerte.

II

Insinuante campana,
infinita y sedienta de plegarias: —profundo
y solitario—, repica el melodioso lucero vespertino
y en torno de su ignota cadencia gira el dolor del mundo.

Es oración el pensamiento o trino
sobre el alba clara y en la noche densa:
en la hora sin color, inmensa
de sueños malogrados;
y en el ayer y en el futuro,
agudos galgos de fatiga echados
al pie del monte oscuro
en donde, firme estatua de mí mismo,
detenido en mí mismo, en mi existencia
me siento callada soledad frente al abismo
y plena de alabanzas la conciencia:

Como una presencia
de todo lo que ha sido:
como una pre-ciencia
de todo lo que en mí habrá de ser olvido.

III

Así estoy en la cumbre. Entre el agua y la nube
y la hoja;
entre la lumbre roja:
—oro, violeta y polvo, que en el ocaso de la tierra sube—
y la ceniza lenta que desciende del cielo.

IV

Vecino de la muerte,
de lo que esquivo y lo que anhelo:
el dolor y el amor—
¡Signos de tu poder, Señor!...

Signos que vierte
eternamente
sobre el alma callada tu rumorosa fuente
oscura.

V

Yo sé que en esta altura,
de silencio, de amor y de contemplaciones
serenas, es bella y misteriosa la criatura,
porque en silencio cumple su destino
sin alterar el polvo ni el camino:

Lo cumple en lo que vive por amor,
en lo que vive por rencor
y en lo que vive por dolor;
y aun en lo no nacido
que si Dios hizo el mundo, lo hizo como ha querido,
con el verbo gozoso y el sentido.

VI

Sereno, luminoso y sonoro ímpetu detenido
en su esperanza,
es cada cumbre que al empinarse sobre su tarde alcanza
la soledad envidiada, en hoja, en ala, en nube o en olvido.

¡AH! SI ESTO FUERA TODA LA VIDA

Azul intenso sobre la fronda
que ha humedecido nocturna lluvia.
Como una alada y oculta ronda,
por la arboleda que se hace rubia
la brisa pasa. Ya la campiña
cede a su impulso como una niña,
ya el sol remonta, dora en los viales
las hojas frescas y matinales,
y dora el ruido de un arcaduz,
del agua libre prisión estrecha;
distante un ave, como una flecha
sube, se mancha toda en la luz,
y en luz envuelta sigue su vuelo,
como una flecha que raya el cielo.
Y tú sentada, sobre el escaño,
bajo la sombra que da el castaño,

la sombra móvil y rusticana,
y por el oro del sol vestida,
tienes la gracia de la mañana...
¡Ah! si esto fuera toda la vida...

Hora profunda, hondo retiro,
místico encanto de los jardines,
la tarde muere como un suspiro
que se extenuara entre violines.
La brisa arrecia, confidenciales
juntan las hojas su vida inquieta,
¡oh! gracia triste de los rosales
todos bañados de luz violeta.

El campo oscuro y estremecido
se vuelve intenso hacia la estrella,
los pinos crecen sin hacer ruido,
la brisa pasa sin dejar huella...
Y tú en la tarde, sobre el escaño,
bajo la sombra que da el castaño
y que reposa sobre tu frente
de soñadora, como ala oscura;
bajo esa sombra de atardecida,
tu gracia ingenua se transfigura,
se hace serena como el ambiente...
¡Ah! si esto fuera toda la vida...

Noche callada, la luna leve
unge la fronda, las rosas rojas
bajo su ampo son como nieve.
Hay fulgor de oro entre las hojas...

Y tú en la noche, junto al escaño,
bajo la sombra que da el castaño,
eres tan frágil que me parece
que si la brisa nocturna crece
vas a doblarte, como las rosas
entre las ramas, tan vaporosas...

Noche serena. Por la arboleda
solemnemente de luna ungida,
cae un silencio de plata y seda...

Sólo el recuerdo de tu voz queda:
¡Ah! si esto fuera toda la vida.

BALADA PASCUAL

Ya que la vida pasa ligera,
nada más dulce para el amor
que una alegría. La primavera
en nuestras almas prenda su flor;
huyan las penas, huyan los males,
que el rojo vino de los cristales
fluya gozoso como un cantar,
y que nos mire con su mirada,
llena de gracia, la bien amada:
¡oh! Julia Berta, para soñar.

Noche de ensueños: La clara estrella
marca un camino que va a Belén,
reyes, pastores, siguen tras ella
—sueñan acaso con un edén.
Yo voy con ellos, que Amor es niño
y es milagroso como Jesús.
La senda es larga, blancor de armiño,
reyes, pastores, incienso y luz...
Todos persiguen su fiel estrella.
Por los caminos, sobre la mar,
marchan errantes en pos de ella:
¡oh! Julia Berta, para soñar.

Portal distante que el alma anhela,
donde Dios niño nace entre flores.
La infantil madre que se desvela
ante el silencio de los pastores.

Cosas ingenuas que allá en la infancia
nos enseñaron. Suave fragancia
de aquellas tardes. Narra la abuela
el cuento humilde del Carpintero.
El sol decora la vieja estancia.
El gato duerme, canta el canario

y se repite como un rosario
la gota triste del tinajero.
Eso es la Pascua. Suaves consejas
que el alma nunca puede olvidar,
cosas pasadas, cosas muy viejas:
¡oh! Julia Berta, para soñar.

ENVIO

Mas, si la vida pasa ligera,
sólo el recuerdo puede durar,
estrella errante, rubia quimera:
¡oh! Julia Berta, para soñar.

EL OTRO LADO DEL TIEMPO

(1971)

SEÑA

El árbol
ayer de luz
y miel de espigas,
maduras de brisa azul y canciones,
sólo tiene
—hoy—
lo que tuvo
del otro lado del tiempo.

ENIGMA DEL CUERPO Y EL ESPIRITU

DIOS Y HOMBRE

Pues es indudable que todo espíritu
creado nécesita el consuelo del cuerpo.

San Bernardo.

I

Ante el misterio,
lejana realidad,
Dios en silencio,
teme el espíritu encontrarse
libre del cuerpo,
tierra que familiarmente lo acompaña,
cárcel oscura y fuga luminosa:
su paz o su inquietud,
su ingénita frescura y su descanso.

II

Entre formas confusas se desliza el espíritu
dormido o vigilante,
altivo o fatigado de recuerdos,
detenido por ausencias sin contornos
junto a la eternidad
de lo perfecto.

Y sólo el cuerpo atrapa
con los cinco sentidos perspicaces
y sus vagos senderos ignorados
el gozo de la luz y del sonido,
y del mirar confiado a las espigas
y del callar sereno hacia los astros.

III

¡El espíritu libre!...
honda zozobra,
quemadura de llama en agonía,
nostalgia del vivir inteligente
asomado a la orilla de la muerte.

Angustia cuotidiana de alentar entre rosas
o pavor de una noche sin luceros
frente al todo infinito y desolado.

Hallazgo de no morir un día,
sino seguir viviendo
de lo que ya vivido está en la sangre,
entre secretos surcos dilatados,
entre hierbas de noche oscura
y rosas húmedas
desde la tierra o nube del origen.

Naufragio de lo propio
y de lo ajeno
con el nacer;
morir anticipado
morir sin morir del todo,
porque, semilla de divina esencia
vivirá siempre en formas increadas
para consuelo de los otros seres.

IV

Las cosas y sus nombres
son símbolos confusos
que acompañan al hombre en su destierro,
en su andar de adivino
entre alboradas.

Ingenuas compañeras de un recuerdo
que nace en la raíz
de la conciencia,
donde Dios y el hombre se confunden
y se entienden;
y Dios se hace para el hombre humano
y el hombre, ante su amor, crece divino,
trasciende la leve línea
de luz o sombra
que limita su ser:
su estar indefinido
ya que el ser no es perenne forma,
sino que está en la forma limitado,

con ansias de romperla a cada instante,
con nostalgias de muerte y nacimientos
y temores de un nuevo despertar.

V

El cuerpo, criatura delicada,
tierno como las rosas en el alba,
conserva su frescura primera junto al miedo
que vive de él, y en soledad profunda
lo devora con un afán intenso
de perfección.

El cuerpo es morada pasajera
del espíritu nómada,
su consuelo,
su fiel compañía generosa,
su sombra en la llanura
sin rumores,
su imagen sorprendida,
su grito sin color
y su esperanza.

VI

El espíritu es trágico
pero el cuerpo es bello
y solemne
bajo el hilo de plata del silencio
que oculta entre cenizas las palabras,
las palabras
que duelen y se alejan
como el pensamiento, y como el ala
graciosa,
fúlgida tierra que al volar se queda
entre el aire y la luz,
signo del pie divino y de su fuga
que delata a su paso la belleza,
la eterna aspiración de la belleza,
entre el rencor del hombre
y la conciencia audaz,

desveladora
que, sin asirla del todo,
vive de ella esclava.

Esclavitud sublime que lo salva
de aquella lenta lucha dolorosa
del ser primero,
de aquella triste angustia desolada
del hombre sin pasado;
de aquella amarga realidad viviente,
del hombre, sólo hombre:
triste vivir del alma sin amor,
perfección del creador y de lo creado.

VII

Dios limita al hombre con su asombro
y el hombre reduce a Dios a su esperanza...

Y así definido en forma vaga
el celeste Creador del desconsuelo
no escapa de la ley que al mundo impuso...

Por este pensamiento
—ya pensado y sufrido—
vive, crece y muere Dios
en cada hora
y en cada hora nace fecundo
con el vivir en muerte de los místicos
cercanos a la nada
y cercanos al todo,
perennemente derramados
como el mar sin el muro de la espuma
o el viento sin el muro de la hoja;
porque de candor todos ungidos
conservan, fieles a su abatimiento
o renuncia,
como un vago rumor del infinito,
la intuida y no encontrada unidad
que sólo por instantes se revela.

En una sola tres naturalezas,
tres ríos de luz,
tres pulsos diferentes en una arteria única:
dos sombras y una triste realidad suprema
y consuelo de los tres una palabra
que Dios y el hombre se confían.

Tres esencias de belleza
inconmovible de raíz oscura
y trágica:
la del Padre: poder;
la del Espíritu: sapiencia;
la del Hijo: pasión.

Y sólo forma la del Hijo tiene:
la forma de la cruz predestinada,
suplicio y redención
del Dios pasivo,
tan frágil como un lirio bajo el viento,
tan dulce como espiga en campo nuevo,
tan hondo como el llanto en su simiente.

VIII

"El cuerpo es consuelo del espíritu"
dijo el santo de amor iluminado.
Por ello el Hijo que sufre eternamente
es consuelo de Dios.

Dios necesita el sufrimiento:
Y el Hijo en la Cruz es El que sufre
sin el dolor presente,
vencida la conciencia lacerante
del mal fecundo
por la sedancia del amor logrado
después de crear al hombre
y de perderlo,
al reencontrarlo entre sus iras,
nuevo como un niño
o un cordero dormido
entre un brizar de espigas luminosas...

y harinas también para el molino oscuro de la muerte
y la resurrección de cada día
perfectas.

Cuerpo de Dios exhausto y luminoso
entre violetas de un olor sereno,
haz de nervios rotos
y de entreabiertas venas renovadas;
perla anegada en luz,
ceniza fría
y frío de muerte que pasa por la piel
y se anida en los ojos,
en el frío remoto de los ojos,
perdido en lejanas soledades.

Mínimo cuerpo, moldura de lo eterno,
luz de un color distante,
consuelo del espíritu en tinieblas
y unión de lo bello y de lo eterno,
con el miedo terrible del pecado
que Dios y el hombre temen,
el Uno frente al otro:
ambos conciencia.

IX

Todo procede del infinito abismo de Dios,
como de un pozo, cuyo fondo fuera
la soledad del agua,
y de ella —agua oscura— naciera otra
sin fin, con el signo del futuro
y un afán de volverse hacia el origen
para seguir naciendo de sí misma.

X

Pero los ojos,
los misteriosos ojos extasiados
son risueño consuelo del espíritu:
suave ternura de contemplar la vida
y contemplar la nada,
de sentir la caricia de la luz
y la llamada audaz de la distancia.

El oído sutil,
gruta del canto azul
del viento y de la espuma,
divino caracol,
rosa imperfecta,
laberinto de músicas ingénitas,
sorprendido por el ritmo de las alas
y las hojas:
delgadas cuerdas de arpas misteriosas
que tañe el viento de las manos largas.

El olfato, ¡enigma!,
dócil al arte por el hombre creado,
penetra por caminos infinitos,
silenciosos,
atento al mensaje de la tierra recóndito
y al perfume de las estrellas ácidas
de las noches de insomnio.

El paladar descubre entre sabores varios
el temor de la muerte... Porque la muerte
es el sabor primero de las cosas
que dan placer al hombre y sus instintos.
Sabor de tierra y sombra amarga
que el hombre ignoto logra superar
con la expresión feliz de la belleza
confundida con Dios
en tres caminos,
Poder, Sabiduría y Dolor.

El tacto
aísla el misterioso ser naturaleza
de las cosas sensibles o inertes
y luego en soledad, lo une a todas
por el gozo y el dolor
inevitables.

Y todos son leticia del espíritu
ante el olvido de la muerte del cuerpo
que no sabe
qué cosa es el morir,
porque la muerte no es sino el reflejo
del sagrado reposo de un Dios entre recuerdos.

XI

El cuerpo vence el tiempo
y los signos fatales
que rodean su eterna soledad,
con sus cinco sentidos vigilantes
y sus miles sentidos ignorados;
con sus músculos bellos, armoniosos
como haces de cuerdas que vibraran
al golpe sólo de una voz excelsa,
con sus venas azules,
como serenos ríos de vida y muerte:
furtiva corriente
sobre espinas y rosas;
linfa amarga,
humanamente amarga,
contenida
por la presencia oscura
del ser y del no ser de noche y alma
y del eterno Ser que al fin llegamos...

XII

Es bello
el cuerpo
y su misterio;
íntegramente bello
como el sol entre los astros...

Tierra enaltecida
por el sagrado soplo silencioso;
profundo consuelo del espíritu,
como lo dijo el santo,
ascético y tremendo,
naturaleza triste
anegada en Dios
y en el abismo de su propio arcano.

XIII

Así, vencido en la tormenta
o triunfando de ella,
santo de luz o pecador sombrío,

es del hombre confuso el mayor miedo,
el infinito miedo,
su angustia y su sudor de sangre, y frío
delgado como el viento de las cimas solas,
encontrarse lejano de su cuerpo,
como espíritu puro
frente a Dios en silencio,
sin el dolor, humana compañía,
sin el dolor que Dios y el hombre aman,
sin el dolor: sabiduría;
sin el dolor: conciencia;
sin el dolor: amor
y amistad fiel
de la sombra y del alma.

XIV

El cuerpo es reposo del espíritu
y del cuerpo es consuelo la palabra
creadora,
sutil esencia
constantemente renovada
y perdida:
forma de persistir
y trascendencia
confiada al hombre eterno,
al hombre oscuro
dejado de la Divina Mano silenciosa
entre recuerdos,
desde la tierra o nube del origen.

XV

Origen del futuro
y del regreso,
del lado azul del tiempo
el espíritu aguarda el reposo del cuerpo.

Sobre el dolor y sobre el éxtasis,
sobre el silencio, la sombra,
y sobre el letargo de perfumes lejanos

de vagas reminiscencias
de rosas, humanas
como furtiva sangre contenida,
y seráficos lirios anhelantes;
sobre sí mismo
y su reposo,
el cuerpo sorprendido
volverá a ser el consuelo del espíritu
en silencio,
bajo la intacta claridad de Dios.

EL MURO

Beauty is truth, truth beauty, that is all
Ye know on earth, and all ye need to know

John Keats

I

Un muro en la tarde,
y en la hora
una línea blanca, indefinida
sobre el campo verde
y bajo el cielo.

II

Un pájaro —en hoja y viento—
ha puesto su canción más bella
sobre el muro.

III

Enlutado de su propia existencia
—detenida entre su breve sombra
y su destino—
un zamuro, bello por la distancia y por el vuelo,
infunde angustia en el alma profeta:
una fría angustia, cuando
certero, como vencida flecha
—oscura flecha que aún conserva su impulso inicial—
cae tras el muro.

IV

La vida es una constante
y hermosa destrucción:
vivir es hacer daño.

V

Pero el muro,
el silencioso y blanco muro
parece que nos dice:
"hasta aquí llegan tus ojos,
menos agudos que tu instinto.

Yo separo tu vida de otras vidas
pequeñas; pero grandes cuando el ocaso,
el oro insinuante del ocaso llega".

VI

Acaso tras el muro,
tan alto al deseo como pequeño a la esperanza,
no exista más que lo ya visto en el camino
junto a la vida y la muerte,
la tregua y el dolor
y la sombra de Dios indiferente.

VII

Dios —muro frente a recuerdos y visiones—
está solo, íntimamente solo
en nuestros ojos
y en el menudo nombre
que lo ata a las cosas;
a la seda del canto del canario
fraterno
y a la noche que vuela en el zamuro:
fúnebre, pulido estuche de cosas ayer bellas
o tristes
que habrán de serlo nuevamente
del lado acá del muro,
con el temor reciente de volver al origen.

VIII

¿Morir? . . .
Pero si nada hay más bello en su hora
—frente al muro—
que los serenos ojos de los moribundos,
anegados por su propio silencio;
perdido ya, por entre frescas espigas encontradas,
el temor de morir,
y de haber vivido, como hombre, entre hombres,
que apenas —oscurecidos en su existir—
los comprendieron.

IX

Entonces el muro
parece allanarse entre el olvidado rencor
y la esperanza:
Es súbito camino, no límite de sombra y canto,
ante un nuevo Dios que nos aguarda
—que nos aguarda siempre—
y no conoceremos
a pesar de que marcha en nuestras huellas;
que nos llega de lejos,
del lado de la luz,
y que vamos dejando en el camino,
como algo, que no es tierra,
atado, sin embargo, a nuestros pies.

X

El muro en la tarde,
entre la hierba, el canto y el fúnebre vuelo:
presencia del dolor de vivir
y no morir;
consuelo de volver, en tierra y oro,
con la inquietud de haber sido;
polvo y oro que regresa eternamente,
como la muerte cotidiana,
bajo el granado trigal de la noche insomne,
rumorosa de viento alto
y de luceros.

El sediento corazón siente leticia:
el corazón y las queridas, tímidas palabras
huelen, como el muro en la tarde,
a cielo y tierra confundidos,
cuando el morir es cosa nuestra
y, como nuestro, lo queremos.
Lo queremos pudorosos,
en silencio, sin violencias,
mientras los otros temen —aún distantes—
la sensitiva soledad naciente
para el hombre, no humano, y su destino
confuso.

XI

Porque no hay muerte sino vida
del lado allá del canto, del lado allá del vuelo,
del lado allá del tiempo.

XII

Vaga intuición de perdurar
frente a la muerte ambicionada
y oscura...
Porque la muerte, imagen de nosotros
y criatura nuestra,
es distinta a la no vida
que jamás ha existido.
Ya que el verbo de Dios, que todo lo ha dispuesto
en la conciencia del hombre, no pudo crear la muerte
sin morir El y su callada nostalgia
de pensar y sufrir humanas formas.

XIII

El muro de la tarde —atardecido en nuestra tarde—,
apenas una línea blanca junto al campo
y junto al cielo.
Misteriosa cruz que sólo muestra
su brazo horizontal.
Unida, por la oscura raíz,
a la tierra misma de su origen confuso;
y al cielo de la fuga

por el canto y el ala:
la noche impasible del zamuro
y el camino de oro del canario
hacia el ocaso.

XIV

¡El muro!
Cuánto siento y me pesa su silencio
—en mi tarde—
en la tarde del musgo
y la oración
y el regreso.

XV

Sólo sé que hay un muro,
bello en su callada soledad de cielo y tiempo:
Y todo, junto a él, es un milagro.

XVI

Sólo temo en la tarde —en mi tarde— de oro
por el sol que agoniza; y por algo, que no es sol,
que también agoniza en mi conciencia,
desamparada a veces
¡y a veces confundida de sorpresas!
Sólo temo haber visto algo:
¡lo mismo!
el campo, el césped;
la misma rosa sensual que recuerda unos labios
y el mismo lirio exangüe
que vigila la muerte.

XVII

Y sólo siento frente a Dios y su Destino,
haber pasado alguna vez el muro
y su callada espesa sombra,
del lado allá del tiempo.

ATARDECER

Camina, caminante, tu camino
sin volver al pasado que te sigue
como una sombra fiel,
la vista fatigada.

Vuela la luz en la mañana
alta
bajo nubes de sangre
y entre aromas y brisas
derramadas;
y se extingue en la tarde, apacible
como la voz de ausencia del canario
matinal,
tras el muro de seda de los pinos.

El agua deja,
por el sol herida,
formas de un artificio incomparable
sobre el verdor fugaz
de la campiña;
y con la luna,
silenciosa muerte,
penetra el sueño de la noche, inerme
frente a la soledad de las estrellas.

Sigue, como las nubes, el destino
que te impone la brisa
loca;
como el viento no guardes huella,
amiga o enemiga,
sobre el polvo de siglos del sendero;
como el canario,
menuda angustia melodiosa,
recata entre flores de pluma
la hiedra amarga del cantar;
como el agua persiste
con ingenua constancia renovada
multiplicando arenas y estrellas.

Cuando te falte el generoso impulso
que te hizo ver confiado

la hebra azul del horizonte,
sé dueño del secreto que aún te anima.

No intentes regresar
por entre sueños
hacia el pasado, que no te pertenece;
hacia tu obra hecha
y deshecha con la vida,
que no te pertenece;
hacia el amor o el dolor
hallados,
en horas de triunfo o de amargura,
que no te pertenecen.

Sólo eres dueño,
caminante
perdido entre recuerdos
oscuros,
de la ignota raíz de tus impulsos
hundida tenazmente
en la arena del alma
junto a sombras
que limita el instinto
en lo más hondo
en la parte más triste.

Sólo eres dueño
de la voz confundida en los susurros
de noche, viento y agua
con que empezaste a hablar
entre menudos ruidos,
como flores
en el umbral azul del nacimiento.

Sólo eres dueño de tu propia espera,
de tu audaz esperar entre fracasos,
de tu ansia de vivir
y de morir
calladamente,
entre cenizas,
como apagada rosa
sobre la tela de un ocaso lento.

Sólo eres dueño de tu propia alma,
la eterna prisionera desvelada
del cuerpo, hermoso
en su constante renacer fecundo,
mientras marches confiado hacia la cumbre:
furtivo caminante de la tarde,
adusta sombra llena de recuerdos.

LA SOLEDAD PERFECTA

I

Otoño en las hojas
y otoño en el alma.
En la penumbra de la tarde luce
el oro de las frondas entre aromas
que la brisa sutil ha derramado:
vaga sedancia de olvidadas flores.

Soledad de vivir entre memorias
confusas,
de vivir de la vida que nos queda;
intenso deshilar de horas felices
en las inciertas horas renovadas
por el manso fluir de la consciencia.

Soledad de pasar junto a ilusiones:
el nardo es una sombra de blancura
en la noche,
y, como el nardo, es otra sombra el alma.

Soledad de los seres y las cosas
que han perdido el color,
en la orilla sin fin del despertar.

II

Así la vida, con fatal premura
tala el cercado juvenil
y deja
sobre la tierra de áspera fragancia
cándida imagen de apagados lirios.

III

Vela tu despertar, ¡alma!... en silencio.
Cuida el tesoro de vivir callada
sobre tu propia ausencia,
vagabunda
por el borde en que estás del no morir,
perfecta, en ti, como una rosa
de seda y sangre;
y recia como una roca;
adusta soledad indescifrable
de arena y de siglos de constancia.

IV

Cuida la plenitud de estar contigo,
tímidamente lejos de los hombres
que reciben del numen que te guía
un destello sagrado;
y no lo entienden
porque de ti viviendo, ya son otros,
promesa y calma del atardecer,
como el vuelo de un ave en el ocaso.

V

Soledad:
Impasible compañera
que sigue al hombre
y sus pasadas huellas
hasta el extremo azul del caminar
y caminarse alma adentro
por los surcos de Dios:
el Dios que nace con nosotros, tierno,
el anhelo de Dios que hay en la mente,
la nostalgia de Dios que hay en la tierra
de que se nutre el ser,
el Dios de muerte y revivir fecundo,
que nada que ha nacido morir puede,
sino cambiar
y persistir cambiando:

semilla, espiga o alma,
trémulo ardor fugaz de la criatura
junto al perpetuo azar de la existencia,
implacable
en su callado devenir oscuro.

VI

Cuerpo:
Harina del molino de un mañana
que es un poco presente,
angustia de alentar
detenido en forma insuperable,
vaso poblado de reminiscencias,
estatua sensitiva de un minuto
sin término,
de un minuto audaz
de la Divina mano en soledad.

Vida:
Musgo apegado a piedra dura,
frágil sombra en la roca desolada,
frescura suave en el silencio de la estatua.

Alma:
Enorme soledad desconocida,
sendero de perfección inalcanzable
que incita al cuerpo
—morada pensativa y rumorosa—
hacia su propio fin
en el rehacerse lento de las horas.

VII

Lo que ha de vivir,
oscuro o luminoso,
escondida raíz o clara flor:
lo que ha de nacer,
trazado está,
y nada es nuevo:
ni la pena,

ni el gozo,
ni el misterio,
que es vuelo en el volar,
luz en el lucir
y angustia en el nacer de lo nacido.

VIII

Infinito es el vivir
en lo perfecto,
y nadie más cambiarlo puede:
en los ojos inquietos
que no sacia la luz;
en los labios sedientos
de sangre contenida,
y en las manos calladas
sobre el reposo de invisibles formas.

IX

Y el hombre,
misteriosa criatura cuotidiana
que marcha por su senda entre esperanzas
es memoria lejana de otros hombres,
eco afinado de otros sufrimientos,
conciencia aguda de pasadas horas,
de anhelos reprimidos,
caracol que en la noche, frente a un mar
de naufragar continuo
recoge el grito innumerable
del agua destrozada contra el viento,
el grito que rodando en el espacio,
en el ceñudo espacio sorprendido,
desnuda a Dios, como a una espiga,
tremendamente sola,
con el filo de luz de la tormenta.

X

¡Soledad!
Reverso inesperado
del tiempo:
de horas bulliciosas,

de voces encendidas,
de sedas y perfumes insinuantes.

Flor que ha dejado el torbellino,
aterrada, sutil,
pero firme...

Humana soledad,
heroica
en la renuncia de temores vagos,
en la renuncia de vivir en términos
marcados con palabras
que se borran o se afirman
en el último encuentro del hombre
con su delgada sombra,
en donde un signo
—el trazo de una cruz sobre la hierba—
dice al inmerso de su propia alma:
has de seguir viviendo de ti mismo,
renovando tu ausencia entre los hombres
bajo la hiedra lenta de la muerte.

XI

Hombre:
Rincón de vida
y de memoria sensitiva.

Hombre:
Criatura y creador.
Rebelde, limitado, confuso,
siempre de regreso
desde la oscura raíz del nacimiento,
siempre de regreso hacia el misterio
que atrae con su llanto desvelado,
hacia el vago temor de la inocencia...

La inocencia...
hallazgo al fin, frente a Dios,
de amor y de crueldad divino enigma
y, como el alma, en soledad perfecto.

SECUENCIAS

Vetustatem novitas,
Umbram fugat veritas
Noctem lux eliminat

Santo Tomás

I

Y ahora borro con mis pasos de hoy
indiferentes mis pasos de ayer.

Menos que la arena
movediza: mi alma fugaz y eterna.

¡Señor!, del verbo luz en cada hora,
renovado en el hombre oscuro,
imagen tuya:
presente grave de futuro
y de pasado; único en el dolor
de lo nacido:
en el bien y en el mal que de Ti emana
como el agua del agua eternamente.

II

Arduo misterio incomprendido,
pero hermoso
como *celistia* sobre noche oscura:
Estatua de la luz en piedra intacta,
en mármol negro
coronado de estrellas luminosas:
Fronda de Dios sobre el dolor del mundo.

III

Verdad de los hombres,
verdad sensual que tanto ha creado
pero que Dios la teme,

pero que Dios la ama
como su propia imagen esculpida
sobre el haz de la tierra.

IV

Porque la luz está hecha de Ti mismo, ¡Señor!,
y Tú lo ignoras en tu sombra
serenamente sola sobre el mundo.

V

Severo domador de las palabras
profundas: —¡poeta o santo!,
no es la verdad lo que es...
¡Nunca lo ha sido!

VI

El que dice: —Yo he visto;
dice mentira.
El que dice: —Esa flor es roja;
dice mentira.
El que dice: —Es blanca la blancura;
dice mentira.

VII

Nadie sabe si el blanco es blanco,
ni si el rojo es rojo.
Nadie sabe en su íntima conciencia dolorosa
asustada de su propia inhumana trascendencia
qué es verdad, en lo que es, de la verdad.

VIII

¡Todo es un juego de la luz!...
Y Dios eternamente en "noche oscura",
unido al hombre que le ama y que le teme,
también es noche oscura
sobre la propia vida derramada.

MISTERIO

I

Herida bestia
que el dolor sorprende
en mitad de la vida de la selva.

Profunda en su pequeña gracia minuciosa
y en el ritmo fatal de sus instintos.
Vivir, apenas detenido,
en un lento correr hacia la muerte.

Miniatura perfecta
en el morir
de la herida que desató el ovillo
de seda de su piel.
Honda insinuación, profunda de misterio,
en tan pequeña cosa...
Desnuda soledad inerme
junto al filo de luna de la noche.

II

Humana por el dolor,
pequeña bestia
unida al hombre
por un hilo de miedo:
de Dios:
infinito como la sombra
que de El nace.
Dios que muere,
callado en vida simple.

Animal-Dios más que Hombre-Dios.
Corriente oscura: la vida derramada
por el reverso del tiempo
y por la noche
entre jazmines de perfume agudo
y rosales de aroma sosegado.

Contenida fluencia indescifrable
de un torrente de sombras y recuerdos;
apagado dolor,

ínfimo dolor
sin embargo mortal
de la criatura inerte
sobre trémulas hierbas enlunadas
de fría noche indiferente.

III

¡Ayer...! ligero andar por entre el bosque:
su misterio rodeado del misterio de la selva.
Los ojos ágiles,
las garras ágiles,
lo mismo que la honda,
confusa raíz de su destino.

¡Ahora...! rota agilidad,
toda nocturna la pupila,
mientras el alba asoma
entre espigas y cándidos celajes.

Anima el viento musical y fresco
el canto limpio de nuevas aves,
indiferentes desde sus amores.

En los pequeños ojos abatidos
hay una inmensidad de muerte
junto a la vida que despierta
en la hoja y en el canto.

IV

Vivir es también morir,
morir de lo vivido diariamente
y entrever el futuro en lo ya muerto:
tremendo gozo de contemplar a Dios
vuelto conciencia
y dolor en la herida.

V

No es pequeño morir en lo pequeño,
ni grande en la grandeza:
uno y nuevo en la esperanza

desesperada de encontrar salida
al cerco en que alentamos prisioneros...

Sólo teme el morir
el que no está muriendo
y lo contemple ensimismado
desde el lindar, de afuera del misterio,
viviendo, con su vida, muerte triste.
Herida bestia, que en mitad del bosque,
cumple, sin comprenderlo, su destino...

Pero la muerte la hace humana,
dolientemente humana, como el ojo
del hombre, cazador de sombras fugitivas
que se llenó de muerte con su muerte.

SERENIDAD

Un pino de brisa
suavemente dormido por el canto del río.

Serenidad de agua aprisionada:
En el verdor de las orillas
y entre la luz fugaz de la hora,
el agua también tiene algo de brisa
y de hoja.

El pensamiento sueña
—no duele ni ríe—
en la dulzura irreal del paisaje.

Armoniosas figuras paralelas
definen, con la sombra, sin profundidad
el prolongado silencio de los árboles.

El pensamiento viaja
entre la quietud del monte cercano,
azul, verde y oro,
y la movilidad del agua,
entre la realidad de lo persistente
y la realidad de lo fugaz,
entre la roca que destroza el agua

y el viento,
entre lo que permanece y lo que huye,
entre el alma,
débil corriente melodiosa
y Dios, perennidad de lo fugitivo
y fluir de la eternidad.

El río tiene susurrar de hojas
y el pino murmurar de río
bajo el ritmo cansado de la hora.

Sobre la copa de los árboles
la noche comienza a devanar estrellas,
y el pino ligero
se llena de una sombra,
tan profunda que parece nacer entre sus hojas.

Crece silboso con el viento;
diríase una flauta lejana
entre reminiscencias
de otros paisajes;
diríase una melodía
que hace parpadear los luceros;
diríase una llama negra
sobre la cinta acerada del río
inconstante y perenne.

El pensamiento viaja,
sin angustia,
por el espacio simple
como el agua, aprisionada entre verdes nocturnos,
y siente que el paisaje,
el alma y la tierra,
tienen el áspero olor
de la muerte y de las hierbas.

La noche es como un espeso muro,
tierra o hiedra,
que aprisiona
el espacio y las almas.

El árbol de brisa,
ágil, rítmico, sonoro,
se refleja en el río,
como en el río de Dios el pensamiento vigilante.

Entonces el pino es una idea estática,
el pensamiento una sombra estática
y comienza a deshojarse el recuerdo...

SOLILOQUIO

I

Unas tras otras
pasan las edades,
pero el hombre es el mismo.
Su soledad no cambia con el tiempo;
no cambia con la hora fugaz,
o fecunda
ni con el llanto,
ni con el grito,
ni con el beso.

II

Nacer: partir,
y morir del volver
en cada instante.

III

En la mano de Dios
está el camino:
el retorno infinito hacia el futuro
que amamos y tememos
confundidos,
sedientos del secreto del origen
divinamente humano.

IV

Pasan los siglos
sobre nuestros huesos
y los hace polvo

la sal de la tierra
áspera;
pero queda vivo,
inmortal, como Dios, el pensamiento.

V

El que nos hace nuevos,
por un mundo entre ruinas,
siempre nuevos,
angustiosamente nuevos:
el que nos da la forma
de la vida.

VI

Lo que queremos ser
y lo que fuimos
porque, mientras vivimos nunca somos;
no hay presente:
venimos y nos vamos,
callados, engañando el vivir
con lo vivido
y vueltos hacia Dios
que, desde que hizo el mundo
es el futuro.

VII

Su verbo nos dio la forma
de la vida
y de la muerte,
y creó con un soplo
generoso
un punto en el espacio
cargado con su esencia
como nube que apresa el vendaval
entre sus gasas.

VIII

Y así nos dio la pasión
de ser humanos,
de sufrir la presencia de Dios en nuestra carne,
de sentir junto a ella

su soledad soberbia,
su omnipotente soledad callada;
y nos dio la palabra
que El no tiene,
angustia y muerte,
que El no tiene;
pero es hermosa y nuestra,
la palabra.

IX

Porque si Dios habla
en pensamiento,
nace un río,
nace un monte,
nace el mar.
Pero cuando el hombre habla,
el río es claro, fresco, bullicioso
el monte adusto
y armonioso,
y el mar azul.

Y Dios inmensa soledad callada
no entiende al hombre, en sus palabras.

X

De allí la angustia
que el hombre lleva en sí,
semilla de su vida y de su muerte;
y de su fe y de su rebeldía;
de sus plegarias y sus maldiciones...

Y todo cuanto existe es la palabra,
la menuda palabra sensitiva,
flor, cuya raíz está en el alma,
cuya raíz está en la muerte,
en el río de la muerte,
que nace en cada hombre,
con frescura de alba en el nacer
pero nunca se apaga en el morir.

XI

Dios dice con sus signos
lo que pasa;
pero nunca lo que queda sin pasar.
Su omnipotencia es incapaz
de dejar el camino a medio hacer,
de dejar la palabra a medio andar.

Por ello el hombre
que siempre tiene algo que decir,
creó a la sombra del Dios callado
su mundo de palabras,
nuevas, para él y para Dios,
y así vive sin vivir,
y muere sin morir,
muriendo y renaciendo a cada hora
hasta el fin de los siglos...

Y cuando vuelva a reinar
el silencio de Dios sobre los hombres,
olvidaremos todas las palabras:
las hermosas palabras,
y entonces no será claro el río,
verde el mar
ni azul el pensamiento.

SI YO FUERA MI ESTATUA

That Beauty in which all things work and move.
Shelley

I

Si yo fuera mi estatua:
¡Un bello gesto eternizado
—de firmeza, de triunfo o de pena—
sería de todos comprendido!...

Pero tengo estos ojos
fatigados de ver junto a las sombras
en donde sangra el pensamiento;

pero tengo estas manos que acarician
y hieren y me hieren
con sus oscuros signos imborrables
junto a impaciencias siempre renovadas;
pero tengo este olfato que me induce
a sospechar la muerte
tan serena entre violetas, lirios y rosales;
pero tengo esta inmensa soledad
—¡Alma!
que de mí nace—
y me duelen las palabras, propias y ajenas,
anegadas de noche entre recuerdos,
tiernos, ásperos o crueles,
como los ojos del amor
o como los labios de seda del silencio;
pero tengo esta carne y estos huesos
que me unen a la tierra
y su misterio profundo;
y esta sangre ardiente,
río de muerte y vida que discurre
del corazón confuso a las palabras.

¡Las palabras!
—hojas marchitas que una brisa leda
esparce, entre el verde dilatado,
por la insinuante juventud del huerto...—
las palabras audaces que se alargan
en un afán de dominar, calladas
como saetas, con la muerte implícita,
lo Bello eterno, en donde cada cosa,
radiante o escondida
labora y se transforma,
por oscuros designios conducidas
al fin.

II

¡Si yo fuera estatua!
O Tu imagen, ¡Señor!, únicamente,
frente al misterio,
dueño de ese misterio, que es Tu patria,

con forma definida, distinta de Tu forma,
parecida a Tu esencia;
pero más bellamente humana en sus contornos.

III

Persistente en medio de los hombres,
limitada en medio de los hombres
y junto al labio del musgo taciturno.

IV

Entonces los niños y los viejos,
los buenos y los malos
y los indiferentes
comprenderían mi vida,
mi incierta vida suspendida,
mis huellas sobre el polvo que trasiegan los siglos...

Y he de vivir pensando en esta forma perfecta
de mí mismo,
que hago y que me hacen con invisibles sueños
o con débiles manos fatigadas,
el pensamiento amigo
y el pensamiento hostil
y mi conciencia.

V

Forma que traigo infusa en mi destino
desde el alba del grito, entre sollozos,
con que me ató a la tierra el nacimiento.

VI

¡Serena soledad, como de mármol,
como de luz y de silencio increados,
en su mudez eterna, impenetrables
al ajeno mirar!

VII

Pero tengo esta angustia de morir,
morir viviendo entre ansias no logradas;
vivir muriendo con mística impaciencia
entre la noche oscura
del melodioso Santo,
junto a su fuente limpia
de constante manar indefinido
y el cálido ventalle de sus cedros.

VIII

Si yo fuera
un bello gesto indiferente
y comprendido,
un destello de Dios sobre la tierra oscura
de los hombres...

¡Si yo fuera mi estatua solamente!

¡COMO SERE!...

I

Mi deseo no está en mí
sino fuera de mis ojos.
Tampoco soy lo que ahora soy
sino lo que seré.

Vengo de lejos
pero mi camino
es corto
y lo hecho no estará
todo
en lo que habrá de ser.

Mi angustia de vivir
es no regresar,

pero en el regreso,
no sé adónde
está mi ilusión.

¿Cómo seré? ¡Nadie podrá saberlo!
Ni tampoco lo sabré yo, cuando ya sea.

II

¿Poblado o solitario
fue el sendero?

La cumbre azul
sedujo mis miradas,
mas cuando llegué a sus cimas
vi el abismo
y dentro mi conciencia
me perdí,
y habiéndome perdido
de nuevo me encontré
para seguir idéntico camino.

III

Don es de mi vida
ver siempre hacia el futuro,
con paz o con temor
en el presente
y sin dejar de mirarme en el pasado.

IV

Siempre he sido
idéntico a mí mismo
idéntico y distinto en cada cosa
y en todas uno.

V

Huyo de mi propio corazón
y de mis sueños,
de mi angustia

y de mi soledad,
de mi silencio y de mi ruido,
de mi afán de partir
y mi esperar.
Mas, ¿cómo seré
cuando mis ojos
ya no vean,
cuando mi boca no diga lo que siento,
cuando mis manos no acaricien lo que amo?
¿Seré un remordimiento
o un placer?

VI

Pero mi corazón
es carne de recuerdos
y mi cerebro tierra de esperanzas,
y mi amor ancla y nube,
llegada y despedida,
persistencia y fuga;
mi amor: ¡la forma de mi vida,
toda en una palabra
que aún es nueva!

HALLAZGO

I

¡Sí!... La vida no es más
de lo que es;
no es más que esa rosa
y su perfume;
que esas estrellas
y su luz;
que ese grito
y su desconsuelo;
que ese canto
y su cadencia;
que ese guijarro

y lo que hiere;
que esos labios,
promesas de palabras
buenas o malas
y que esas manos,
sendas de caricias
inquietas
o posadas de amor.

II

¡Sí!... La vida no es más
que todo esto,
conocido, temido
o desdeñado;
de todo esto
que, indiferente, se repite
y se renueva,
en caricia, en herida
o en espera.

III

Pero, sin embargo
todo es bello y noble en su momento;
cuando lo mira, quien lo mira,
como se debe mirar lo que se mira;
cuando lo aguarda, quien lo aguarda,
como se debe aguardar lo que se aguarda;
cuando lo teme, quien lo teme,
como se debe temer lo que se teme;
cuando lo halla, quien lo halla,
como se debe hallar lo que se halla,
después de olvidado, como se debe olvidar
lo que se olvida.

IV

Sí... La vida no es más
que todo esto,
pero es algo,

cuando se puede vivir como se debe
y cuando se puede ser,
como lo quieren,
los que saben amar cuando se ama.

DIGO MI CANTO

I

Ahora, como ayer
digo mi canto,
y el eco de mi antigua
canción
hoy se renueva
claro de soledad
o ignoto de silencios
humildes,
como un rumor de agua
entre las hojas.

II

Digo mi canto
con las mismas palabras,
usadas por mi.
Y siento sin embargo
refrescarse,
y refrescarme todo,
interiormente,
la presencia constante
de un recuerdo:
raíz dulce o amarga,
hilo de sombra o luz
que une mi vida
con lo grande y lo pequeño
que he tenido:
Con la hierba
y su aroma,
con la hormiga

y su noche,
con la brisa y su ruido,
con la tarde y su ausencia,
con el alma y su angustia,
y con el silencio
que de mí nace
y en mí muere
para volver a surgir
calladamente.

III

Un día
ya no diré mi canto,
pero voces claras,
como el tiempo
y con el tiempo,
volverán a decir
lo que yo dije,
como lo hago yo
con otros cantos.

IV

Y la palabra
que encadenó mi alma al infinito,
resonará fecunda
en la esperanza
o en la angustia
de unos labios que rezan,
de unos labios que aman,
de unos labios que temen,
de unos labios que esperan,
de unos labios que llaman.

V

Sorprenderé
voces tiernas,
como espigas,

que llenarán mi hora
con su gracia
y el minuto con su pena
y el tiempo
con su infinita soledad.

VI

Voces que me dirán:
apártate,
no temas,
que ya todo está hecho;
o prosigue, solícito,
que te falta aún camino:
el mismo que te trajo,
y que te impulsa,
y que todavía ignoras,
cómo fue
y que nunca sabrás cómo será.

VII

Pero yo
sin embargo,
en soledad
y de la soledad acompañado
por entre próximas lejanías, sigo
fiel a mi canto, como es
o como ha sido.

Mi canto humilde,
mi canto orgulloso,
mi canto que es el canto
de muchos,
muy cercanos
y que seguirá siendo de otros,
muy distantes,
con mis palabras
o con sus palabras,
eternamente.

REITERACION

I

Pronto llegó, pisando sobre el silencio,
la distancia;
y la cumbre azul
y armoniosa
se hizo abismo,
cuyo fondo es, como la nada,
entre lo que no ha sido todavía
y lo que habrá de ser,
esperado o temido.

II

Y si no habré de ser
como fui,
¿Por qué tanto empeño en ser
como soy?

III

La soledad que ahora me rodea
es como una amable compañía,
como una voz que regresa,
como un perfume que me alcanza,
como un canto,
todo mío,
porque de mí nacido
y apartado,
hacia mí, vuelve nuevo
en la hoja,
distinta y la misma
cada día,
hacia la misma brisa,
compañera y fugitiva,
y bajo el mismo sol
y bajo el mismo canto
eternos para el dolor
y para el amor que en todo existe
junto al hombre y su triste realidad.

IV

Y llegará un momento
en que todo será, ¿cómo?... Dios mío:
Acaso un sueño,
una penumbra,
un despertar.
O será éste en que vivo
aquel momento,
porque, siendo lo que soy
soy lo que fui
y sólo como fui,
y el futuro temido
y anhelado,
no será más que un regreso.

V

Misterio, el hombre es
sobre la tierra.
Misterio: amor y muerte.
Misterio: sombra y luz.
Misterio: grito y llanto...
Misterio: inmenso muro doloroso
que el pensamiento ha creado,
con su propia soledad,
inmensa soledad, Dios mismo,
divinamente escondido
en la humana concepción de lo perfecto;
dulce y trágica nostalgia del hombre
y nada más...

SOLO EL HOMBRE

Man is not man as yet.

Robert Browning

I

Sólo el hombre
vive fuera de sí mismo,
fuera de lo que es

y de lo que ser quiere
frente al intacto silencio
de la nada
con su rumor a todo indiferente.

Distinto
en el anhelo
que reclama;
en la esperanza
que confunde
y el amor que detiene.

II

Todo está
por su forma
limitado
aun en lo que de su seno emana:
la rosa por su aroma,
la estrella por su luz, ¡eternamente!...
Pero el hombre,
confusa criatura solitaria
entre todas
es distinto a sí mismo
a cada instante,
porque viviendo, muere
constantemente, por minutos,
y por minutos
constantemente se rehace
para seguir, ¿adónde?

III

Distinto todavía
en la ingénita sombra que lo sigue,
viajera de su ausencia.
Distinto con el alba
hija también del canto
del desvelado ruiseñor
que tanto sabe;

distinto también en la raíz
amarga
del primer grito
que le viene de lejos
siendo suyo.

IV

Todo está perfecto
en lo que está
y dar no puede más
en cuanto es.
Sólo el hombre
es testigo,
doloroso y paciente,
de su infidelidad,
pues ni siquiera es
como lo ha querido
su conciencia
que lo mantiene oscuro
entre signos ofuscados
de los cuales su vida es uno más.

V

De allí la angustia de ser
y de no ser
y de volver a ser
eternamente
sin saber que se es
ni que se ha sido.

VI

Sólo el hombre
vivir puede fuera del mundo
en donde alienta,
infinito misterio
con nostalgia y afán de ser perfecto.

REFLEXIONES

I

La vida es sólo una penumbra
que apenas puede adivinarse
entre el nacer y el morir.

Entre lo que dejamos
con un grito sin humano sentido
todavía
y lo que encontraremos en nosotros
por nosotros mismos.

II

Hombre de conciencia oscura,
de tu carne y tu alma atormentado:
Hombre que así te llamas
como llamar pudiste
árbol o roca,
tu existir entre ilusiones
es sólo un miedo al recuerdo
de lo que fue y de lo que será.

III

Sí... Vivir y morir
es todo uno.
Y el alma, ahogada de infinito
se consuela
recorriendo un camino
ya acabado
y que constantemente se comienza
y enmienda.

Mas, cada yerro es sangre
sobre el polvo,
que hace nacer más sangre
entre los hombres
desolados.

IV

El niño,
impaciente criatura atormentada,
adivina el mundo
más que el hombre,
de todo olvidador
y de su olvido esclavo.

Sus juegos son presencia
de la vida
—de su vida armoniosa—
y de su propia penumbra.

Y así lo saben todo
sin saberlo,
que es la ciencia
de conocer mejor lo que se sabe.

V

La penumbra es la sombra
de la sombra
y también la sombra de la luz.

Los niños lo adivinan
y juegan al misterio
del grito que regresa
y los colores
y perfumes de muerte, vida y amor
dentro de una inesperada conciencia
de las cosas.

VI

Y confían en su mundo,
acaso más grande y solitario
que el de los hombres mismos...

Con recuerdos dejados de los otros
crean su mundo,
lógicamente absurdo
como todo lo hecho
de la mano de Dios
o de los hombres.

Y sienten en sus juegos,
el dolor,
la angustia,
la insaciada tortura
que ha madurado el ser sobre la tierra.

VII

Con cuánto afán de sufrir
el niño llega,
del oscuro palacio de su origen
al desierto solar de su existencia.

Y quiere ser hombre
para amar y sufrir como los hombres;
para ultrajar al compañero,
para robar al compañero,
para burlar al compañero
y para redimir,
triunfando de sí mismo,
al compañero.

VIII

Por ello, para el niño,
vivir es un largo, intenso viaje
en un trapecio
atado a un árbol,
o simplemente a una hoja
con sol y pájaros
y su canto.

IX

Para el viejo vivir
es regresar de la hoja
hacia su alma,
caminar alma adentro
lo que el niño vivió en la hoja
y más allá.

X

Cuando en la selva
sorprendido de su voz nueva
el hombre gritó ¡amor!
sintió miedo:
el mal y el bien nacieron juntos.

En torno al gozo
la imagen de la muerte
y frente a ésta, el triunfo de la vida,
porque la voluntad de morir
en veces es resurrección:
vivir para morir es el amor
en una inmensa cercanía de dos.

XI

Así, el suicida
que elige el cementerio
para concluir
ha ya resucitado
entre los muertos.

Pocos concurren sin embargo
a morir entre cipreses.

XII

Acaso los muertos
saben menos de los vivos
que nosotros de ellos,
mas, quieren conocer en nosotros
lo que fueron;
cómo pensamos todos sorprender lo que seremos
en su lejano silencio familiar.

XIII

Nietzsche divino loco
trazó el itinerario
del eterno regreso,
con rojos puntos dolorosos
en un mapa de sombras pero de hallazgos
infinitos.

XIV

Ego sum qui sum, dijo
—sobre el monte callado
y la zarza de ardor inextinguible
y el ser que lo escuchó—
quien es, lo que es, por lo que dijo.

Porque sólo persiste
la palabra,
la tierra creadora
que une el pensamiento a la materia
y lo pequeño al infinito.

XV

¡Si Dios no hubiera dicho...!
habría muerto entre nubes,
pero el hombre tomó la palabra ignota
y creó su propia imagen,
como es;
¡y su amor y su miedo,
y su angustia de ser y de no estar,
y su origen y su fin,
y su día y su noche,
y su paz y su ansiedad,
y su sed inagotable de seguir!

XVI

En realidad, no hay muerte
ni vida.

Cuna y sepulcro en un botón
hallaron, las rosas
de Pedro Calderón. ¡Cuna y sepulcro...!

Poca es la diferencia
aun en la forma.

Y ante una y la otra igual misterio
y brevedad de tiempo.

PAUTAS

(1973)

Para Niko
que tanta luz ha dado
a mis poemas.
F. P. C.

REALIDAD

Nadie podrá decirme
lo que he sido,
ni cómo he pasado
entre los hombres.
Elogios o diatribas
poco llegan a mi corazón,
y no siento ya alegría,
ni tristeza,
con las palabras
que los otros dicen.
Sin embargo
amo la vida porque es bella,
porque hay flores
en los jardines
y amor en las almas;
porque hay un pájaro,
minúsculo amigo melodioso,
que me despierta en la mañana,
sobre la rama
aún nocturna del naranjo,
y es amarillo
como sus frutos maduros
y tiene el pico claro, como el día,
y una queja remota
que se enrosca en su canto.
Amo la vida,
desde el pequeño rincón
de mi existencia,
porque el chorro de agua,
de la fuente,
es blanco y se llena de luz,
porque el cielo es azul,
con nubes, como huellas
de algo que existió, silencioso;
y dejan un camino y siguen otro
en la tarde,
matizado minuto permanente
y nuncio de otra alba,
cada día.

Y porque la campana,
distante
entre espigas y cantos,
llama a misa
a quienes aún despiertan
con el color de Dios en las pupilas.
Amo todas estas cosas,
simples, en realidad,
a pesar de su misterio
ingente . . .
y amo a los que me siguen
y a los que sigo,
entre alegrías y dolores,
confiado o temeroso,
y aunque me duele,
a veces,
amo también mi orgullo,
tal como es,
vigilante,
erguido
o desdeñoso.
Y es por esto,
por este dolor
que siempre me acompaña,
que puedo permanecer,
entre los hombres,
idéntico a mí mismo,
sin soberbia,
angustia
ni rencores
y junto al ser y el no ser
de lo que ha sido.

NO ES LA VIDA

I

No es la vida lo que somos;
ni lo que pensamos ser;
ni lo que queremos;

ni aún lo que quieren
los otros que
seamos.

II

Es camino
y sólo camino
entre extremos borrosos
que al fin
—un día—
se encontrarán.

III

Y vamos,
con zozobras,
sin atinar a conocer
dónde pisamos
el polvo
del sendero
por nosotros mismos,
y por otros, ya marcado.

IV

Marchamos,
con la luna,
con el sol,
con el viento
y con la propia estrella,
¡tan confusa!...
¿Hacia el Norte
o hacia el Sur
o hacia nuestra propia oscuridad?

V

Pero hay momentos,
acaso los mejores
en los que hacemos del Norte Sur,

o lo contrario,
y cuando sentimos
que todo pasa
como vago recuerdo a nuestro lado,
ajeno y propio al par.

VI

Y entonces somos dueños
de nosotros,
de nuestra propia hora,
en un mínimo espacio indefinido,
y en un paisaje propio,
apenas entrevisto
en la derrota,
y siempre sospechado en el recuerdo,
y entre árboles muy solos
y muy viejos
que, sin embargo, nos parecen nuevos.
Con abatidas casas
de techos arruinados
junto a sombras de yerbas
y colores ya marchitos,
que a pesar de ello
nos parecen nuevos.
Con voces fatigadas
de tanto repetir las mismas cosas
entre halagos, angustias y miserias,
que nos parecen nuevas.
Con rostros heridos
por el tiempo,
vueltos hacia un pasado
—ya pasado—
que a pesar de ello nos parecen nuevos.

VII

Mas, llega un instante
en el camino
que, si durara un poco más,
sería la muerte,

—esperada o temida—
y entonces comprendemos
(porque todo es, como es
a cada hora),
que nada en el ocaso ha sido antes:
ni la hoja, ni el viento, ni la espiga,
ni el silencio que nace con la sombra,
ni el Dios que ensimismado nos vigila
desde su propia soledad distante,
desde su indiferencia, tan cercano,
y tan nuestro en el ansia que nos guía.

VIII

Mas, de pronto resurge,
siempre fiel,
una hora de íntima soledad
—ni indiferente ni afanosa—
y el dolor, a pesar de ello,
sangra, furtivo, en nuestros ojos,
fatigados de ver;
en nuestras manos,
cansadas de tocar;
en nuestra voz,
lejana al propio eco,
tan querido;
en nuestro olfato,
confuso de perseguir senderos
de aromas fugitivos;
y en nuestros labios,
tan nostálgicos de besar, sin asir
las mismas sombras.

IX

Y al fin solos y ausentes
de nosotros mismos,
—y confiados todavía—,
regresamos al punto de salida,
y nos sorprende el reencuentro,
distinto y ajeno a nuestros ojos,

como si todo fuera ya concluido,
y el porvenir,
también,
como un pasado.

X

Y asoma, a nuestros pies,
callado abismo...
Y de frente,
hacia la nube que vigila,
ribeteada de luz su propia sombra,
miramos
el inmenso silencio,
que nos ata a la hora
y a su fuga...
Y de pronto sentimos
entre vagos hallazgos sospechados,
como un lejano canto,
que nos llega:
canto —o espiga de oro sensitiva—,
que nos une a su nada luminosa,
y bendecimos el canto y su destino.

COMENTARIOS

Cuando dura lo que pasa
todavía.

Unamuno

I

¿Al fin encontraré
lo que siempre he buscado?
¿pero qué será entonces?
El afán de vivir,
firme, en cada hora,
no es más que el temor a no ser.
Si supiéramos algo,
por poco que fuera,
¿Qué nos importaría la vida?

Escuchad el sueño que he tenido, amigos
y ayudadme a descifrar su sentido oculto.

Nietzsche

II

Todos decimos
que el rojo es rojo,
que el blanco es blanco
y que el amarillo, y el azul,
y el violeta
siempre serán lo mismo;
porque así lo aprendimos;
mas, tal vez el verde,
para mí,
sea azul,
y el azul rojo...
¿Alguien podrá decírmelo
algún día?

En algún recodo melodioso
de frescas ramas e infinitas sombras,
cantor de los estíos.

Keats

III

La sombra fiel
que pesa, cada día,
sobre el pino,
agudo
y lento
—que miro desde mi ventana
ha tanto tiempo—,
hoy me pareció
más ligera,
y fue que un pájaro,
escondido entre ella,
me reconcilió con su silencio.

Cómo se viene la muerte
tan callando.

Jorge Manrique

IV

Después de estar
junto a la muerte,
tan callada, he vuelto a la vida,

como siempre,
a raíz de un corto viaje,
con nostalgia;
pero, sin embargo,
he vuelto,
con algo en las pupilas
que me hace ver las cosas tan distintas.

Me siento feliz admitiendo que en mí
hay cierta poética habilidad.

Burns

V

Desde niño me dijeron
poeta,
porque jugando
hice unos versos;
y he vivido fiel a ellos,
aunque,
en verdad,
no me acuerdo cómo fueron;
pero sé, sin embargo,
que están en el fondo de mi alma,
tan frescos, como el día mismo
en que los hice.

El hombre es la medida de todas las cosas.

Protágoras

VI

Pensaba siempre en algo
que me causaba miedo,
porque estuve a su lado,
en peligro.
Era un barranco,
muy hondo,
y con agua, en el fondo,
muy oscura.
Pero un día
—pasados muchos años—,
de pronto me encontré

frente a él...
Y vi, sorprendido,
que del fondo a la orilla
apenas tenía un poco más de mi tamaño...
¿Serán así todas las cosas?

> Menos cansado que confuso.
>
> *Góngora*

VII

Después de tramontar
callada cumbre,
en medio del silencio
que en mí nace
me siento sin fatiga,
pero sí, descontento del pasado
y confuso, a la vez
del porvenir,
que empieza a parecerme ya concluido.

> Sobre un ramo florido
> oscilando en la brisa.
>
> *Coleridge*

VIII

¡Pájaro melancólico
y raudo,
por qué he de seguir pensando,
siempre en tu belleza,
cuando la noche borra,
con su seda,
la última,
huella de tu canto!

> La lámpara es un corazón
> que se apaga.
>
> *Reverdy*

IX

También el corazón
es una lámpara que se extingue,
pero deja en la hora su recuerdo.
¡Acaso en un canto!

¡Acaso en un lamento!
¡Acaso en algo,
no entendido,
muy nuestro
y muy de todos
que volverá a ser como antes era!

La noche jamás es completa.
Eluard

X

Siempre,
al fin de la noche,
está el oro del canto
del ave,
amiga o desconfiada,
que rompe la unidad
de la sombra
y abre un nuevo camino
en el silencio.
Mas, a pesar de la esperanza
fresca,
y del triunfo matinal,
permanece en la conciencia
temerosa,
como el vago recuerdo de un fracaso.

Del azul eterno la serena ironía.
Mallarmé

XI

Sentir en la belleza
siempre la belleza,
es hacerla triste.
Y es hermoso
encontrar belleza en la fealdad.
De allí la ironía,
serena del azul,
que no lo entiende.

Juventud, divino tesoro.

Darío

XII

Así dijo Rubén
y así lo pienso yo;
pero a veces creo
que es también un tesoro
la vejez,
porque si la una es un camino
hacia adelante,
la otra es un sendero de regreso,
y si aquél está urgido
de esperanzas,
este otro está poblado de recuerdos.

MISTERIO

I

Escribo este poema
como si fuera
el último.
Como si todo cuanto miro
ahora,
en torno mío
recreara el signo,
sin embargo amable,
de cosas desechadas,
que un tiempo fueron bellas:
¡Son tantas
las mentiras que he vivido!

II

Se nace,
con polvo de llanto
en la conciencia
y, por rincones
de estrellas,

se aprende la sonrisa.
Y la primera,
en nuestro rostro,
por ella apenas cincelado,
es la primera línea
sensitiva,
el primer rasgo noble,
el primer confín,
íntimo
que nos separa de los otros seres.
Y nos abre el camino,
el laborioso camino,
alma adentro,
hacia un mundo propio,
de uno mismo ignorado,
pero tan nuestro,
como las manos
y como los ojos
que todo lo tocan,
ofenden
o acarician
en cercanía o en distancia.

III

¿Será este mi último poema?
Es la pregunta
que siempre me hago,
ahora,
cuando escribo.
Y siento
en la penumbra de lo que ha de ser,
iluminada en veces de reminiscencias,
el temor,
desde luego confiado,
de una última sonrisa:
Raíz luminosa
y apacible,
oculta, casi toda,
y aun firme,
de lo que no pudo ser.

IV

Pero sigo, ignorando
si el que escribo,
atento a lo que hago,
será mi último poema
y acaso,
en el breve silencio que lo siga
el más querido.

V

Ignoro si será,
éste el canto
de mis cantos,
como ignoro también,
aun cuando sé que no me faltará,
su presencia,
en la hora oportuna,
qué rasgo asumirá
mi última sonrisa,
la más mía de todas,
cuando ya no oiga a los hombres,
mis hermanos,
sino como un rumor distante,
de hojas y de brisa,
en una inmensa noche desolada.

PERSISTENCIAS

(1975)

ENTRADA

La poesía es siempre hallazgo... De pronto sorprende al caminante (el poeta siempre lo es), un bello paisaje. Se detiene. Luego sigue. Y entonces lo que perdura entre la efímera estación y el inmediato pasado, es un poema. Un poema que al instante comienza a surgir, vuelto hacia el futuro. Ya que todo cuanto logra persistencia, después de una fugaz emoción de belleza: de gozo o de melancolía—, un canto habrá de ser, si no en la realidad, en la memoria del eterno viajero, que es el hombre.
Un canto generalmente otoñal, así hayan estado florecidos los rosales.
Fue Paul Verlaine quien dijo:
"¡Yo temo siempre
lo que ha de venir!"
Parecido temor impulsa nuestros ofuscados pasos hacia el misterio. Y no sólo en pos de aquel que nos solicita, procedente del exterior, próximo o lejano, sino, aún más, al que constantemente está naciendo en los secretos surcos de nuestra propia consciencia.
Tal vez por ello Bergson se pregunta —como podría deducirse de su misma conducta—, ya con la vislumbrada respuesta en sus palabras: ¿si no sería posible encontrar nexos profundos entre idealismo y realidad?

¿Y no es, acaso, buscar esa analogía la principal misión del poeta? Del hombre nacido, ciertamente, bajo el signo de los que tienen que inmiscuirse, con su propia palabra temerosa, por entre los sugestivos recodos de lo ignoto.

Por ello Santo Tomás de Aquino, visionario fervoroso, rodeado sin embargo de claridades, escribe, entre símbolos:
"Alaba, Sión, a tu Salvador, alaba a tu Jefe, alaba a tu Pastor, con himnos y cánticos".

Desde luego, todo el que escribe un cántico: un poema— hace una alabanza al Hombre y a cuanto lo rodea, en la realidad visible o en la presumida. En todo lo cual está implícita la voluntad intuida de un Espíritu o fuerza superior.
De allí que quienes lo niegan con perseverancia, también con perseverancia lo confirman. Puesto que no se puede, en modo alguno, discutir, sino lo que en una forma real o subjetiva, ha adquirido, con el correr de los años, uno como inevitable derecho de persistencia.

De mí, confieso que soy un viajero nietzschano, que discurre, con frecuencia sorprendido, por entre interrogaciones; pero, no obstante, siempre atento a su propia sombra. O sea, al mudo lenguaje elocuente de ese disimulado personaje, amigo y adverso al par, con quien, cada hombre, sostiene su eterno diálogo, o monólogo interior. Lo cual, al fin, constituye la sugestión —o verdadera realidad—, de un vivir, muy propio, pero también proyectado hacia oscuros caminos insinuantes.
Mas, afortunadamente, de toda sombra, procede al fin, algo bello. Como bien lo sugiere Eluard:

"En la del pájaro que acompaña al niño que acaba de nacer y que ya pesa más que él sobre la tierra gigante".

En todos estos poemas (y sería mi mayor contento que así fuese), puede que surja algo de este misterio. Algo, como esa sombra —casi fija en su momento—, que va dejando el pájaro tras su vuelo. Y la cual, cuando no se percibe se presiente. Por lo que ellos no son otra cosa, al menos para mí, que la inevitable consecuencia, con sus naturales resabios de amargura, de un caminar, atento, por la vida y por el arte.
O dicho de otro modo (uso la palabra adrede), de un compromiso del poeta con la intimidad de su

existencia. Y aún más con la sugestión, nunca ausente, de la muerte.
Y ésta, no como un fin, lo cual sería una apacible solución, sino más bien como persistente devenir de lo que fatalmente, no puede dejar de ser lo que ha sido. Porque somos, en nuestro existir y en nuestro ascender, conservadores fieles, y fieles vigilantes del propio origen. Por lo que, como bien lo dice Rilke, cotidiano observador de la muerte: "Nos mantenemos en tu jardín, a lo largo de los años como árboles que han de traer la suave muerte". Es decir, que ha crecido dulcemente, silenciosamente, con nosotros. Y que, cuando va llegando al fin, si es propia, se hace flor y esconde, entre íntimos pétalos, la semilla que florecer podrá, en el armonioso jardín del futuro reencuentro con la sombra.

Un sentimiento de ufanía me llena cuando por cualquier circunstancia brota en lo más íntimo de mi sensibilidad, el culto de la palabra. Pues pienso como Mallarmé, que toda palabra, por simple que sea, es el germen de un poema hermoso.

Tengo la seguridad de que es la palabra, la única verdad, entre las creadas por el hombre, que puede llenar el inmenso espacio que lo separa del infinito. Bien se trate de un ateo o de un creyente. Ya que uno ni otro puede dejar de sentirse apretado de muerte, desde el mismo instante en que vislumbró la sugestiva solicitud de cuanto había de llamar vida.

Por lo que todo verso, grande o pequeño, según su suerte, es a la postre, como un fiel destello, inesperado, de la íntima biografía del poeta.

Como tenía que ser, en este libro, si bien fruto de un solo recorrido, hay, desde luego, distintas estaciones. Las respeto. Sobre todo porque en el fondo existe, como un arroyo, ínsito, que corre renovando, a pesar de su oculta soledad, el frescor del ya mencionado jardín rilkeano, que siempre se viste de flores cuando viene de otra primavera.
Naturalmente existen versos que no deben concluir.

Porque más allá de su fin está el comienzo, oscuro y sugestivo. Como en el presumido extremo de la raya de luz, nace la sombra. O bien la poesía que no puede dejar de existir entre las cosas, ya que todo vivir, perdura o se renueva, por ella, en la consciencia del hombre, eterno hijo del misterio. Este libro, igual que todo libro de versos, es una pequeña tregua, en el constante afán del caminante y su sombra, a que me he referido. En su ambiente hay, por ello, mucho de regreso. Pero la nostalgia, en veces luminosa, no ofusca el presente. Por el contrario, el presente se afirma en lo que ha sido; y el futuro se adelanta en lo que ha dejado aparentemente de ser; y es persistente afirmación en el jardín, de rosas y aromas invisibles que rodea toda nuestra existencia.

Si el libro responde a lo que siento, muchos pensamientos madurarán bajo su influjo. Mientras en la soledad de una tarde —la tarde de un lector—, se sienta como un eco de adiós, la fuga del viento entre las hojas.

André Breton apunta, en su ensayo acerca de Maiakowski: "Pienso que la poesía entera es un juego. . .". Un juego puede que sea. ¡Hay tantos juegos! Un juego, por ejemplo como el del Ser oculto que maneja, sobre nubes apretadas de temores, el trueno, suerte de enorme trompo, que parece hubiera dejado girando en el espacio el desenredado hilo del relámpago.

Y, como lo ha dicho Apollinaire, el espíritu nuevo hereda el buen sentido de lo clásico. Pero debemos entender —y es por ello que hay clásicos—, que este buen sentido es, esencialmente revolucionario. El hombre hereda la vida, pero también la muerte. Y entre una y otra triunfa la poesía. El lenguaje misterioso —expresado o no— que permite que aún haya esperanza entre los hombres.

Caracas, 1975.

Poetry takes its origin from
emotion recollected in tranquility.

William Wordsworth

VERLAINE

I

Verlaine
dame la mano,
hoy quiero cantar
como tú, a media voz
y que nadie me oiga,
por completo,
lo que digo a la hoja,
lo que digo a la nube,
lo que digo a la estrella.

II

Hoy quiero cantar mi pena
de ser hombre,
en tu violín
—de viento y luz—
y con su lánguida queja
otoñal.
Y que nadie me oiga
porque soy hombre
y lloro
mi dolor
de no haber sido nada
en esta vida.

III

¡Nada!...
O mejor,
la sombra de un poeta
que apenas supo escuchar
la poesía
y que siente ya,
el temor de perderla.

IV

Verlaine,
viejo amigo entre poetas
queridos,

tú que supiste llorar,
dame la mano,
que también necesito yo del llanto.

MIEDO

I

Siempre temo
cuando dejo caer la mano
fuera del lecho,
entre las sombras,
que algo venga,
furtivo,
inesperado,
para acariciármela,
con el frío beso de unos labios
que el tiempo hubiera enmudecido.

II

Y este temor está conmigo
desde niño.
Me sorprendió en un minuto
que ha quedado borroso
en mi consciencia,
o en la noche sin fin
de la memoria.

III

No obstante, sin quererlo,
dejo caer la mano
entre las sombras...
Y al temer de nuevo
la caricia,
me digo, casi sorprendido:
¿Y no será este miedo, el recuerdo
de un amor frustrado?

MISTERIO

I

No me digas
quien soy yo,
pues nunca podrás saberlo...
Un buen día te encontré,
mas, en otro te perdí;
Y, después de mucho andar,
alguien murmuró:
¿Eres tú?
La voz me fue conocida,
y tras de esa voz amiga
el silencio se nos fue
pisando sobre algodones.

II

¡Tal vez
volvamos a vernos!
y entonces,
¿qué nos diremos?...
Si no sé quien eres tú,
ni tampoco quien fui yo,
aunque nos unió una voz:
una voz en un paisaje
que supo callar la voz.

TRAS UNA HUELLA

I

¡Vivimos tras una huella
y no sabemos de quién!...
Sin embargo es huella
nuestra,
que acaso más no encontremos
aún cuando va
con nosotros.

II

Es propia
y siempre nos huye.
Escapa de nuestra vista,
pero nos tiene encerrados.
Tan íntima la sentimos
como la sangre
en las venas,
como
el dolor en la sangre,
como la sangre
en la espera...

III

Al fin
una cumbre
o una sima:
la cumbre es oro,
la sima, oscuridad.
Y entre una y otra,
sentimos,
felices o temerosos
que algo hemos conquistado.

IV

Pues,
concluido
el caminar,
cuando todo
en torno calla,
la ruta vuelve a nacer.

EN EL DIA

I

En el día
amo la noche
y en la noche el día.

Pero en la tarde,
entre colores vagos
me amo a mí mismo.
Porque entonces soy
como el recuerdo de algo que hice,
o como el temor de algo
que pude haber hecho.

II

¡Tarde, hermana!
No eres día ni noche.
No eres más que un paso,
un punto detenido,
entre dos extremos,
como la vida,
como la dulce fuga
indecisa
que en la mañana
va hacia la noche.
Y en la noche
—por entre nostálgicas claridades
vencidas—,
hacia la luz;
o más bien hacia el rumor de luz
que adelanta,
la espiga, casi de oro,
junto al alba.

POR UNA PEQUEÑA HENDIJA

Estoy mirando
al mundo
por una pequeña hendija.
¡Y qué menuda es la vida
cuando se piensa en morir!...
Entonces todo
se esconde
entre dos sombras profundas.
Dos sombras y un centro
hermoso;

un paisaje sin caminos
y una gran selva después.

DIOS

Dios sabe lo que he querido;
pero Dios
ya no me cree,
y acaso teme de Mí,
como yo a la sombra que me sigue.
Es decir:
que Dios y Yo
le tememos a la Muerte.
Porque es la Muerte,
otro Yo;
porque es la Muerte
otro Dios...
¡y apenas nos conocemos!

EL CANTO

I

Este es el canto
de hoy:
¡Qué distinto
fue el de ayer!
Amé siempre lo que vi,
cuando mi gozo era ver,
pues en todo
presentía
algo que quise admirar.

II

Siempre
lo que fui encontrando
ya en el alma
lo traía...
Y sólo el nombre

era nuevo
cuando empezaba a entenderlo.

III

Era mi yo
tan distinto
que de afuera regresaba,
a confundirse
—otra vez—,
con la esencia de mi ser.

IV

Y desde entonces
podía
nombrarlo
como un hallazgo...
Pero
aunque distinto
—hoy—,
siempre es el canto de ayer.

VIVIR

I

Vivir
pendiente
de algo incierto...
Que acaso ha acontecido
o que podrá suceder.
Mirar,
desde niño,
deslizarse los días
—los mismos días,
con su sol,
con sus brumas.

II

Nunca sentir
firmeza
en las pisadas,

sobre el polvo,
movible,
silencioso,
de la invariable ruta comenzada,
en un punto cualquiera,
ya perdido.

Hallarse asustado
o sorprendido
del último recodo del camino.
Persistir,
sin querer tornar
la vista
hacia pasadas huellas,
casi borradas ya
entre angustias y placeres.

III

Y reencontrarse a sí mismo,
día a día,
en cada cosa,
grande o pequeña...

IV

Porque no podemos ser más
de lo que somos
y como somos
en la vida
atentos al misterio
que con nosotros nace
en un débil vagido:
pero del tamaño de Dios mismo.

V

Tal es la vida
del poeta:
del poeta sincero,
del que no pretende orgulloso
superar la realidad,
sino,

tal vez,
ir más hondo dentro de ella,
aun cuando su conquista,
plena o mediana,
tenga siempre un marcado
reborde de amargura.

SER

I

Voy cumpliendo
mi destino,
como la luz
en la llama,
como el perfume en la rosa,
como el eco en el recuerdo,
como el llanto
en la consciencia,
como la noche en la estrella,
como la muerte en el alma.

II

Voy cumpliendo mi destino,
como bueno
o como malo,
como poeta y como hombre...
Como tierra,
sobre todo,
con nostalgia de la mano,
silenciosa,
misteriosa,
que modelara mi altura,
en una hora,
tremenda,
a la cual siempre me acerco
¡y nunca llegó a encontrar!...
Pero sin embargo es mía,

por todo lo que me dio,
por todo lo que olvidé
y por cuanto puse en ella.

RAIZ

I

Todo el mundo
ama la flor,
tan hermosa;
pero pocos recuerdan
cuánto trabaja
la raíz profunda
por encontrar la vida.

II

Cuánto se afana,
entre la sombra tenaz,
por hallar el camino
del agua,
y para hacer su savia,
también,
con materias hostiles.

III

Todo el mundo
ama la flor,
orgullosa e indiferente,
en plenitud de belleza,
siempre joven
en su esencia,
a pesar del tiempo
—persistente—
aun cuando nada puede
contra el símbolo.

IV

Todo el mundo
ama la flor:
pero pocos recuerdan,
frente a la sugestión de sus colores,
—ásperos o dulces bajo el sol—
la oscura,
furtiva y cotidiana,
ansiedad de la raíz profunda.

SIGNO

I

¡Que exista o no
un Ser Supremo,
siempre será un enigma!
Porque,
aun la certidumbre
de su presencia inalcanzada,
poca luz infundir
puede,
en la honda vaguedad
de la respuesta.

II

El misterio
jamás podrá abandonar
sin nostalgias,
—arraigada en ellas—
la temerosa consciencia
del filósofo,
creyente o ateo
y, con la mente llena de preguntas,
que apenas
lograrán traspasar
el ámbito,
naturalmente metafísico
de su heredada soledad.

III

Soledad
en la que ha vivido
desde que comenzó
a ver el miedo
en los mismos rincones
de la pequeña alcoba;
y a tejer,
con el pensamiento,
inevitables caminos que llevan
a viajar sobre los árboles,
con las nubes,
junto a las cuales
—y sin proponérselo—,
hace la mente
—recién asombrada—,
tantos descubrimientos.

IV

Y acaso encuentre,
también,
porque en el jugar hay dolores
y descontentos,
los rasgos imprevistos
que comenzarán a definir su rostro
como ha de ser,
para siempre,
entre los hombres.

V

La fe ni la duda
nada aclaran...
Pero lo que sí tiene
trascendencia,
es que el hombre,
el pensamiento intemporal
del hombre,
frente a la naturaleza,

—interrogante,
hostil
o armoniosa,
haya podido crear,
como confiado en su propia angustia,
la palabra Dios.

GRACIA PLENA

I

Qué gracia
tiene el viento
para jugar con las hojas.
Nunca envejece
la caricia del viento
en su camino.
Es tierna
la voluntad del viento
en las espigas.

II

Y aun en la noche
silenciosa,
es joven
el quejido del viento entre las luces
cuando juega con la pluma
de agua
que, después de ascender
y llenarse de espacio,
vuelve,
por momentos,
a su calma.

III

Pero no pierde el viento,
ni aún en sosiego,
el travieso jugar,
de vida o muerte
con que va dibujando su camino.

EL HOMBRE

I

Cuántas cosas
se han dicho del hombre:
Unas bellas,
otras melancólicas:
¿Es sabio
o ignorante ante el misterio?
¿Es amplio
o egoísta en sus propósitos?

II

¿Vive para vivir
en cada hora,
lo que la hora le permite?...
¿O acaso hay algo más
ante su impulso?...
¿O tal vez sólo
sea el hombre
que ha llegado a creerse
dueño de sí mismo,
apenas una resignada imagen
de su oscuro destino?...

CONFIANZA

Sobre la sombra
de mi sombra miro
pasar la vida silenciosamente.
Ella persiste,
mientras todo huye,
y es el recuerdo
que en el alma habita...
Como una noche
que no encuentra asilo,
porque olvidó la ruta del lucero;
como una ausencia
que quedó perdida

porque no hay nadie,
que por ella tema.
Como un susurro que dobló su ensueño
antes que el alba
coronara el canto.
Por ello siempre me vigila
austera,
junto a la vida que a su lado pasa.

CASTIGO

I

Estuve
muy cerca de la muerte,
eterna sabiduría
de Dioses.

II

Y una audaz
consciencia vigilante
me detuvo a la orilla
del inmenso vacío
que había dibujado,
para mí,
oportuna mano silenciosa.

III

Sólo se muere
una vez.
El retorno
es apenas un remedo
—de la muerte o de la vida—,
un paréntesis,
oscuro o luminoso
entre lo que se dejó
¿conocido?
¡y de lo que tal vez pudo ser bello!

AQUEL VIAJE

I

Estoy entre amigos,
pero me encuentro lejos,
o mejor, ya no me encuentro.
Si me dicen hermano,
yo me siento, apenas compañero,
con mucha distancia
entre nosotros,
y eso que tanto podría
unirnos
el comienzo.

II

En un tiempo
—no lo olvido—
juntos nos hallamos
caminantes
de añosas cumbres
de un mismo amanecer
y por parecidos anhelos impulsados.

III

Era el mayor de todos
aunque por mi sentir
poético,
el más joven.
Pero,
aquellos insinuados cantores,
cuyas palabras claras,
siguieron,
la transparencia
o la oscuridad de mis palabras
crecieron.
Crecieron tenazmente,
cumpliendo, cada uno,
el fin previsto.

IV

¡Y yo me he vuelto sombra!
Sombra entre blancos laureles:
lo que es más sombra todavía;
puesto que no hay penumbra
tan solitaria,
como la que se presiente
en la blancura.

V

Cuántas cosas
recuerdo
como mías.
Y soy, sin embargo
para ellas,
tan extraño.

VI

Extraña, para mí
que siempre la persigue,
la amistad del lucero en la campiña;
en el agua del patio;
en la luz de la espiga.
La amistad de la rama
enredada en el canto
del pájaro perdido
entre el día y la noche.

VII

La amistad del torrente
inquietando la calma
de los altos picachos silenciosos
que vigilan su fuga
sin poder detenerlo.
La amistad del buen libro
que en mis manos ponía
el calor de sus versos.
O el profundo

reencuentro
que en mi mente infundía,
el recuerdo olvidado
de un decir filosófico,
muy cercano a la vida,
que nació con la muerte:
nueva ruta del alma
que ya es casi futuro,
cuando su alba comienza.

VIII

Amistad de mí mismo,
que sospecho perdida,
porque ya
ni siquiera
al que fui
me parezco.

IX

Ya no soy un camino,
ya no soy transeúnte
de senderos queridos,
ya no escucho aquel eco
que iniciaba mis pasos,
ni sonrisas nocturnas
que alentaron mis sueños;
ni apagados suspiros
que vivieron mi angustia.
Con mi alma en la noche,
solitario diálogo,
pero no como antes.

X

Ahora soy un regreso.
El retorno
de un hombre,
que un momento encontróse
en la orilla de un monte,
callado,
que le mostraba el cielo,
por caminos de hierbas,

por caminos de nubes,
por caminos de vuelos.

XI

Y de frente a su sombra
contemplé yo la luna,
contemplé yo la calma
y olvidé hasta lo eterno;
porque el monte confiado,
en mis horas nocturnas,
con guirnaldas de nubes,
con nostalgia de soles
y contornos de brisas,
a pesar de su orgullo,
me pareció pequeño.

XII

Y ahora soy,
en mi vida,
solitario testigo
de mi propio destino,
con la muerte en el alma,
como vivo trasunto
de aquel viaje perdido.

SORPRESA

La luz de nieve que del cielo llega.
Darío

I

¿Llega del cielo? . . .
Tal vez de algo más distante
y a la vez más cercano:
¿De Dios mismo?
Porque Dios no es más
que nuestro pensamiento;
que nuestra angustia
de ser
algo distinto a lo que somos.

II

Distinto
a lo que de tanto
conocer
despreciamos
y sin embargo queremos.

III

Queremos, apaciblemente, en esa luz
que está en nosotros
desde antes de nacer
y nos llega
con la sangre al corazón.

IV

Y que tal vez
sólo logremos ver
en plenitud,
cuando nuestros ojos,
lejanos ya,
no puedan contemplar los rostros
que silenciosamente los rodean,
como esperando
una respuesta.

HACIA EL FUTURO

Tengo la esperanza
de que un día
me encuentre
total
y, entonces
con voz reciente
descifre
el enigma del viento
y su camino,
confundiendo guijarros
con estrellas.
Y de que pueda
al fin

decir a mí mismo:
Soy un recado,
un simple recado
que no encontró
el término previsto...
¡Y es por ello
que siempre habrá de existir
alguien que me espere!

PREGUNTA

I

Aquí estoy para decir
algo que aún no había dicho
y que nunca debí callar.
Aquí estoy
para decir mi orgullo
y todo cuanto me hizo
sufrir
y también a los otros.

II

Y al confesar
este pecado
me doy cuenta
de que dicha confesión
puede que no sea otra cosa
que una forma disimulada de mi orgullo.
Y entonces...
¿Qué he debido hacer?

CONFORMIDAD

I

No me importa
lo que he dicho,
ni lo que digan me importa.
Sólo una sonrisa

aguardo
de alguno
cuando ya muera.

II

Viví perdido en la vida
y con amor al misterio.
Mas, cuando llegue mi hora
acaso diga a mí mismo:
¿Por qué Dios no hizo un milagro
para que pudiera verlo?

LO BUSCO

I

Sé que en mí hay algo
permanente:
algo que me guía.
Lo busco desde niño
y no lo hallo.

II

Desde niño lo temo
y no lo esquivo.
Me tiene aprisionado:
¿Soy su sombra
o mi sombra?
Tal vez
lo nombre Dios:
Mi Dios es eso.

REFLEXION

I

Me siento
tan distinto
de aquel muchacho alegre
que gustaba

montar su caballo,
su pequeño caballo,
tan gracioso,
y bañarlo en el río
del campo
tan vecino y tan verde
entonces.

II

Y bañarlo, confiado
de la propia experiencia,
en el pozo,
apacible o airado,
según las circunstancias.

III

Y a la sombra de ramas
y espigas
inclinadas apenas
sobre el campo,
como si no quisieran interrumpir
la calma,
con su íntimo ritmo inevitable.

IV

Luego,
regresar a la casa,
temeroso
y pertinaz,
con los pantalones,
tan frágiles,
mojados por el agua,
reciente,
pero tibia ya
del lomo del caballo.

V

Y me gustaba,
entre otras audacias del momento,
lanzar por sobre el monte

del inmediato cercado,
en dirección hacia el cielo,
ágiles piedras luminosas.
Y seguir su camino,
la línea que iban trazando
por el aire, tan transparente
que parecía,
como si dejara oír,
el roce del paso del guijarro...
Pero
jamás pude vislumbrar
donde caían.

VI

Sin embargo, he penetrado
muchas cosas
que entonces me inquietaban;
mas, no supe un día,
con tristeza
—y aun no lo sé—
qué se hizo mi caballo,
ausentes también
las hierbas
matinales,
con las que yo jugaba,
mientras él las comía...
¡Ni tampoco he podido saber nunca
a donde fueron a dar
aquellas piedras!...

SIMBOLO

I

Siempre estaba
en la misma calle
con un niño deforme
entre los brazos;
pero lloraba
y sonreía.

II

Pasaron semanas
y meses
sin verse su figura
suplicante
y pobre
y de su propio dolor acompañada.

III

Y al fin
volvió,
volvió a la misma calle;
siempre igual,
detenida en su silencio;
pero sin embargo
era distinta.
Sin el dolor querido
que constante llevaba
entre los brazos,
no lloraba, ni reía...
Y ni siquiera miraba en torno suyo.

POESIA

La calma,
lejana, íntima
que tiene el ímpetu audaz
del monte altivo.
El resplandor dormido,
más rojo que el rojo
y menos rojo
que el rojo,
sobre la inquieta llama
o en la llama agonizante.
El punto
indefinido
de donde regresa la mirada
insegura,

de conquistar la nada
de su origen.
La palabra buena,
la palabra mansa
que al fin de muchas luchas,
y triunfos y derrotas,
encuentra,
que sólo sabe comprender, callada.

SORPRESA

Tú no has nacido para morir, ¡oh pájaro inmortal!

Keats

Pequeño
entre tus pardas plumas,
sobre tu clara espiga,
con toda la noche,
del recuerdo,
en tu armonioso pico,
con estrellas.
Pequeño
—bello espíritu—
¿Cómo no muere
la presencia de tu canto nocturno,
con el alba?

ENCUENTROS

(1980)

EL ALBA

El alba de hoy
ha sido muy hermosa.

Percibí
en el claro
resplandor de la mañana
como un inesperado despertar.

Dios bendiga esta hora,
profunda,
en que he sentido, algo nuevo,
como un reflejo oculto
entre la bruma:
como un poco de sol en mi conciencia.

Dios bendiga esta hora
que me hará pasar —así lo espero—
un bello día.

Un día de juventud
entre las voces familiares.

Dios bendiga esta hora
que me ha dado fervor de amanecida
para seguir viviendo entre los hombres.

¡Porque un minuto
lleno con la gracia de Dios
es suficiente
para hacer resistencia a tantas cosas
que a pesar de los años nos sorprenden!

REFLEXION

Nunca pensé
llegar a tanta altura
en el camino de los años.

Cuando miro hacia atrás
me causa asombro

la distancia de cosas familiares
que han quedado en el largo sendero
recorrido.

Viendo tantos msiterios
que el olvido también ha fabricado,
y fueron mi presente en algún día
me pregunto ¿Estás contento?...

Y, ¡en verdad!... No sé que responder
a mi inquietud,
a mi angustia de haber sido
y de no ser.

Porque el hombre
que siempre es temor y aventura,
nunca podrá saber en cuál punto del camino
estuvo su presente.

Por eso en sus palabras,
aun en las más íntimas,
aun en las más confiadas,
siempre ha de sentirse
la sal de la amargura.

Aprendemos a morir
cuando nacemos;
sin embargo, cuando nos vamos acercando
al momento esperado
largo tiempo,
nos damos cuenta de que nada aprendimos
y nos llena,
como si fuéramos niños,
un enorme sollozo el pensamiento.

REALIDAD

Ya todo lo que miro
lo he mirado.
Ya no hay auroras
con cantos
que regresan de la noche;

ni profundos senderos
en las tardes;
ni amor,
ni odio,
ni rencor en las
palabras.

Tengo que seguir siendo,
porque el destino lo ha querido,
la copia de mí mismo.

Ya nada me sorprende,
porque la misma muerte,
de tanto ver pasar
formas queridas,
se me ha vuelto una costumbre.

Entonces
¿Qué esperas para seguir
viviendo?

En realidad
¡Yo soy mi única esperanza!...
Y aún no sé
si podré encontrarme
en algún sitio:
¿Recodo soledoso del pasado,
o presentida huella
que todavía no ha marcado
mi marcha hacia el futuro?

COMENTARIOS

Y ya siento venir
lo que no vemos, porque
antes de llegar
nos hemos ido.

Y juntos lo tememos
mi sombra y yo,
eternos caminantes
que jamás de frente se han

mirado
y sin embargo han sido compañeros.

Y el uno entre sonrisas,
halagos e inquietudes
y el otro eternamente silencioso.

Y así ha de ser
porque conmigo va
lo que he tenido,
porque conmigo va
lo que he esperado,
porque conmigo va,
lo aún no venido.

Y al ritmo de este coloquio
silencioso
me acercaré a la cumbre
o al abismo...

Y ya no habrá futuro
ni pasado,
ni marcha ni regreso,
sino una rama negra
—la sombra de una rama—
sobre el canto.

LO PERFECTO

Yo siempre
tuve amor a lo perfecto
que, como anhelo, existía
en el fondo de mi alma.

En busca de ello,
viví, confiado, entre los hombres.

Vi surgir unos
y desaparecer otros.

Vi nacer obras,
por manos maestras fabricadas,
que pronto perdieron
la ínsita novedad de su existencia.

Y también me he visto
entre nuevas personas
que me atraen, me repudian o me siguen,
como el recuerdo de mí mismo.

Y todo ha cambiado
y ahora nada sé:
Ni siquiera a qué aspiraba
cuando presumía ir, seguro,
en pos de lo perfecto.

ESPERAR

I

Vivir es esperar:
El presente,
aun el más risueño,
es apenas un punto de apoyo
a la esperanza.

II

Esperamos el alba,
para escuchar al fiel canario
desvelado,
cuando el sueño abate las pupilas.

III

Y la juventud,
para disfrutar de ella;
y la madurez,
—si acaso existe—
con la ilusión de alcanzar
lo inalcanzable.

IV

Y el amor
en unos ojos bellos
que en su pequeña gota
de luz y sombra,
esconde
la inmensa soledad
de cuanto existe,
o de cuanto existir pueda
para uno.

V

Y a los hijos,
a sus nuevos amigos bulliciosos,
también amigos nuestros,
para hablar, confiados,
de cosas de un presente, tan lejano
que sólo nos interesa en sus palabras.

VI

De pronto comenzamos
a sentirnos ausentes,
y las palabras,
las más familiares,
las más íntimas,
se nos tornan lejanas
y, hasta el mismo saludo matinal
nos parece un adiós.

VII

¿Y cuándo llegue la hora?
¿Cuándo ya nada se espera?
cuando hasta lo no vivido,
ya es vivido,
la dolida conciencia de la muerte,
eterno futuro,
al hacerse presente,

acaso, también sea,
aun para el que nada aguarda,
fugaz punto de apoyo a otra esperanza...

CONDUCTA

I

En la vida
he seguido tenazmente
una ruta.
¡Con fe en el porvenir!
Y temo ahora
que haya sido apenas
camino vislumbrado
de recuerdos.

II

Sin embargo,
marché,
confiado y silencioso,
por entre cosas nuevas.

Qué nuevo encontré
—siempre—,
el viejo rosal
de mi cercado.

Qué nuevo
—siempre—,
parecióme el mismo sendero,
tras el monte impávido,
vecino de su nube
pasajera.

Qué nueva sentí
tu voz,
tu misma voz,
confiada o dolorosa,

cuando me descubriste el secreto,
de algo que en ti vivía,
con tu sangre
y tus temores.

Qué nuevo me pareció
el mundo en tus pupilas
cuando dijiste,
aun sorprendida de ti misma:
—¡Un hijo!...

Qué nuevo fue todo,
en aquel día,
un día cualquiera,
sin embargo
cargado de misterios
y rumores.

Porque cuando alguien nace
vuelve uno a nacer
en lo que nace.

Y cuando alguien muere,
también vuelve uno a nacer
en lo que muere,
ya que nacer y morir
es,
siempre comenzar principio y fin.

III

¡Dame, Señor!, la paz
de la renuncia;
dame la calma de lo perdurable,
en esta hora nueva
y mía,
cuando me acerco ya,
entre voces amigas,
al final de una ruta,
bien andada,
pero que encuentro,

todavía nueva,
y con temor de perderla
en un recodo,
imprevisto,
y junto a lo que aún
no es,
de lo que ha sido.

IV

¡Dame, señor! la paz
que tanto añoro
para volver a hacer nuevo el camino
que me espera.

INTIMIDAD

La mayor soledad del hombre
en esta vida,
es la de no parecerse nunca
al Dios que hizo,
confiado en El
y en sí mismo.

Al Dios que lo espera
y lo desespera,
y no en el cielo,
sino en un rincón de su alma.

En un rincón pequeño,
pero que llena el infinito
de dudas y de sueños.

Y en donde
con ser tan propio,
no está presente,
ni distante,
y, sin embargo
—y este es el misterio—,
jamás desaparece.

RUEGO

Viejo paisaje
en mi vida:
acacias, pinos y urapes,
que apenas hoy puedo ver.

Crepúsculos religiosos,
con árboles en la sombra,
rodeados de soledad
y de íntimos matices
que apenas hoy puedo ver.

Inquietud buena del agua,
fielmente corriendo en pos
del agua que antes pasara
sobre su mismo sendero
y hacia su propio destino,
que apenas hoy puedo ver.

Quietud del agua en la alberca,
donde encontró su reposo,
prisión de nubes y estrellas
que apenas hoy puedo ver.

Mas, si éste apenas se fuga
y lo reemplaza la sombra,
para consuelo de mi alma,
hoy apretada de angustia,
te pido, Señor, me digas,
aunque no escuche tu voz,
si habrá algo en mi noche oscura,
que mis ojos puedan ver.

MI PENSAMIENTO

Marcho
en la vida
por donde me guía
con silencioso afán
mi pensamiento.

Sin embargo
escucho cuanto
dicen los otros.

Pero sigo
en la ruta,
vuelta siempre
al origen la esperanza.

Me detengo,
de pronto, en un recodo,
oigo el susurrar innumerable
de la estrella y el roce,
del ala con el viento,
y el choque
del guijarro
con la rama que detiene su rumbo.

Oigo lo que los otros
dicen:

Lo que piensa el amigo
o el enemigo,
pero marcho,
seguro o inconforme,
por el rumbo iniciado
en mi propia conciencia.

Entiendo todo
cuanto me rodea;
conozco la bondad de unos,
el rencor de otros
y la indiferencia de muchos...

Pero nunca he podido
saber en donde habrá de terminar
o proseguir
mi pensamiento.

AFORTUNADAMENTE

I

Vivir es esperar.
El presente,
aún el más risueño
es, apenas, un punto de apoyo
entre el ayer y el mañana.

II

Esperamos la juventud
para disfrutar de ella
y apenas la vivimos;
y la madurez
¡si es que la hay!
con la ilusión,
más lejana que el mismo pensamiento
de alcanzar,
lo inesperado
que, afortunadamente nunca llega.

RECONOCIMIENTO

Mis mejores compañeros,
casi desde años juveniles,
Cervantes, Shakespeare y Darío...

Nunca los he olvidado.
Y, entre todos los libros, el Quijote.

Porque es el único
—lo digo sin reservas—
que jamás envejece.

El único que se mantiene,
como el cuento de un niño,
profundo, jovial y triste
entre mis otros compañeros.

Lo he leído
con fervor,
en distintas etapas de mi vida
y en todas me sorprendió su lozanía:

Cuando iba al catecismo
en la iglesia parroquial
y viendo la cruz, doble sendero
junto al cielo,
y las espigas en los huertos vecinos,
sobre el campo,
pensaba en sus molinos,
en sus largos molinos silenciosos,
contando en el crepúsculo el paso de las nubes.

Cuando sentí en los ojos
de una pequeña amiga,
ya un poco misteriosa,
algo que nunca había sentido...

Y cuando vi el rostro
bajo el pañuelo blanco dibujado,
como si de otra parte regresara,
de aquel mudo señor
que me enseñó la muerte.

Cuando escribí mis primeros versos;
cuando sentí el halago de la fama
y cuando la derrota nubló, por momentos,
el claro cristal de mis ensueños.

Siempre fue
un noble compañero...

Nunca lo he olvidado.
Y hoy, ya pasado el umbral
de mi destino, hago un alto
y miro, frente a mis ojos,
como siempre,
la eterna juventud de Don Quijote...

Vuelvo a salir entonces con el alba
hacia el largo camino que me espera
y me consuela el sentimiento
de que haya en él molinos todavía.

CONTRADICTORIO

I

Siempre he sido
contradictorio.

Digo lo que pienso
y los otros no quieren.

Me siento, en veces, solo;
pero mi soledad me hace feliz.

II

La heredé,
y he sido su imagen fiel
en el paisaje
familiar:

Unos me admiran,
otros me desconocen.
Cada quien me mira
con ojos propios o ajenos,
sin embargo,
ninguno me ha sido indiferente.

III

Me siento satisfecho
entre lo nuevo,
seductor o fatigante

—que por doquiera me circunda—,
de seguir siendo, hasta ahora,
como era.

IV

Ni busqué halagos,
ni esquivé odios.

En verdad:
unos me hicieron feliz,
y otros triste
y ambos me formaron como soy.

Y, puedo decirlo,
al andar por entre escombros
y jardines interiores,
diome la vida
lo que más quería:
La paz de mi conciencia.

V

Amé a Dios
pero nunca exigí premio a mis actos
cuando he pensado merecerlo;
ni tampoco eludir,
con falsas o bellas oraciones,
su castigo.

VI

He procedido,
frente a El
y frente a cada hombre,
y su misterio,
de acuerdo a la secreta razón de mi existencia;
para mí, también desconocida.

VII

Largo ha sido el camino.

Cosas hay que recuerdo como fueron
y otras que todavía me sorprenden.
¿De dónde vienen mis pasos
y hacia dónde se dirigen?...
Sólo sé que estoy
en una cumbre
que ofrece ante mis ojos un futuro

y guarda,
a mis espaldas,
un pasado.

Pero si vuelvo la vista,
contrariando el camino,
lo que pasado fue se me torna futuro,
y lo que perseguí, —rumbo al futuro—,
se me vuelve recuerdo.

VIII

Sobre mi cabeza el cielo,
bajo mis plantas la tierra;
pero si vuelvo la frente
hacia abajo,
quedan, sobre mis plantas,
las estrellas,
viajeras, con el viento,
entre las nubes.

Y entonces la tierra
casi me roza el pensamiento.
Todo está por hacer
y está hecho.

El día y la noche,
al parecer distintos,
en esencia son iguales.
Un misterio de luz, el día;
y la noche, un misterio de sombra.
Escucha, en el día, el oído,
el canto del pájaro,
de oro.

En la noche no se ve el oro,
ni se escucha el canto,
pero existen.
La noche
ensimismada y avara
de sus brillantes,
puntualmente los reserva
entre las rosas y nácares del alba.

Y en el día,
no pueden verse las estrellas,
pero existen.

En nuestras pupilas
persiste una mirada,
y no sabemos, nunca, hacia quien
fue dirigida.
En nuestros labios
permanece una sonrisa,
muy propia
y generosa,
pero que nadie ha comprendido.

En nuestra alma hay un anhelo,
tenaz,
y a pesar de inquietarnos
ignoramos,
qué lo impulsa y lo mantiene.

Y, tal vez sean,
la mirada,
la sonrisa
y el anhelo,
la más antigua,
constante
inquietud de nuestra vida.

IX

Contradictorio he sido
y lo seré siempre,
mientras viva,
hasta que Dios,
el Dios que hice,
continuo habitador de mi conciencia,
me diga —si lo sabe—
para qué he llegado hasta esta
Cumbre.

PREGUNTA

Hemos vivido,
vivimos.
¿Viviremos?

En verdad,
sólo esto
hemos hecho.

Entonces,
cuando ya terminemos de vivir
¿Qué haremos?...

CRONOLOGIA

1893 Abril, 11. Nace en Caracas, Venezuela. Sus padres, Ignacio Paz-Castillo y Luisa Aristiguieta Sucre.

1900 Alrededor de este año comienza a cursar educación primaria en una pequeña escuela privada que funcionaba en el corredor de la casa de habitación de la familia Brandt.

1904 Ingresa en el colegio de los padres franceses. En este plantel concluye la educación primaria y la secundaria, y conoce a Enrique Planchart y Luis Enrique Mármol, dos poetas que llegarían a contarse entre sus más queridos y admirados amigos. En el Colegio Francés permanece hasta 1910.

1910 Ingresa a la Universidad Central de Venezuela con el propósito de cursar Derecho.

1912 Septiembre, 4. Se cuenta entre los fundadores del "Círculo de Bellas Artes", importante asociación de pintores y escritores venezolanos.

Octubre, 5. Circula el primer número de la revista *Cultura,* de la que Paz-Castillo es co-fundador. En esta publicación aparecerá uno de sus primeros poemas, "Armonía nocturnal".

1913 Abandona las aulas universitarias a raíz de haber sido clausurada la Universidad Central de Venezuela.

1914 Se muda para Los Teques, población vecina a Caracas en la que habita por espacio de cuatro años y en la que trabaja como contable para ganarse la vida. En Los Teques permanece hasta 1918. En este lapso concluye su primer poemario, que iba a titularse *Las canciones del convaleciente,* incinerado por su autor debido a considerarlo pesimista en extremo.

1918 Regresa a Caracas y se residencia en esta capital, en la que vivirá hasta 1936, cuando sale de Venezuela en servicio diplomático. A partir de este año colabora activamente en diarios y revistas de Caracas, como *El Universal, Actualidades, Cultura Venezolana, El Heraldo. Elite, Fantoches, Billiken, Ahora, El Imparcial.* Comienza a manifestarse una promoción de poetas y prosistas a la que se conocerá con el nombre de la Generación de 1918, de la cual Paz-Castillo es el principal historiador y crítico.

Mayo, 11. Oficial en la Sala de Examen de la Contaduría General del Ministerio de Hacienda.

1921 Junio, 21. Cesa en el cargo de Oficial en el Ministerio de Hacienda.

1922 Ingresa en el personal docente de un afamado colegio privado de Caracas, el Instituto "San Pablo", regentado por los hermanos Raimundo y Roberto Martínez Centeno. Por espacio de catorce años, hasta 1936, dictará clases de literatura, castellano, historia y filosofía. Ejerció también la docencia en el Liceo de Caracas y en la Escuela Normal de Varones de Caracas.

1923 Oficial en la Dirección de Crédito Público del Ministerio de Hacienda, cargo en el que permanece hasta 1936, cuando ingresa al servicio exterior.

1931 Circula su primer poemario, *La voz de los cuatro vientos*.

1932 Viaja por primera vez al exterior. El país de destino es España, nación a la que recorre en gran parte.

1936 Febrero, 9. Se casa con Niko Monsalve Casado, quien será su compañera de por vida. Del matrimonio nacerán dos hijos, Fernando y María Africa.

Enero, 20. Cónsul General de Venezuela en Barcelona, República Española. Entra en funciones en abril de 1936.

1937 Marzo, 31. Secretario de la Legación de Venezuela en Francia. Toma posesión del cargo el 21 de abril de 1937.

Se publica *Signo,* su segundo poemario.

Julio, 20. Secretario de la Legación de Venezuela en la República Argentina. Toma posesión del cargo el 20 de noviembre de 1937.

Agosto, 29. Nace en París su hijo Fernando.

1938 Agosto, 22. Secretario de la Legación de Venezuela en Brasil. Toma posesión del cargo el 1º de octubre de 1938.

1941 Abril, 18. Consejero de la Legación de Venezuela en Londres. En la Gran Bretaña permanece hasta 1944, es decir, durante casi toda la segunda guerra mundial.

Julio, 5. Le es otorgada la "Orden del Libertador" en el grado de Comendador. Es una de las máximas condecoraciones venezolanas.

1944 Octubre, 24. Consejero de la Embajada de Venezuela en México. Presta el juramento de ley en Caracas el 2 de noviembre de 1944

1945 Diciembre, 26. Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Bélgica, donde le corresponde instalar la Legación de Venezuela en aquel país.

Se publica su poemario *Entre sombras y luces*. Lo prologa Juan Liscano.

1946 Diciembre, 25. Nace en Bruselas su hija María Africa.

1947 Edmond Vandercammen traduce al francés su poemario *Signo*. Lo publica "La Maison du Poète", en Bruselas, bajo el título de *Signe*.

1948 El gobierno belga le otorga la condecoración "Orden de la Corona", en el grado de Gran Cordón.

Marzo, 18. Delegado de Venezuela a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre libertad de información, reunida en Ginebra.

Abril, 6. Embajador Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Italia. Toma posesión del cargo el 21 de mayo de 1948.

Noviembre, 29. Renuncia al cargo de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en Italia.

1949 Julio, 23. Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en Ecuador, país en el que habrá de permanecer hasta 1953.

1951 Octubre, 23. Le es otorgada la Orden Nacional al Mérito "Gran Cruz del Ecuador".

1952 Recibe la condecoración venezolana "Orden del Libertador" en grado de Gran Cordón (por ascenso).

1953 Marzo, 15. El Gobierno venezolano da por concluida la misión que Paz-Castillo venía desempeñando como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en Ecuador.

Marzo, 25. Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en Canadá, país en el que permanece hasta 1958. Presentó cartas credenciales el 26 de mayo de 1953.

Junio, 2. Recibe del gobierno canadiense la "Medalla de Isabel II".

1956 Publica el poemario *Enigma del cuerpo y del espíritu.*

Se publica su ensayo *Vicente Fuentes,* con el cual se da inicio a la Colección "Letras Venezolanas", auspiciada por la Dirección de Cultura y Bellas Artes del Ministerio de Educación de Venezuela. Este trabajo crítico de Paz-Castillo sobre un poeta de su misma generación posee la peculiaridad de ser el primer texto en prosa que su autor recoge en folleto.

1957 El Ministerio de Educación de Venezuela reedita *Entre sombras y luces.*

1958 Edmond Vandercammen traduce al francés el poemario *Enigma del cuerpo y del espíritu.* Se publica en edición bilingüe bajo el título de *Enigme du corp et de l'esprit.*

Marzo, 5. Es designado por segunda vez Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en el Ecuador. En Quito permanece un año, hasta el 15 de marzo de 1959, cuando renuncia al cargo y regresa a Caracas. Presenta Cartas Credenciales el 21 de mayo de 1958.

1959 Julio, 1º. A partir de esta fecha es pensionado por el Ministerio de Relaciones Exteriores en atención a sus años de servicio diplomático. Desde entonces reside en Caracas y produce la parte más extensa de su obra intelectual.

1962 Se publica una *Selección poética,* con prólogo de José Ramón Medina. Es la primera antología de la obra lírica de Paz-Castillo.

1964 Se editan 3 volúmenes de ensayos críticos sobre autores venezolanos bajo el título común de *Reflexiones de Atardecer.* En el epílogo, con que el autor cierra el tercer volumen, se señala: "Los artículos que integran estos volúmenes fueron publicados en *El Nacional* de Caracas entre el 31 de agosto de 1959 y el 22 de agosto de 1960.

Las ediciones "Poesía de Venezuela", fundadas y dirigidas por Pascual Venegas Filardo, publican el poema *El Muro.*

1965 Octubre, 28. Se incorpora a la Academia Venezolana de la Lengua como Individuo de Número. Ocupará el Sillón "K", cuyo antecesor lo fue el crítico don Felipe Tejera. Una vez fallecido Paz-Castillo, lo sucedió en este Sillón el distinguido político, escritor y educador Luis B. Prieto F.

Se publica su ensayo *El romanticismo en don Francisco de Miranda.* Se trata de su discurso de incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. Responde Arturo Uslar-Pietri.

1966 Se publica *Poesías,* edición que le ofrenda la Editorial Arte de Caracas. Prologa esta edición Oscar Sambrano Urdaneta.

1967 Febrero, 3. Le es otorgado el Premio Nacional de Literatura, Mención Poesía, correspondiente al bienio 1965-1966. Este es el máximo galardón que se concede a los escritores venezolanos. El Jurado estuvo constituido por Alberto Arvelo Torrealba, Juan Beroes, Luis Eduardo Henríquez, Domingo Miliani y Ramón J. Velásquez. La obra considerada para el premio fue el volumen de *Poesías* publicado el año anterior.

Se publica su volumen de ensayos *Con Rubén Darío.* La publicación va precedida de la siguiente nota de los editores: *"Con Rubén Darío* del escritor venezolano Fernando Paz-Castillo, inicia el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes su colección (Homenajes). Como en todo el mundo de habla castellana, en Venezuela se rindió tributo al gran poeta durante este mes de enero, centenario de su nacimiento. Caracas, enero de 1967".

1968 Se publica un volumen de ensayos titulado *De la época modernista,* 1892-1910. La obra lleva una presentación de Pedro Sotillo, amigo entrañable y compañero generacional del poeta.

Se publica en separata su ensayo *Luis Barrios Cruz, poeta de preguntas y respuestas.* El editor Juan de Guruceaga señala que la edición "constituye un sencillo homenaje a quien fuera nuestro dilecto amigo y colaborador, Luis Barrios Cruz, hombre y poeta

de dotes singulares". El primer poemario de Barrios Cruz, *Respuesta a las piedras,* y el primero de Paz-Castillo, *La voz de los cuatro vientos,* aparecieron en 1931.

1969 Se publica *La huerta de Doñana,* obra de teatro infantil compuesta en 1920. Prologa esta edición Efraín Subero.

Se publica su ensayo *Tres poemas fundamentales de la lírica venezolana.* Estos tres poemas son: "La agricultura de la zona tórrida", de Andrés Bello; "Vuelta a la patria", de Juan Antonio Pérez Bonalde y "Silva criolla" de Francisco Lazo Martí.

1970 Se publica su libro de ensayos titulado *Entre pintores y escritores,* con epílogo del propio Paz-Castillo.

La Editorial Arte de Caracas publica, en edición bilingüe español-francés, su poema *El Muro.*

1971 Se publica su poemario *El otro lado del tiempo,* con prólogo de Efraín Subero.

1973 Abril, 10. La Asociación de Escritores Venezolanos le otorga su medalla de honor

Abril, 11. Recibe la Orden de "Andrés Bello" en Banda de Honor.

Julio, 18. La Municipalidad del Distrito Federal le otorga la Orden "Diego de Losada".

En edición-homenaje a Paz-Castillo se publica su poemario *Pautas,* con prólogo de Alfredo Armas Alfonzo. Es una ofrenda de la Editorial Arte de Caracas con motivo del octogésimo cumpleaños del poeta.

Se publica su ensayo *José Antonio Ramos Sucre, el solitario de La Torre de Timón.* Una advertencia al final de la publicación informa que "el material de este cuaderno recoge artículos publicados en la revista *Elite* (1925), y en los diarios *El Universal* (1930) y *El Nacional* (1960) en la ciudad de Caracas".

1974 Se publica una selección de su obra poética, *Poesías escogidas,* 1920-1974, con prólogo de Arturo Uslar-Pietri.

1975 Se publica *Persistencias,* con prólogo del propio Paz-Castillo.

Abril, 11. La Asociación Pro-Venezuela le rinde un homenaje y le otorga la "Medalla del Buen Ciudadano".

Se publica su ensayo titulado *Miguel Otero Silva. Su obra literaria.*

1976 El diario *El Nacional* de Caracas le otorga el Premio "Henrique Otero Vizcarrondo" como mejor articulista de opinión durante dicho año.

1979 La Editorial "Monte Avila" publica una antología de los poemas de Paz-Castillo, con prólogo de Eugenio Montejo.

Se publica un cuento infantil titulado *El Príncipe Moro,* producción juvenil de Paz-Castillo. La edición está auspiciada por el Banco del Libro y el Instituto Nacional del Menor dentro de la conmemoración del Año Internacional del Libro, celebrado en 1979. La obra se imprime en 1978.

1980 Abril, 11. La Universidad de Los Andes le otorga el Doctorado Honoris Causa. El mal estado de su salud no le permite viajar a la ciudad de Mérida a recibir personalmente la distinción de que era objeto.

Con motivo del octogésimo séptimo cumpleaños de Paz-Castillo, la Editorial "Equinoccio" de la Universidad "Simón Bolívar" publica su poemario *Encuentros,* con palabras introductorias de Efraín Subero. Es el último de los libros que verá editado el poeta, quien deja de existir en Caracas un año después.

1981 Julio, 30. Fallece en Caracas a la edad de 88 años cumplidos.

BIBLIOGRAFIA

I. OBRA DE FERNANDO PAZ CASTILLO

1. POESIA

La voz de los cuatro vientos. — Caracas: Editorial Elite, 1931.
178 p.

La voz de los cuatro vientos. — Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, 1950.
150 p. (Biblioteca Popular Venezolana; núm. 45).

La voz de los cuatro vientos. — Caracas: Monte Avila Editores, 1973.
133 p. (Biblioteca Popular Eldorado; núm. 97).

Signo, poemas. — Dijon: Imprenta Durantière, 1937.
64 p.

Entre sombras y luces / Prólogo de Juan Liscano. — Caracas: Tipografía Garrido, 1945.
30 p. (Ediciones Suma; núm. 10).

Entre sombras y luces. — Caracas: Imprenta del Ministerio de Educación, 1957.
14 p. (Ediciones del Ministerio de Educación; núm. 23).

Signe, poèmes / Traduction de l'espagnol par Edmond Vadercammen. Bruselas: La Maison du Poète, 1974.
104 p.

Enigma del cuerpo y del espíritu. — Caracas: Tipografía D'Suze, 1956.
s. p. (Ediciones El Espejo y la Nube; núm. 5).

Enigme du corp et de l'sprit. Dieu et homme / Traducción al francés por Edmond Vandercammen. — Bruselas: La Maison du Poète, 1958.
65 p.

Selección poética / Prólogo de José Ramón Medina. — Caracas: Editorial Arte, 1962.
92 p. (Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos; núm. 116).

El muro. — Caracas: Editorial Arte, 1964.
12 p. (Ediciones Poesía de Venezuela; núm. 1).

Poesías / Prólogo de Oscar Sambrano Urdaneta. — Caracas: Editorial Arte, 1966.

La huerta de Doñana / Prólogo de Efraín Subero. — Caracas: Ministerio de Educación, 1969.
83 p. (Ediciones "Tricolor"; núm. 7).

El otro lado del tiempo / Prólogo de Efraín Subero. — Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, 1971.
183 p.

Pautas / Prólogo de Alfredo Armas Alfonzo. — Caracas: Editorial Arte, 1973.
s. p.

Poesías escogidas (1920-1974) / Prólogo de Arturo Uslar Pietri Caracas: Ediciones de Seguros Horizonte, 1974.
187 p.

Persistencias / Prólogo del autor. — Caracas: Editorial Arte, 1975.
155 p.

Antología poética / Selección e introducción de Eugenio Montejo. Caracas: Monte Avila Editores, 1979.
185 p. (Colección Altazor).

Antología poética / Selección y prólogo de Eugenio Montejo. — Caracas: Monte Avila Editores, 1985.
189 p. (Colección Altazor).

Encuentros. — Caracas: Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, 1980.
61 p. (Colección Garúa).

2. PROSA

De la mano de Medina por los predios de Cervantes. Viaje del Parnaso. — Quito: Ediciones de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1952.
77 p.

Vicente Fuentes. — Caracas: Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, 1956.
38 p. (Colección Letras Venezolanas; núm. 1).

Reflexiones de atardecer. — Caracas: Ministerio de Educación, Dirección General, Departamento de Publicaciones, 1964.
3 vols.

El romanticismo de Don Francisco de Miranda. — Caracas: Imprenta de la Dirección Técnica del Ministerio de Educación, 1965.
50 p.

Con Rubén Darío. — Caracas: Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, 1967.
121 p. (Colección Homenajes; núm. 1).

De la época modernista, 1892-1910 / Prólogo de Pedro Sotillo. — Caracas: Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, 1968.
429 p. (Biblioteca Popular Venezolana; núm. 113).

Luis Barrios Cruz, poeta de preguntas y respuestas. — Caracas: Tipografía Vargas, 1968.
14 p.

Entre pintores y escritores. — Caracas: Editorial Arte, 1970.
217 p.

José Antonio Ramos Sucre, el solitario de "La torre de timón". — Caracas: Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, 1973.
55 p.

Miguel Otero Silva: Su obra literaria. — Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1975.
78 p. (Cuadernos de Crítica Literaria; núm. 4).

El príncipe moro / Ilustración de Vicky Sempere. — Caracas: Ekaré; Banco del Libro, 1978.
[18] p. (Colección Risas y Adivinanzas).

II. CRITICA SOBRE FERNANDO PAZ CASTILLO

1. LIBROS Y FOLLETOS

ANGARITA ARVELO, Rafael
Tres tiempos de poesía en Venezuela. — Caracas: Ediciones Fragua, 1962.
103 p.

ARAUJO, Orlando
En aires de don Fernando. (En: *Anthologie de la poésie Vénézuélienne d'aujourd'hui,*
p. 19-25. París: Université de París, Cahiers de Poetique et de Poésie Ibérique et Latino Américaine, 1980).

AVELEDO URBANEJA, Agustín
Prosas sueltas. — Caracas: Tipografía Americana, 1922.
219 p.

BARCELO, Lyll
Vida y muerte en dos poemas de Paz Castillo. — Caracas: Fundarte, 1985.
108 p.

BARRIOS MORA, José Ramón
Compendio histórico de la literatura venezolana. — 4a. ed. — Caracas: Ediciones Nueva Cádiz, 1955.
254 p.

CASTELLANOS, Enrique
Tiempo y espacio / Prólogo de J. F. Reyes Baena. — Caracas: Editorial Sucre, 1957.
100 p.

———————

La generación del 18 en la poética venezolana. — Caracas: Ediciones del Cuatricentenario de Caracas, 1966.
147 p.

CLAUDIO, Iván
21 ensayos sobre poesía venezolana. — Caracas: Gráfica Americana, 1964.
125 p.

CROCE, Arturo
Desechos sin rumbo del 28 literario (1927-1935). — Caracas: Ediciones Librería del Sur, 1957.
145 p.

CUENCA, Humberto
Biografía del paisaje (El paisaje en la poesía venezolana). — Caracas: Tipografía La Nación, 1954.
151 p. (Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos; núm. 84).

ESCALA, Víctor Hugo
Paliques de ayer. Crónicas. — Caracas: Editorial Elite, 1931.
308 p.

GABALDON MARQUEZ, Joaquín
Páginas de emoción y devaneo. — Buenos Aires: Imprenta López, 1959.
434 p.

GERBASI, Vicente
Panorama de la poesía venezolana. (En: *Venezuela 1945,* p. 437-480. Bogotá: Talleres Prag, 1945).

——————
Fernando Paz Castillo: *Entre sombras y luces.* (En: *La rama del relámpago,* selección y prólogo de Oscar Sambrano Urdaneta, p. 180-182. Caracas: La Casa de Bello, 1984).

GONZALEZ, Beatriz
Aspectos para una caracterización de la vanguardia lírica venezolana. (En: *Memoria del III Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana,* tomo II, p. 315-329. Mérida: Universidad de Los Andes, 1978).

GRASES, Pedro
Maestros y amigos. — Caracas; Barcelona: Editorial Seix Barral, 1981.
647 p. (Obras; núm. 7).

GUERRERO, Luis Beltrán
Candideces. — 3a. serie. — Caracas: Editorial Arte, 1964.
286 p.

——————
Candideces. — 6a. serie. — Caracas: Editorial Arte, 1969.
315 p.

LISCANO, Juan
Panorama de la literatura venezolana actual. — Caracas: Publicaciones Españolas, S. A., 1973.
414 p.

LOPEZ MENDEZ, Luis
Obras completas. — San Cristóbal: Imprenta Nacional, 1960.
300 p.

MEDINA, José Ramón

Examen de la poesía venezolana contemporánea. — Caracas: Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, 1956.
55 p.

———————

Ensayos y perfiles. — Caracas: Ministerio de Educación, Dirección General, 1969.
310 p.

———————

Ochenta años de literatura venezolana (1900-1980). — Caracas: Monte Avila Editores, 1981.
473 p.

MILIANI, Domingo y SAMBRANO URDANETA, Oscar

Literatura hispanoamericana. — Caracas: Editorial Italgráfica, 1975.
2 vols.

MORON, Guillermo

Sobre la justicia y otras tonterías. — Caracas: Editorial Roble, 1976.
225 p.

NOGUERA MORA, Neftalí

La generación poética de 1918. — Bogotá: Editorial Iqueima, 1950.
88 p.

OLIVARES FIGUEROA, Rafael

Nuevos poetas venezolanos (Notas críticas). — Caracas: Editorial Elite, 1939.
180 p. (Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos; núm. 19).

OSORIO T., Nelson

El futurismo y la vanguardia literaria en América Latina. — Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos", 1982.
76 p.

PADRON, Julián

Obras completas / Prólogo de Mariano Picón Salas. — México: Aguilar S. A. de Ediciones, 1957.
594 p.

PICON SALAS, Mariano
Formación y proceso de la literatura venezolana. — Caracas: Editorial Cecilio Acosta, 1940.
271 p.

PLANCHART, Julio
Temas críticos. — Caracas: Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1948.
448 p.

PRIETO FIGUEROA, Luis Beltrán
Persistencia y trascendencia en la poesía de Fernando Paz Castillo. Caracas: Editorial Arte, 1981.
87 p.

ROJAS GUARDIA, Pablo
Diálogos sobre poesía y literatura. — Caracas: Monte Avila Editores, 1972.
138 p.

SAMBRANO URDANETA, Oscar
Fernando Paz Castillo y su obra poética. (En: Fernando Paz Castillo, *Poesías,* p. 9-97. Caracas: Editorial Arte, 1966).

STOLK, Gloria
37 apuntes de crítica literaria. — Caracas; Madrid: Ediciones Edime, s. f.
259 p.

SUBERO, Efraín
Letras de carne y hueso. Aproximaciones críticas. — Caracas: Imprenta del Ministerio de Educación, 1973.
140 p. (Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos; núm. 135).

———————

El sentido espiritual metafísico en la poesía de Fernando Paz Castillo. — Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, Centro de Investigaciones Literarias, 1975.
28 p.

———————

Fernando Paz Castillo y la poesía infantil venezolana. (En: *La literatura infantil venezolana. Estudio y bibliografía,* tomo II, p. 502-506. Turmero, Estado Aragua: Ministerio de Educación, 1977).

TORREALBA LOSSI, Mario

Los poetas venezolanos de 1918. — Caracas: Editorial Simón Rodríguez, 1955.

116 p.

USLAR PIETRI, Arturo

Prólogo. (En: Fernando Paz Castillo, *Poesías escogidas* (1920-1974). Caracas: Ediciones de Seguros Horizonte, 1974).

Contestación a Fernando Paz Castillo. (En: Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española, *Discursos Académicos* (1962-1973), tomo V, p. 197-207. Caracas: Italgráfica, 1983).

VENEGAS FILARDO, Pascual

En periodismo son muchos los caminos / Prólogo de Rafael Ramón Castellanos. — Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1982.

513 p. (Biblioteca de Temas Periodísticos de Lara; núm. 2).

2. HEMEROGRAFÍA. SELECCIÓN

ANGARITA ARVELO, Rafael

Crítica literaria: Itinerario de Paz Castillo. (En: *El Universal*, Caracas, 1° de junio de 1931, p. 1-6).

El libro *Signo* de Paz Castillo. (En: *El Universal*, Caracas, 26 de diciembre de 1937, p. 3 y 14; Página Literaria).

ARIAS, Augusto

La poesía de Fernando Paz Castillo. (En: *El Comercio*, Quito, 9 de diciembre de 1962).

ARISTEGUIETA, Jean

Fernando Paz Castillo, *Entre sombras y luces*. (En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, núm. 124, p. 255-256, setiembre-octubre de 1957).

ARRAIZ, Antonio

Belvedere: Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional*, Caracas, 2 de agosto de 1944, p. 7).

ARRAIZ, Rafael Clemente
Fernando Paz Castillo y su estética del paisaje. (En: *Crítica,* Caracas, 16 de febrero de 1941, p. 1 y 7; Suplemento Literario).

———————

Fernando Paz Castillo y su esencia del paisaje. (En: *Boletín del Ateneo de Valencia,* Valencia, núm. 9, p. 4-7, enero-febrero de 1943).

ARROYO ALVAREZ, Eduardo
Don Julio Planchart y Fernando Paz Castillo. (En: *El Universal,* Caracas, 3 de setiembre de 1959; Indice Literario).

AVILES RAMIREZ, Eduardo
Fernando Paz Castillo y el modernismo. (En: *El Universal,* Caracas, 20 de julio de 1969, p. 4).

BARRERA, Isaac J.
La emoción del verso. (En: *El Comercio,* Quito, 4 de febrero de 1951).

———————

La España de Paz Castillo. (En: *El Comercio,* Quito, 29 de octubre de 1958).

BARRIOS CRUZ, Luis
Notas marginales al libro de versos de Fernando Paz Castillo. (En: *El Universal,* Caracas, 26 de octubre de 1930, p. 1 y 7; Letras Venezolanas).

———————

Musas para poemas de Paz Castillo. (En: *El Universal,* Caracas, 2 de julio de 1935, p. 3).

———————

Salutación a Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 6 de agosto de 1944, p. 9).

BARROETA LARA, Julio
Pasos de duende: de don Fernando [Paz Castillo] y la novela. (En: *El Nacional,* Caracas, 12 de abril de 1978, p. A-5).

BELLO, Francisco R.
Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 5 de diciembre de 1965, p. C-15).

BERMUDEZ, Luis Julio
Fernando Paz Castillo: *El otro lado del tiempo.* (En: *Revista Nacional de Cultura,* Caracas, núm. 199, p. 121-122, agosto de 1971).

BEROES, Juan
El Camino de la amistad. (En: *El Nacional,* Caracas, 26 de marzo de 1967; Papel Literario).

BLANCO, Andrés Eloy
Puerta sin llave: Paz Castillo y la evasión impávida. (En: *El Universal,* Caracas, 2 de agosto de 1944, p. 4).

C. M. L.
El *Arístides Rojas* de Juan Saturno y *Entre sombras y luces* de Fernando Paz Castillo. (En: *El Universal,* Caracas, 4 de febrero de 1945, p. 11).

CAMPODONI, Luis Napoleón
Signo. (En: *Elite,* Caracas, núm. 649, p. 27 y 59, 12 de marzo de 1938).

CARRILLO, Morita
Don Fernando y la vuelta de Doñana. (En: *El Nacional,* Caracas, 27 de noviembre de 1970).

CASTELLANOS, Enrique
Fernando Paz Castillo, (En: *El Nacional,* Caracas, 10 de enero de 1952, p. 4).

CEDILLO, Víctor José
La voz de los cuatro vientos. (En: *El Universal,* Caracas, 31 de mayo de 1931, p. 1 y 3).

COLL, Pedro Emilio
Pedro Emilio Coll y *La voz de los cuatro vientos* [Carta al autor]. (En: *El Universal,* Caracas, 18 de agosto de 1931, p. 1).

CREMA, Edoardo
La voz de los cuatro vientos. El contenido analítico y el elemento arreglador, I. (En: *El Universal,* Caracas, 7 de junio de 1961, p. 1).

———
La voz de los cuatro vientos. El elemento predominante y la creación de la forma, II. (En: *El Universal,* Caracas, 8 de junio de 1961, p. 1 y 5).

———

La voz de los cuatro vientos. La expresión y la creación molecular, III. (En: *El Universal,* Caracas, 9 de junio de 1961, p. 1 y 6).

La voz de los cuatro vientos. (En: *El Nacional,* Caracas, 12 de marzo de 1967; Papel Literario).

DAVILA ANDRADE, César
Fernando Paz Castillo: *Reflexiones de atardecer.* (En: *Revista Nacional de Cultura,* Caracas, núm. 176, p. 82-83, julio-agosto de 1966).

DIAZ SEIJAS, Pedro
Fernando Paz Castillo: *La voz de los cuatro vientos.* (En: *El Nacional,* Caracas, 2 de julio de 1953, p. 7; Papel Literario).

———————

Fernando Paz Castillo en sus ochenta años. (En: *El Universal,* Caracas, 15 de abril de 1973, p. 1-23).

DORANTE, Carlos
Una generación renovadora. (En: *El Nacional,* Caracas, 11 de abril de 1957, p. 7; Papel Literario).

DURAND, René L. F.
El humanismo de Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 24 de setiembre de 1957, p. 1 y 3).

ESCALA, Víctor Hugo
La voz de los cuatro vientos. (En: *Elite,* Caracas, núm. 300, 13 de junio de 1931).

FABBIANI RUIZ, José
El acento machadiano de Paz Castillo. (En: *El Universal,* Caracas, 27 de mayo de 1951, p. 1-4).

———————

Fichero crítico: Tres poemarios y nosotros. (En: *El Universal,* Caracas, 27 de agosto de 1955, p. 3; Indice Literario).

FAJARDO, Luis Carlos
Fernando Paz Castillo, poeta de estirpe. (En: *Elite,* Caracas, núm. 463, 28 de julio de 1934, p. 12).

FAUQUIE BESCOS, Rafael
Paz Castillo: la palabra trascendente. (En: *El Universal,* Caracas, 6 de diciembre de 1982, p. 1-35; Indice Literario).

FERRER, José Miguel
La voz de los cuatro vientos: Paz Castillo y el espiritualismo nacionalista. (En: *El Heraldo,* Caracas, 21 de junio de 1931, p. 1).

FERRERO, Mary
El escritor puertas adentro: Fernando Paz Castillo, un siglo para la vida. (En: *El Nacional,* Caracas, 13 de mayo de 1979, p. 8; Papel Literario).

FOMBONA PACHANO, Jacinto
Relieves: El hombre y el poeta. (En: *El Nacional,* Caracas, 21 de julio de 1944, p. 7).

GARMENDIA, Hermann
El primer libro de Fernando Paz Castillo. (En: *Cultura Universitaria,* Caracas, núm. 43, p. 57-61, mayo-junio de 1954).

GERBASI, Vicente
Fernando Paz Castillo, poeta y diplomático, nos habla del progreso venezolano. (En: *El Tiempo,* Caracas, 11 de diciembre de 1944, p. 4 y 7).

———————

Fernando Paz Castillo: *Entre sombras y luces.* (En: *Revista Nacional de Cultura,* Caracas, núm. 49, p. 123-124, marzo-abril de 1945).

GIL, Ildefonso M.
Libros nuestros: *La voz de los cuatro vientos.* (En: *El Universal,* Caracas, 27 de febrero de 1932, p. 1).

GOMEZ FERNANDEZ, M.
Libros nuestros: *La voz de los cuatro vientos.* (En: *El Universal,* Caracas, 6 de enero de 1932, p. 1).

GONZALEZ, Juan Manuel
Fernando Paz Castillo: Premio Nacional de Literatura. (En: *Elite,* Caracas, núm. 2161, p. 18, 25 de febrero de 1967).

GRAMCKO, Ida
Paz Castillo, las hojas y deshojamiento. (En: *Imagen,* Caracas, núm. 43, p. 6-7, segundo cuerpo, 18-25 de abril de 1972).

GUERRERO, Luis Beltrán
A campo traviesa: Fernando Paz Castillo, I. (En: *El Universal,* Caracas, 11 de octubre de 1962, p. 1-4).

———————

A campo traviesa: Fernando Paz Castillo, II. (En: *El Universal,* Caracas, 13 de octubre de 1962, p. 35).

———————

Vida de la Academia: muerte del poeta Paz Castillo. (En: *Boletín Academia Venezolana de la Lengua Correspondiente de la Española,* Caracas, núm. 148, p. 97-100, julio-diciembre de 1981).

HENRIQUEZ, Luis E.
Entre sombras y luces (Poemas) de Fernando Paz Castillo. (En: *La Religión,* Caracas, 22 de enero de 1945, p. 3; Paréntesis Literario).

HERNANDEZ, Ramón
Entrevista a Fernando Paz Castillo. (En: *Ultimas Noticias,* Caracas, 28 de marzo de 1971, p. 8; Suplemento Cultural).

INSAUSTI, Rafael Angel
La actual literatura: La generación de 1918. (En: *El Universal,* Caracas, 30 de julio de 1955, p. 1; Suplemento).

———————

Los poetas venezolanos de 1918. (En: *El Universal,* Caracas, 21 de febrero de 1956, p. 2; Indice Literario).

———————

Fernando Paz Castillo: *Enigma del cuerpo y del espíritu.* (En: *El Nacional,* Caracas, 31 de enero de 1957, p. 3; Papel Literario).

LAMEDA, Alí
La ruta poética. (En: *El Nacional,* Caracas, 18 de noviembre de 1979, p. 5; Papel Literario).

LEON, Eleazar
Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 18 de junio de 1972, p. 9; Papel Literario).

LHAYA, Pedro
Poesía en Venezuela. (En: *El Nacional,* Caracas, 2 de octubre de 1966; Papel Literario).

———————

Poesías de Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 3 de diciembre de 1967; Papel Literario).

LISCANO, Juan
Bibliografía venezolana. (En: *Zona Franca,* Caracas, núm. 42, p. 43-44, febrero de 1967).

LIZARDO, Pedro Francisco
Líneas para un perfil de Paz Castillo. (En: *Imagen,* Caracas, núm. 43, p. 1, segundo cuerpo, 18-25 de abril de 1972).

LOBET, Marcel
Le poème traduit... (En: *La Nation Belge,* Bruselas, 8 de octubre de 1947).

LOPEZ, Santos
Fernando Paz Castillo o toda la poesía de Venezuela. (En: *El Diario de Caracas,* Caracas, 11 de diciembre de 1979, p. 22-23).

———————

La voz de Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 5 de agosto de 1985, p. C-1).

LOVERA DE SOLA, Roberto J.
Fernando Paz Castillo: *José Antonio Ramos Sucre el solitario de La Torre de Timón.* (En: *Recensiones,* Maracaibo, núm. 15-17, p. 187-188, setiembre 1970-agosto 1971).

———————

El otro lado del tiempo. (En: *El Nacional,* Caracas, 18 de octubre de 1971, p. A-4).

———————

Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 23 de abril de 1973).

———————

Pautas. (En: *El Nacional,* Caracas, 4 de junio de 1973, p. A-4).

———————

Un itinerario crítico. (En: *El Nacional,* Caracas, 25 de julio de 1973, p. A-4).

———————

Un ensayo sobre Otero Silva. (En: *El Nacional,* Caracas, 14 de marzo de 1977, p. A-4).

———————

Paz Castillo; una actitud. (En: *El Nacional,* Caracas, 21 de diciembre de 1981, p. C-16).

LOZANO, Rafael
Fernando Paz Castillo llega a los ochenta años. (En: *Imagen,* Caracas, núm. 42, p. 819, segundo cuerpo, 11-18 de abril de 1972).

MARQUEZ RODRIGUEZ, Alexis
Cuenta de libros: Fernando Paz Castillo, *Antología poética.* (En: *El Nacional,* Caracas, 15 de enero de 1980, p. C-22).

MEDINA, José Ramón
Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 11 de octubre de 1962).

———————

Don Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 8 de abril de 1973, p. 7; Séptimo Día).

MENESES, Guillermo
Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 17 de julio de 1944).

———————

Fernando Paz Castillo [Entrevista]. (En: *El Nacional,* Caracas, 28 de diciembre de 1963).

———————

El muro, de Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 22 de marzo de 1964; La Revista).

———————

Fernando Paz Castillo. (En: *Crónica de Caracas,* Caracas, núm. 66-67, p. 32, mayo-diciembre de 1965; Notas de Cronista).

MONTEJO, Eugenio
Una poesía llamada Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 18 de noviembre de 1979, p. 5; Papel Literario).

MUÑOZ, Rafael José
Poesía, Fernando Paz Castillo. (En: *El Universal,* Caracas, 15 de enero de 1967, p. 4; Indice Literario).

———————

Revista de libros: Ensayo. (En: *El Universal,* Caracas, 28 de julio de 1968, p. 40; Indice Literario).

———————

Revista de libros: Fernando Paz Castillo, *De la época modernista.* (En: *El Universal,* Caracas, 27 de abril de 1969, p. 46; Indice Literario).

NUÑEZ, Enrique Bernardo
Los libros de poemas de Fernando Paz Castillo y Luis Barrios Cruz. (En: *El Universal,* Caracas, 22 de julio de 1931, p. 1; Notas Marginales).

PABON, Mariahé
Don Fernando Paz Castillo, Premio Nacional de Literatura. (En: *El Nacional,* Caracas, 9 de febrero de 1967, p. D-1).

PADRON, Julián
Caminos de infancia y de intimidad: *La voz de los cuatro vientos.* (En: *El Heraldo,* Caracas, 14 de junio de 1931, p. 1).

———————

Caminos de infancia y de intimidad: *La voz de los cuatro vientos.* (En: *Elite,* Caracas, núm. 301, 20 de junio de 1931).

PAREDES, Pedro Pablo
Fernando Paz Castillo: *La voz de los cuatro vientos.* (En: *Revista Nacional de Cultura,* Caracas, núm. 98, p. 146-148, mayo-junio de 1953).

PEREZ PERDOMO, Francisco
Fernando Paz Castillo. (En: *Revista Nacional de Cultura,* Caracas, núm. 251, p. 128-139, agosto-diciembre de 1983).

PLANCHART, Enrique
"Otra voz dice": en el libro de Fernando Paz Castillo. (En: *El Universal,* Caracas, 7 de junio de 1931, p. 7).

———————

El idealismo de Paz Castillo. (En: *Elite,* Caracas, núm. 660, p. 25 y 54, 28 de mayo de 1938).

PLA Y BELTRAN, Pascual
Paz Castillo y su poesía. (En: *El Nacional,* Caracas, 11 de abril de 1957, p. 8; Papel Literario).

———————

Fernando Paz Castillo: *Enigma del cuerpo y del espíritu.* (En: *Cultura Universitaria,* Caracas, núm. 61-62, p. 93-94, mayo-agosto de 1957).

———————

El libro en el mundo: Fernando Paz Castillo, *Enigma del cuerpo y del espíritu.* (En: *Boletín de la Biblioteca Nacional,* Caracas, núm. 1, p. 25, enero-febrero de 1959).

PRIETO FIGUEROA, Luis Beltrán
Pido la palabra: El Dios de Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 26 de diciembre de 1979, p. A-4).

R. J.
El modernismo literario y Fernando Paz Castillo. (En: *El Universal,* Caracas, 23 de febrero de 1969, p. 38).

RAMOS, Julio
Paz Castillo y las generaciones. (En: *El Universal,* Caracas, 20 de agosto de 1955; Indice Literario).

ROJAS, Domingo Amado
Breve estudio sobre la selección poética de Paz Castillo. (En: *La Religión,* Caracas, 24 de noviembre de 1962, p. 4 y 6).

ROJAS GUARDIA, Pablo
En el sosegado otoño de Fernando Paz Castillo. (En: *El Universal,* Caracas, 26 de febrero de 1967; Indice Literario).

———————
Fernando Paz Castillo: *De la época modernista (1892-1910).* (En: *Revista Nacional de Cultura,* Caracas, núm. 189, p. 108-109, julio-setiembre de 1969).

———————
Fernando Paz Castillo al otro lado del tiempo. (En: *Imagen,* Caracas, núm. 7, p. 1, 31 de julio-6 de agosto de 1971).

———————
El sosegado otoño de Fernando Paz Castillo. (En: *Imagen,* Caracas, núm. 43, p. 7, segundo cuerpo, 18-25 de abril de 1972).

ROJAS JIMENEZ, Oscar
La serenidad literaria de Paz Castillo. (En: *El Universal,* Caracas, 2 de diciembre de 1952, p. 4).

———————
Reseña cultural de Venezuela: Fernando Paz Castillo. (En: *El Universal,* Caracas, 16 de noviembre de 1965, p. 2; Indice Literario).

———————

El Premio Nacional de Poesía: Fernando Paz Castillo. (En: *El Universal,* Caracas, 12 de febrero de 1967, p. 8; Reseña Cultural).

———————

Crítica literaria. (En: *El Universal,* Caracas, 10 de setiembre de 1972, p. 2-13; Indice Cultural).

———————

86 años de un poeta: Paz Castillo cumple años. (En: *El Universal,* Caracas, 16 de abril de 1979, p. 1-21; Indice Literario).

ROMERO-LUENGO, Adolfo
Fernando Paz Castillo, Premio Nacional de Literatura 1965-66. (En: *El Universal,* Caracas, 19 de marzo de 1967, p. 8; Indice Cultural).

SAMBRANO URDANETA, Oscar
Fernando Paz Castillo: *La voz de los cuatro vientos.* (En: *Revista Nacional de Cultura,* Caracas, núm. 96, p. 247-248, enero-febrero de 1953).

———————

Fernando Paz Castillo y su obra poética. (En: *El Nacional,* Caracas, 8 de enero de 1967; Papel Literario).

———————

Un poeta, un poemario, un poema. (En: *Imagen,* Caracas, núm. 43, p. 4-5, segundo cuerpo, 18-25 de abril de 1972).

SCHMIDKE, Jorge
Retrato de Fernando Paz Castillo. (En: *El Universal,* Caracas, 28 de diciembre de 1965; Indice Literario).

SILVA, Ludovico
Visión de Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 17 de marzo de 1967, p. C-1).

SILVA ESTRADA, Alfredo
El poema: la forma de una vida. (En: *Zona Franca,* Caracas, 3a. época, núm. 8, p. 11-15, julio-agosto de 1978).

SMITH MONZON, Esteban
Paz Castillo en su obra *La voz de los cuatro vientos.* (En: *El Universal,* Caracas, 16 de junio de 1931, p. 1 y 3; Notas Hispano-Americanas).

SOTILLO, Pedro

Paz Castillo, Premio Nacional de Literatura. (En: *La Religión,* Caracas, 12 de febrero de 1967, p. 11).

———————

Fernando Paz Castillo, Premio Nacional de Poesía. (En: *El Universal,* Caracas, 18 de febrero de 1967, p. 5).

———————

Un libro de la época modernista: presentación de Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 6 de abril de 1969; Papel Literario).

SUBERO, Efraín

Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 8 de enero de 1967; Papel Literario).

———————

Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 15 de octubre de 1967; Papel Literario).

———————

Fernando Paz Castillo y la poesía infantil venezolana. (En: *El Nacional,* Caracas, 25 de mayo de 1970; Papel Literario).

———————

El sentido espiritual metafísico en la poesía de Fernando Paz Castillo. (En: *Imagen,* Caracas, núm. 43, p. 10-11, segundo cuerpo, 18-25 de abril de 1972).

TELLO, Jaime

Fernando Paz Castillo, (En: *Imagen,* Caracas, núm. 43, p. 2, segundo cuerpo, 18-25 de abril de 1972).

TORREALBA LOSSI, Mario

Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 10 de enero de 1973, p. A-4).

USLAR PIETRI, Arturo

Contestación del Académico... [a don Fernando Paz Castillo]. (En: *Boletín de la Academia de la Lengua Correspondiente de la Real Española,* Caracas, núm. 117, p. 117-126, julio de 1965 a diciembre de 1966).

VAN DOOREN, J. J.
Fernando Paz Castillo. (En: *L'Invalide,* Bruselas, 9 de octubre de 1947).

VANDERVERST, Georges
Signe par Fernando Paz Castillo. (En: *Le Journal de Mons,* Bruselas, 9 de octubre de 1947).

VASQUEZ, Pedro Antonio
El poeta de *La voz de los cuatro vientos.* (En: *La Religión,* Caracas, 5 de mayo de 1957, p. 14; Página Literaria).

VAZQUEZ, Pura
Fernando Paz Castillo: *Vicente Fuentes.* (En: *Revista Nacional de Cultura,* Caracas, núm. 115, p. 240, marzo-abril de 1956).

VENEGAS FILARDO, Pascual
Tres poemas fundamentales. (En: *El Universal,* Caracas, 22 de mayo de 1969).

———

Fernando Paz Castillo: plenitud del campo. (En: *El Universal,* Caracas, 22 de agosto de 1971, p. 2-13; Indice Cultural).

———

Los 80 años de Fernando Paz Castillo. (En: *El Universal,* Caracas, 9 de abril de 1973, p. 1-4).

———

Fernando Paz Castillo: *Antología poética.* (En: *El Universal,* Caracas, 10 de marzo de 1980, p. 1-30; Indice Literario).

VERHESEN, Fern
La poésie au Vénezuéla: a propos de Fernando Paz Castillo. (En: *Le Journal des Poetes,* Bruselas, núm. 10, p. 4, diciembre de 1947).

VIEIRA, Maruja
Columna de humo. (En: *El Espectador,* Bogotá, 30 de junio de 1955).

ZAMBRANO, Nabor
La vigencia de Paz Castillo en *Antología poética.* (En: *El Nacional,* Caracas, 11 de diciembre de 1979, p. C-22).

ZARAZA, Juan E.
Fernando Paz Castillo. (En: *El Nacional,* Caracas, 24 de octubre de 1971; Papel Literario).

III. BIBLIOGRAFIA

ACADEMIA VENEZOLANA CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA. — *Discursos Académicos* / Presentación del R. P. Pedro P. Barnola, S. J.; edición, notas bio-bibliográficas e índices de Horacio J. Becco. — Caracas: Italgráfica, 1983.
8 vols.

BARCELO SIFONTES, Lyll
Indice de los Boletines de la Academia Venezolana de la Lengua Correspondiente de la Real Española, nos. 1-150 (1934-1982). — Caracas: Editorial Arte, 1963.
235 p.

BECCO, Horacio Jorge
Fuentes para el estudio de la literatura venezolana / Prólogo de Pedro Grases. — Caracas: Fundación para el rescate del acervo documental venezolano; Ediciones Centauro, 1978.
2 vols.

———————
Diccionario de literatura hispanoamericana. Autores. — Buenos Aires: Editorial Abril, 1984.
313 p.

CALVO DE ELCORO, Miren Z.
Contribución a la bibliografía de Fernando Paz Castillo. — Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, Escuela de Letras, 1974.
332 p. (Colección Bibliografías; núm. 11).

CARDOZO, Lubio y Juan Pintó
Diccionario General de la Literatura Venezolana (Autores). — Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes, Facultad de Humanidades y Educación, Centro de Investigaciones Literarias, 1974.
829 p.

LOVERA DE SOLA, Roberto
Bibliografía de la crítica literaria venezolana, (1847-1977) / Prólogo de Fernando Paz Castillo. — Caracas: Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y de Servicios de Bibliotecas, 1982.
489 p.

SAMBRANO URDANETA, Oscar
Contribución a una bibliografía general de la poesía venezolana en el siglo XX. — Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, 1979.
367 p.

SHIMOSE, Pedro
Diccionario de autores iberoamericanos. — Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1982.
459 p.

SUBERO, Efraín
Bibliografía de la poesía infantil venezolana. — Caracas: Ediciones del Banco del Libro, 1966.
118 p.

VILLASANA, Angel Raúl
Ensayo de un repertorio bibliográfico venezolano (1808-1950). — Caracas: Banco Central de Venezuela, 1969-1979.
6 vols.

INDICE

LA VOZ DE LOS CUATRO VIENTOS
(1931)

PAUTA

CAMINOS

PRESENCIAS ESPIRITUALES

LOS OJOS DESNUDOS

OTRA VOZ DICE *(Enrique Planchart)*

SIGNO
(1937)

ENTRE SOMBRAS Y LUCES
(1945)

PRESENCIA

VOCES PERDIDAS
(1966)

EL OTRO LADO DEL TIEMPO
(1971)

ENIGMA DEL CUERPO Y EL ESPIRITU

PAUTAS
(1973)

PERSISTENCIAS
(1975)

ENCUENTROS
(1980)

TITULOS PUBLICADOS

1
SIMON BOLIVAR
Doctrina del Libertador
Selección, notas y cronología:
Manuel Pérez Vila

2
PABLO NERUDA
Canto General
Prólogo, notas y cronología:
Fernando Alegría

3
JOSE ENRIQUE RODO
Ariel-Motivos de Proteo
Prólogo: Carlos Real de Azúa
Edición y cronología: Angel Rama

4
JOSE EUSTACIO RIVERA
La Vorágine
Prólogo y cronología: Juan Loveluck
Variantes:
Luis Carlos Herrera Molina S. J.

5-6
INCA GARCILASO DE LA VEGA
Comentarios Reales
Prólogo, edición y cronología:
Aurelio Miró Quesada

7
RICARDO PALMA
Cien Tradiciones Peruanas
Selección, prólogo y cronología:
José Miguel Oviedo

8
EDUARDO GUTIERREZ Y OTROS
Teatro Rioplatense
Prólogo: David Viñas
Compilación y cronología:
Jorge Lafforgue

9
RUBEN DARIO
Poesía
Prólogo: Angel Rama
Edición: Ernesto Mejía Sánchez
Cronología: Julio Valle-Castillo

10
JOSE RIZAL
Noli Me Tangere
Prólogo: Leopoldo Zea
Edición y cronología: Margara Rusotto

11
GILBERTO FREYRE
Casa-Grande y Senzala
Prólogo y cronología: Darcy Ribeiro
Traducción: Benjamín de Garay y
Lucrecia Manduca

12
DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO
Facundo
Prólogo: Noé Jitrik
Notas y cronología:
Susana Zanetti y Nora Dottori

13
JUAN RULFO
Obra Completa
Prólogo y cronología: Jorge Ruffinelli

14
MANUEL GONZALEZ PRADA
Páginas Libres - Horas de Lucha
Prólogo y notas: Luis Alberto Sánchez

15
JOSE MARTI
Nuestra América
Prólogo: Juan Marinello
Selección y notas: Hugo Achúgar
Cronología: Cintio Vitier

16
SALARRUE
El Angel del Espejo
Prólogo, selección, notas y cronología:
Sergio Ramírez

17
ALBERTO BLEST GANA
Martín Rivas
Prólogo, notas y cronología:
Jaime Concha

18
ROMULO GALLEGOS
Doña Bárbara
Prólogo: Juan Liscano
Notas, variantes y cronología:
Efraín Subero

19
MIGUEL ANGEL ASTURIAS
Tres Obras (Leyendas de Guatemala, El Alhajadito y El Señor Presidente)
Prólogo: Arturo Uslar Pietri
Notas y cronología: Giuseppe Bellini

20
JOSE ASUNCION SILVA
Obra Completa
Prólogo: Eduardo Camacho Guizado
Edición, notas y cronología: Eduardo Camacho Guizado y Gustavo Mejía

21
JUSTO SIERRA
Evolución Política del Pueblo Mexicano
Prólogo y cronología: Abelardo Villegas

22
JUAN MONTALVO
Las Catilinarias y Otros Textos
Selección y prólogo: Benjamín Carrión
Cronología y notas:
Gustavo Alfredo Jácome

23-24
Pensamiento Político de la Emancipación
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología:
José Luis Romero y Luis Alberto Romero

25
MANUEL ANTONIO DE ALMEIDA
Memorias de un Sargento de Milicias
Prólogo y notas: Antonio Cándido
Cronología: Laura de Campos Vergueiro
Traducción: Elvio Romero

26
Utopismo Socialista (1830-1893)
Prólogo, compilación, notas y cronología: Carlos M. Rama

27
ROBERTO ARLT
Los Siete Locos / Los Lanzallamas
Prólogo, vocabulario, notas y cronología: Adolfo Prieto

28
Literatura del México Antiguo
Edición, estudios introductorios, versión de textos y cronología:
Miguel León-Portilla

29
Poesía Gauchesca
Prólogo: Angel Rama
Selección, notas, vocabularios y cronología: Jorge B. Rivera

30
RAFAEL BARRETT
El Dolor Paraguayo
Prólogo: Augusto Roa Bastos
Selección y notas: Miguel A. Fernández
Cronología: Alberto Sato

31
Pensamiento Conservador (1815-1898)
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología:
José Luis Romero y Luis Alberto Romero

32
LUIS PALES MATOS
Poesía Completa y Prosa Selecta
Edición, prólogo y cronología:
Margot Arce de Vázquez

33
JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS
Cuentos
Prólogo: Alfredo Bosí
Cronología: E. Mildred Merino de Zela
Traducción: Santiago Kovadloff

34
JORGE ISAACS
María
Prólogo, notas y cronología:
Gustavo Mejía

35
JUAN DE MIRAMONTES Y ZUAZOLA
Armas Antárticas
Prólogo y cronología: Rodrigo Miró

36
RUFINO BLANCO FOMBONA
Ensayos Históricos
Prólogo: Jesús Sanoja Hernández
Selección y cronología:
Rafael Ramón Castellanos

37
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
Utopía de América
Prólogo: Raúl Gutiérrez Girardot
Compilación y cronología: Angel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot

38
JOSE M. ARGUEDAS
Los Ríos Profundos y Cuentos Selectos
Prólogo: Mario Vargas Llosa
Cronología: E. Mildred Merino de Zela

39
La Reforma Universitaria
Selección, prólogo y cronología:
Dardo Cúneo

40
JOSE MARTI
Obra Literaria
Prólogo, notas y cronología:
Cintio Vitier

41
CIRO ALEGRIA
El Mundo es Ancho y Ajeno
Prólogo y cronología:
Antonio Cornejo Polar

42
FERNANDO ORTIZ
Contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar
Prólogo y cronología: Julio Le Riverend

43
FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
Ideario Político
Selección, prólogo, notas y cronología:
Edmundo O'Gorman

44
FRANCISCO GARCIA CALDERON
Las Democracias Latinas / La Creación de un Continente
Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología: Angel Rama

45
MANUEL UGARTE
La Nación Latinoamericana
Compilación, prólogo, notas y cronología: Norberto Galasso

46
JULIO HERRERA Y REISSIG
Poesía Completa y Prosa Selecta
Prólogo: Idea Vilariño
Edición, notas y cronología:
Alicia Migdal

47
Arte y Arquitectura del Modernismo Brasileño (1917-1930)
Compilación y prólogo: Aracy Amaral
Cronología: José Carlos Serroni
Traducción: Marta Traba

48
BALDOMERO SANIN CANO
El Oficio de Lector
Compilación, prólogo y cronología:
Gustavo Cobo Borda

49
LIMA BARRETO
Dos Novelas (Recuerdos del escribiente Isaías Caminha y El Triste Fin de Policarpo Quaresma)
Prólogo y cronología:
Francisco de Assis Barbosa
Traducción y notas:
Haydée Jofre Barroso

50
ANDRES BELLO
Obra Literaria
Selección y prólogo: Pedro Grases
Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta

51
Pensamiento de la Ilustración
(Economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII)
Compilación, prólogo, notas y cronología: José Carlos Chiaramonte

52
JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS
Quincas Borba
Prólogo: Roberto Schwarz
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Jorge García Gayo

53
ALEJO CARPENTIER
El Siglo de las Luces
Prólogo: Carlos Fuentes
Cronología: Araceli García Carranza

54
LEOPOLDO LUGONES
El Payador y Antología de Poesía y Prosa
Prólogo: Jorge Luis Borges (con la colaboración de Bettina Edelberg)
Edición, notas y cronología:
Guillermo Ara

55
MANUEL ZENO GANDIA
La Charca
Prólogo y cronología: Enrique Laguerre

56
MARIO DE ANDRADE
Obra Escogida
Selección, prólogo y notas:
Gilda de Mello e Souza
Cronología: Gilda de Mello e Souza y Laura de Campos Vergueiro

57
Literatura Maya
Compilación, prólogo y notas:
Mercedes de la Garza
Cronología: Miguel León-Portilla
Traducciones: Adrián Recinos, Alfredo Barrea y Mediz Bolio

58
CESAR VALLEJO
Obra Poética Completa
Prólogo y cronología: Enrique Ballón

59
Poesía de la Independencia
Compilación, prólogo, notas y cronología: Emilio Carilla
Traducciones: Ida Vitale

60
ARTURO USLAR PIETRI
Las Lanzas Coloradas y Cuentos Selectos
Prólogo y cronología: Domingo Miliani

61
CARLOS VAZ FERREIRA
Lógica Viva / Moral para Intelectuales
Prólogo: Manuel Claps
Cronología: Sara Vaz Ferreira

62
FRANZ TAMAYO
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología:
Mario Baptista Gumucio

63
GUILLERMO ENRIQUE HUDSON
La Tierra Purpurea / Allá Lejos y Hace Tiempo
Prólogo y cronología: Jean Franco
Traducciones: Idea Vilariño

64
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia General de las Indias
Vida de Hernán Cortés
Prólogo y cronología:
Jorge Gurría Lacroix

65
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia de la Conquista de México
Prólogo y cronología:
Jorge Gurría Lacroix

66
JUAN RODRIGUEZ FREYLE
El Carnero
Prólogo, notas y cronología:
Darío Achury Valenzuela

67
Tradiciones Hispanoamericanas
Compilación, prólogo y cronología:
Estuardo Núñez

68
Proyecto y Construcción de una Nación
(Argentina 1846-1880)
Compilación, prólogo y cronología:
Tulio Halperín Donghi

69
JOSE CARLOS MARIATEGUI
7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana
Prólogo: Aníbal Quijano
Notas y cronología: Elizabeth Garrels

70
Literatura Guaraní del Paraguay
Compilación, estudios introductorios, notas y cronología: Rubén Bareiro Saguier

71-72
Pensamiento Positivista Latinoamericano
Compilación, prólogo y cronología:
Leopoldo Zea

73
JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE
Obra Completa
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología: Sonia García

74
ALEJANDRO DE HUMBOLDT
Cartas Americanas
Compilación, prólogo, notas y cronología: Charles Minguet

75-76
FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA
Nueva Crónica y Buen Gobierno
Transcripción, prólogo y cronología:
Franklin Pease

77
JULIO CORTAZAR
Rayuela
Prólogo y cronología: Jaime Alazraki

78
Literatura Quechua
Compilación, prólogo, notas y cronología: Edmundo Bendezú Aibar

79
EUCLIDES DA CUNHA
Los Sertones
Prólogo, notas y cronología:
Walnice Nogueira Galvao
Traducción: Estela Dos Santos

80
FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN
El México Antiguo
Edición, prólogo y cronología:
José Jesús Martínez

81
GUILLERMO MENESES
Espejos y Disfraces
Selección y prólogo: José Balza
Cronología: Salvador Tenreiro

82
JUAN DE VELASCO
Historia del Reino de Quito
Edición, prólogo, notas y cronología:
Alfredo Pareja Diezcanseco

83
JOSE LEZAMA LIMA
El Reino de la Imagen
Selección, prólogo y cronología:
Julio Ortega

84
OSWALD DE ANDRADE
Obra Escogida
Selección y prólogo: Haroldo de Campos
Cronología: David Jackson
Traducciones: Héctor Olea, Santiago Kovadlof, Márgara Rusotto

85
Narradores Ecuatorianos del 30
Prólogo: Jorge Enrique Adoum
Selección y cronología:
Pedro Jorge Vera

86
MANUEL DIAZ RODRIGUEZ
Narrativa y Ensayo
Selección y prólogo: Orlando Araujo
Cronología: María Beatriz Medina

87
CIRILO VILLAVERDE
Cecilia Valdés
Prólogo y cronología: Iván Schulman

88
HORACIO QUIROGA
Cuentos
Selección y prólogo:
Emir Rodríguez Monegal
Cronología: Alberto Oreggioni

89
FRANCISCO DE SANTA CRUZ Y ESPEJO
Obra Educativa
Edición, prólogo, notas y cronología:
Philip Astuto

90
ANTONIO JOSE DE SUCRE
De Mi Propia Mano
Selección y prólogo:
J. L. Salcedo-Bastardo
Cronología: Inés Quintero Montiel y Andrés Eloy Romero

91
MACEDONIO FERNANDEZ
Museo de la Novela de la Eterna
Selección, prólogo y cronología:
César Fernández Moreno

92
JUSTO AROSEMENA
Fundación de la Nacionalidad Panameña
Selección, prólogo y cronología:
Ricaurte Soler

93
SILVIO ROMERO
Ensayos Literarios
Selección, prólogo y cronología:
Antonio Cándido
Traducción: Jorge Aguilar Mora

94
JUAN RUIZ DE ALARCON
Comedias
Edición, prólogo, notas y cronología:
Margit Frenk

95
TERESA DE LA PARRA
Obra
(Narrativa, ensayos, cartas)
Selección, estudio introductorio y cronología: Velia Bosch
Teresa de la Parra: las voces de la palabra: Julieta Fombona

96
JOSE CECILIO DEL VALLE
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología:
Mario García Laguardia

97
EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Moral Social / Sociología
Prólogo y cronología:
Manuel Maldonado Denis

98
JUAN DE ESPINOSA MEDRANO
Apologético
Selección, prólogo y cronología:
Augusto Tamayo Vargas

99
AMADEO FREZIER
Relación del Viaje por el Mar del Sur
Prólogo: Gregorio Weinberg
Traducción y cronología:
Miguel A. Guerin

100
FRANCISCO DE MIRANDA
América Espera
Selección y prólogo:
J. L. Salcedo-Bastardo
Cronología: Manuel Pérez Vila y
Josefina Rodríguez de Alonso

101
MARIANO PICON SALAS
Viejos y Nuevos Mundos
Selección, prólogo y cronología:
Guillermo Sucre

102
TOMAS CARRASQUILLA
La Marquesa de Yolombó
Prólogo: Jaime Mejía Duque
Cronología: Kurt L. Levy

103
NICOLAS GUILLEN
Las grandes elegías y otros poemas
Selección, prólogo y cronología:
Angel Augier

104
RICARDO GUIRALDES
Don Segundo Sombra
Selección, estudios y cronología:
Luis Harss y Alberto Blasi

105
LUCIO V. MANSILLA
Una excursión a los indios ranqueles
Prólogo y cronología: Saúl Sosnowski

106
CARLOS DE SIGUENZA Y GONGORA
Seis Obras
Prólogo: Irving A. Leonard
Edición, notas y cronología:
William C. Bryant

107
JUAN DEL VALLE Y CAVIEDES
Obra Completa
Edición, prólogo, notas y cronología:
Daniel R. Reedy

108-109-110
BARTOLOME DE LAS CASAS
Historia de Las Indias
Edición, prólogo, notas y cronología:
André Saint-Lu

111
MIGUEL OTERO SILVA
Casas Muertas. Lope de Aguirre, Príncipe de la Libertad
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología y bibliografía:
Efraín Subero

112
Letras de la Audiencia de Quito
Selección, prólogo y cronología:
Hernán Rodríguez Castelo

113
ROBERTO J. PAYRO
Obras
Selección, prólogo, notas y cronología:
Beatriz Sarlo

114
ALONSO CARRIO DE LA VANDERA
El lazarillo de ciegos caminantes
Introducción, cronología y bibliografía:
Antonio Lorente Medina

115
Costumbristas Cubanos del Siglo XIX
Selección, prólogo, cronología y
bibliografía: Salvador Bueno

116
FELISBERTO HERNANDEZ
Novelas y cuentos
Carta en mano propia: Julio Cortázar
Selección, notas, cronología y
bibliografía: José Pedro Díaz

117
ERNESTO SABATO
Sobre héroes y tumbas
Prólogo: A. M. Vázquez Bigi
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

118
JORGE LUIS BORGES
Ficciones - El Aleph
El Informe de Brodie
Prólogo: Iraset Páez Urdaneta
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

119
La crítica de la cultura en América Latina
Prólogos: Tomás Eloy Martínez
y Saúl Sosnowsky
Cronología y bibliografía:
Fundación Internacional Angel Rama

Este volumen, el CXX de la BIBLIOTECA AYACUCHO, se terminó de imprimir el día nueve de Mayo de mil novecientos ochenta y seis, en los Talleres de Anauco Ediciones, C. A., Mercedes a Tienda Honda, Caracas. En su composición se utilizaron tipos Simoncini VX de 8, 10 y 12 puntos.